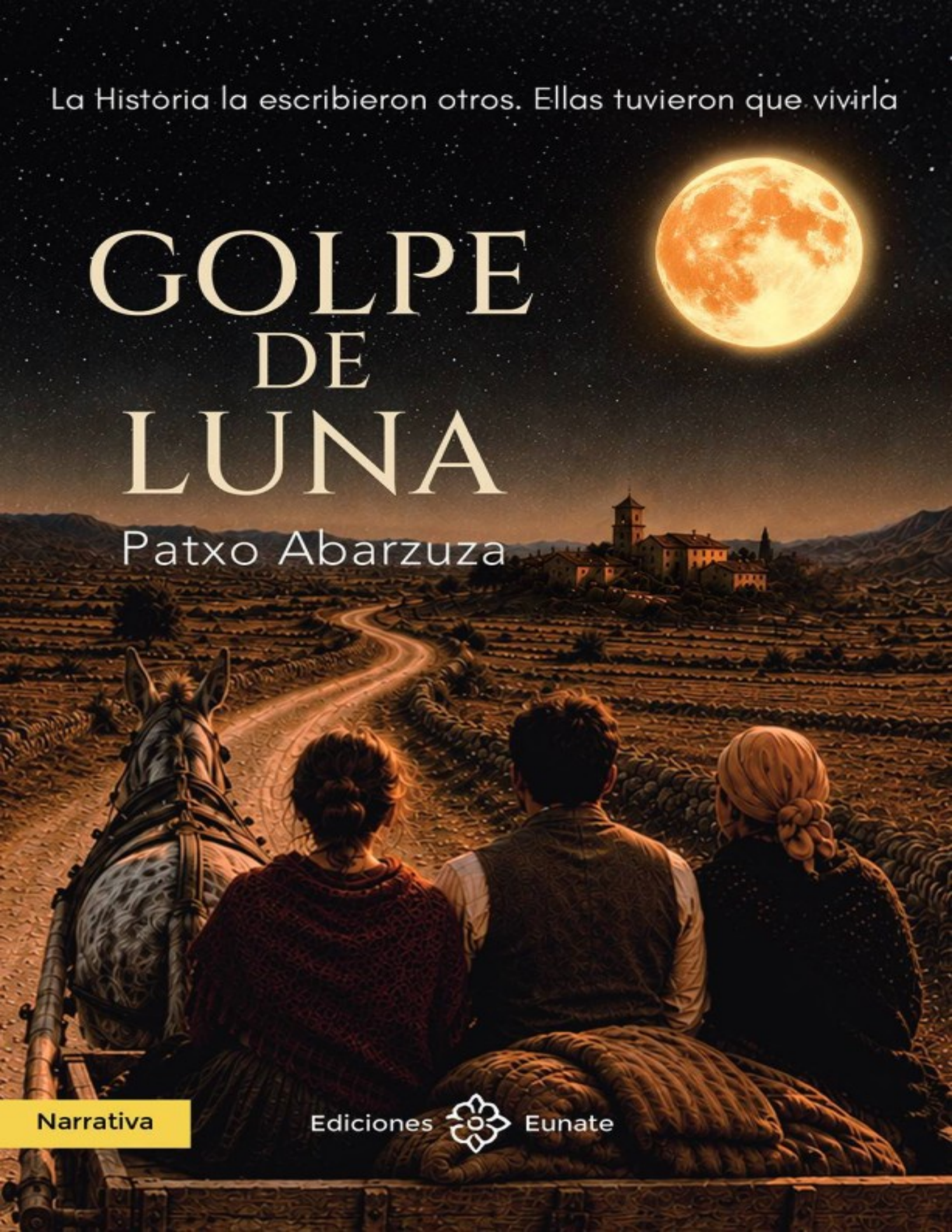
La Historia la escribieron otros. Ellas tuvieron que vivirla

GOLPE DE LUNA

Patxo Abarzuza



Narrativa

Ediciones Eunate

GOLPE DE LUNA

Patxo Abarzuza

Ediciones Eunate

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares, mediante alquiler o préstamo públicos.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970 /932720445).

Composición y diseño de cubierta: Carlos Ortega-IGlobal 3D
©2026 Ediciones Eunate
e-mail: eunate@eunateediciones.com
www.eunateediciones.com
©Patxo Abarzuza
ISBN:978-84-7768-534-0

Para Maika.
¿Para quién si no?

Ojalá, por lo menos, que te lleve la muerte:
para no verte tanto, para no verte siempre,
en todos los segundos en todas las visiones.

Silvio Rodríguez, «Ojalá»

Yo nací en las últimas horas de la noche del 9 de septiembre de 1933, después de un parto de más de seis horas, mientras un rayo cercenaba la copa de la secuoya, el árbol gigante que la gente conocía —y conoce— como el pino de la Diputación, en el jardín del Palacio de Navarra. Estoy segura de que eso desplazó mi nacimiento a un segundo plano, marcando de paso mi vida y haciendo que de ahí en adelante yo pasara desapercibida.

El parto no fue fácil, ninguno lo es para una primeriza, y mi madre se esforzó tanto durante las primeras contracciones que ya no le quedaban fuerzas. Por lo visto, yo no tenía ganas de escapar de aquel hueco húmedo y caliente y no hacía ningún esfuerzo por salir, aunque ya no me quedaba sitio y tenía que hacerlo para que todo fuera bien, tanto para la parturienta como para mí. La partera llevaba mucho rato diciendo que había que elegir entre mi madre o la criatura. A la criatura, es decir, a mí, nadie le consultó. A mi madre sí:

—Tenemos que hacer algo, Martina, ¡y rápido! Tú no puedes más y tu hijo tampoco. Si seguimos así, os perdemos a los dos. Te vas a desmayar y quiero que antes me digas qué quieres que haga. Tu marido no ha venido, no sé dónde está ni puedo ir a buscarlo. Si tú no eliges, lo haré yo y haré lo posible para que tú vivas. Me conoces hace tiempo y sabes lo que pienso.

—Haz lo que puedas; yo ya no tengo fuerzas.

Eso le pareció escuchar a Antonia, que tenía claro que prefería una madre sin hijo que un hijo sin madre. No obstante, antes de consumar su decisión, antes de matarme para salvarla a ella, decidió esperar un poco más, al menos hasta que mi madre perdiera el conocimiento. Poco después yo acentué el contraste de los paños limpios y frescos en la frente de mi madre manchando de sangre las

sábanas limpias en las que caí. Nunca supimos, y tampoco importaba, si fui yo la que lo provocó o ella me parió en un último esfuerzo. Bien por ley de vida o por la fuerza de la gravedad, el caso es que yo salí resbalando entre sus piernas sin que se enterase de nada. El esperado hijo se materializó en hija. Antonia acogió la primera de todas las lágrimas que derramaría en mi vida. Nadie dijo nada.

Madre e hija, ambas llorando, sobrevivimos, aunque nunca tuvimos demasiados motivos para estar agradecidas por ello.

BITTOR

No puedo acordarme de mi padre; desapareció de nuestras vidas cuando yo todavía no había cumplido tres años. Creo recordar que me cogía en brazos cuando llegaba a casa por la noche, y su olor...; pero no es posible. Seguro que lo he aprendido después, porque la falta de memoria propia se compensa con la que comparto con mi madre. Durante toda nuestra vida se ha asegurado de que no me falte ninguna información, ni siquiera un detalle, de la vida de mi padre. Para que yo lo supiera o porque así ella suplía su ausencia, en mi infancia y casi toda la adolescencia Martina me hablaba de él, cerciorándose de que la memoria de su marido quedaba a buen recaudo en casa.

El 15 de abril de 1931 Bittor cumplió 20 años. Estudiaba el último curso en la Escuela Normal de Maestros de Navarra, conocida simplemente como la Normal. Todos sus profesores auguraban para él un futuro prometedor como docente. Estaban preparando una beca para que fuera a Barcelona en prácticas, a la Escuela del Mar, a estudiar con los pedagogos de la Escuela Moderna, discípulos de Ferrer i Guardia, que seguían con su trabajo después de que a él lo fusilaran tras los sucesos de la «Semana Trágica». Un maestro formado en las nuevas teorías de la educación supondría un soplo de aire fresco para una sociedad como la de Pamplona, tan gris, religiosa y conservadora.

En casa no habían escatimado un solo céntimo para que Bittor tuviera una buena formación: ella, lavando ropa ajena y fregando escaleras; él, como peluquero con otro compañero en el Casino Principal, que disponía de su propia peluquería para los socios, aunque la mitad del tiempo no tuvieran pelo que cortar ni barba que afeitar. Las mañanas transcurrían mirando y pasando la navaja por la vieja tira de cuero. Ellos bromeaban asegurando que no habría navajas mejor afiladas que las suyas... La única ventaja de esa inmensa pérdida de tiempo era que tenían oportunidad de leer la prensa diariamente: el *Pensamiento Navarro*, el *Diario* y *La Voz de*

Navarra estaban a disposición y uso exclusivo de los socios, pero rara vez aparecían por las mañanas. Por las tardes se animaba el local y algunos socios requerían los servicios de los peluqueros para afeitarse o cortarse el pelo, siempre a navaja. No había tarifa fija para ningún servicio y las propinas dependían del humor del cliente, de cómo le había ido la partida, de cuántas copas había tomado o del resultado de sus negocios matinales. Tampoco había sueldo. Los miembros de la junta del Casino, con sus chisteras y bombines y sus bigotes engominados, se ocupaban de que los dos peluqueros estuvieran agradecidos de la inmensa oportunidad que les brindaban dejándoles ejercer en el local. A falta de pecunio, el Casino les permitía por las noches sacar las tijeras, peines, navajas y demás utensilios que, por otra parte, los habían comprado y pagado los propios peluqueros, para hacer visitas a domicilio.

A pesar de la miseria que ingresaba con ese empleo, era una especie de privilegio otorgado por los caciques locales para compensar, si eso era posible, aquel desastre que a finales del siglo anterior lo había devuelto de Cuba con apenas veinte años, enfermo y lisiado por una guerra que muy poca gente entendía. Las quintas se habían impuesto de nuevo tras la capitulación abrazada en Bergara y solo los que tenían dinero o los que se escapaban podían evitarlas. Lo llevaron hasta la isla en el último reemplazo y allí estuvo hasta el final.

Se libró de machetazos y balas, amigas y enemigas, hasta que uno de los últimos días se hizo un profundo corte en la pierna con una azada medio enterrada en un ingenio que estaban defendiendo. El regreso en barco le sirvió de hospital, aunque le complicó la gangrena con una disentería que casi lo mata. El cirujano, en medio de una tormenta que agitaba el barco, le cortó la pierna por debajo de la rodilla, y era tal el movimiento que las olas causaban en la nave que a punto estuvo de quedarse también sin la extremidad que no tenía podrida. El viaje por mar calmó muchas cosas y, con el aire yodado y el tiempo transcurrido, llegó bastante repuesto a puerto. Tuvo que aprender a caminar de nuevo.

Junto con la licencia le dieron un papel oficial en el que se le reconocía una cojera notoria y una minusvalía que era obvia antes

de recibir tanta documentación. Para completar el trámite de herido de guerra, en agradecimiento a sus servicios en el ejército y en pago compensatorio por la pérdida de su pierna, le adjudicaron, a medias con Carlos Zilbeti, un sobrino segundo de un diputado en cortes, la peluquería del Nuevo Casino Principal de Pamplona.

El peluquero, padre de Bittor, murió ese mismo 15 de abril. Coincidiendo con el veinte cumpleaños de su hijo, esa mañana no se despertó. Hacía días que una tos más que fea le rajaba la garganta unas cuantas veces cada hora. Así que él, hijo único, tendría que renunciar a la beca de Barcelona. Sus tiempos de estudiante se habían acabado. Desde ese momento debía llevar dinero a casa. Heredó el compromiso y la obligación de su padre para aportar a la economía familiar y, con la recién adquirida responsabilidad, también obtuvo tijeras, peine, navaja y maquinilla.

Ese día aprendió varias cosas: que la vida te puede hacer un chiste y tumbar tus proyectos, que un maestro se convierte en peluquero en un segundo, que tu padre se muere de la noche a la mañana y que, en lugar de ir a Barcelona, tienes que cambiar los estudios por el trabajo y hacerte a la idea, sin tiempo de nada, mientras tu madre atiende a los amigos y vecinas que acuden al velatorio.

Tan ocupado estuvo ese día Bittor que no llegó a enterarse de que la víspera se había proclamado, con muchas vacilaciones, la Segunda República.

También ese día conoció a Martina.

Podría haber sido un buen maestro, traer a esta ciudad anticuada y timorata las nuevas ideas de la educación moderna, su aportación para que la gente fuera más libre. El destino, el mismo que lo había convertido en peluquero, se lo recordó todos los días durante los años siguientes, cuando se dirigía desde su casa a la plaza del Castillo y pasaba por la puerta de las escuelas de San Francisco: amplias, nuevas y de ese estilo modernista que no dudó en implantarse en ciudades más avanzadas de lo que estaba Pamplona y que aquí apenas dejó unos pocos ejemplos. Gris la ciudad en la que vivía, gris el trabajo que le tocaba desempeñar, gris la bata que

usaba en el Casino, gris el futuro… Bien sabía mi padre que no tenía elección, pero creo que nunca se conformó.

Parecía que esas altas ventanas rodeadas de ladrillo, el zaguán porticado y el reloj que coronaba la fachada de piedra se rieran de él todos los días, repitiéndole que nunca trabajaría en su interior. No sería docente: sería peluquero.

Por las noches, después de acabar su jornada, ya larga de por sí, cogía el maletín con los bártulos y se dirigía a ganar dinero a los domicilios de sus clientes, comerciantes y empresarios locales, militares, curas y algún político. Entre ellos había heredado de su padre la visita mensual al Gobierno Civil para cortar el pelo al gobernador y sus hijos, si el de turno los tenía. Había también varios abogados y médicos por cuya casa pasaba cada veintiocho días exactos: uno de cada cuatro jueves.

—En cuarto menguante —le decían—, así el pelo crece más fuerte.

También había socios del Casino que preferían cortarse el pelo y afeitarse en su propio domicilio. Esta era una solución mejor para todos, ya que el cliente se encontraba más cómodo con su ropa de estar en casa, sin cuellos duros ni corbata, y la propina solía ser más generosa, seguramente por los mismos motivos. Había, además, amigos de socios del Casino que de vez en cuando se pasaban por el local a media tarde, pero que no podían aprovecharse de los servicios del peluquero particular, exclusivo para los afiliados a la entidad. Estos lo requerían después en sus casas. Así que no le faltaba trabajo dentro y fuera del horario del Principal.

Muy cerca del Casino vivía un médico de renombre, venido de la Ribera y casado con la hija de un *jauntxo*[1] de la otra punta de Navarra. El doctor don Cipriano Berdún era cliente de Bittor, de los de cuarto menguante. Después de dos años de visitas a casa del médico, conoció a su hijo Jesús, que había estado estudiando Derecho en Madrid. No había coincidido nunca con él y ese día el abogado se sentó en el taburete de la cocina. A veces, los mejores días, el médico le pagaba a Bittor dos pesetas; otras le daban de merendar y un vaso de vino. Cuando el doctor Berdún estaba de mal

humor, le ofrecían un vaso de agua en la cocina. Era una de esas noches. Don Cipriano estaba enfadado por alguna ocurrencia de Azaña y Bittor se quedó sin propina y sin merienda.

El hijo del médico se presentó.

—Hola. Tú debes de ser Bittor. Me llamo Jesús. Soy hijo de Cipriano Berdún y he estado estudiando en Madrid estos años. ¿Me cortas el pelo?

—Para eso estamos. ¿Dónde se sentará usted? Normalmente a su padre le arreglo el pelo en la sala.

—No hace falta. Aquí mismo estará bien. —Y el joven se quitó la americana y la corbata y se sentó en una banqueta de madera.

Bittor le colocó el paño que, a modo de babero, impedía que los restos de cabello se le quedaran al cliente en la ropa y comenzó a pasar la maquinilla manual por los bordes del pelo. El aparato le hacía al nuevo cliente unas cosquillas que no podía aguantar y no paraba de moverse entre risas nerviosas. El joven peluquero tuvo más cuidado y terminó pronto de rasurarlo. Luego se lo humedeció y le pasó la navaja repetidas veces hasta igualar los laterales a la parte superior.

—Le convendría utilizar algún tónico para fortalecer el cabello. Lo tiene usted muy fino y seguramente empezará pronto a perderlo —le advirtió.

—No me hables de usted, Bittor. No soy mucho mayor que tú y, además, estoy en contra de mantener este sistema que esclaviza al proletariado y busca ahondar las diferencias entre las clases que establece. No veas en mí a un señorito, sino a un hombre igual que tú.

—No sé si podré hacerlo, aunque lo intentaré. Pero si su, perdona, quiero decir que, si tu padre está presente, sí te hablaré de usted. No quiero ni puedo arriesgarme a que se degrade la opinión que tiene de mí… Yo me gano la vida con esto.

—Ya conozco a mi padre... Por cierto, ¿cuánto te suele pagar?

—Hoy un vaso de agua después de una mirada que me ha hecho pensar que soy el culpable de todos los males que asolan Navarra.

—Me lo imaginaba. Yo te pagaré el servicio de ambos. No hay nada peor para un monárquico que una república que se porte como

tal.

Y le dio dos duros de plata que Bittor guardó casi avergonzado, por lo generoso de la propina. Era la primera vez que le pagaban tanto dinero por un servicio, pero su mujer estaba embarazada de siete meses y todo el dinero sería poco si tenía que sacar adelante a la familia. Además... ¡moralmente era suyo!: el doctor le debía muchos duros como aquellos.

Después de aquel encuentro coincidió varias veces con el abogado, tanto en casa de su padre como en la de otros clientes, todos ellos pertenecientes a la clase alta de Pamplona. Los ricos, ya se sabe, se juntan con otros ricos.

Bittor tenía siempre presente que no debía comentar nada delante de sus clientes. Ellos sí lo hacían. Hablaban, más que nada, de política o de religión y de Dios, que en aquel momento era lo mismo: casi todos eran tradicionalistas, carlistas a los que prácticamente había que quitar, después del sombrero, la boina roja para cortarles el pelo. Siempre se quejaban del gobierno republicano-socialista y de un comunismo que solo ellos veían y que les iba a quitar sus haciendas para repartirlas entre los pobres, o sea, entre los comunistas y anarquistas, que lo celebrarían bebiéndose el coñac francés requisado después de quemar conventos y violar a las monjas.

Él sabía de algunos comunistas, anarquistas y republicanos de izquierdas, algunos de ellos asiduos asistentes a la iglesia, a los que el día les duraba exactamente la exigencia del trabajo y que apenas tenían tiempo de estar con sus familias. ¡Como para pensar en saquear conventos y monjas!

El único que se salvaba de aquel rebaño de la *txapela*[2] roja y la cruz era precisamente el hijo de Berdún, que le hablaba con camaradería y sin paternalismo, de igual a igual, y le ponía al día de las teorías más modernas que se implantaban en ciudades grandes, como Barcelona o Madrid, donde había muchos trabajadores que estaban organizados en partidos o sindicatos. El socialismo, el comunismo, el antifascismo o las avanzadas ideas igualitarias… Aunque al principio Bittor jamás le contestaba, ni participaba de la

conversación, el joven abogado no se desanimaba e intentaba convencerle de lo idóneo de la lucha de clases, del reparto de la riqueza y de avanzar en busca de una sociedad más justa.

Durante tres años el peluquero aprendió con ese tipo de lecciones y, poco a poco y a pesar de las diferencias de clase y condición que los podían separar, experimentaron entre ellos algo parecido a la amistad, y Bittor, que ya confiaba en Jesús, le comentó un día que había tenido que renunciar a la beca de Barcelona y a la escuela de Ferrer i Guardia. El abogado le contó toda la historia del Partido Radical y de Lerroux, de su ideología de derecha libertaria y de su feroz rivalidad con los anarquistas y de cómo todos estaban equivocados excepto los comunistas puros como él:

—La revuelta ha de ser mundial y bien organizada. Ahora mismo no podemos renunciar al liderazgo de la Unión Soviética en la Revolución internacional. La experiencia y el dinero ruso son claves si queremos implantar el comunismo en la joven república española. Aquí, Bittor, si hubiera un libro por cada diez boinas rojas, la situación sería muy distinta.

—Sé de diez o doce comercios en donde comprarme una txapela *roya*[3]. Sin embargo, no sé dónde compraría un libro. Y eso que he estudiado para maestro.

—Ese es uno de los problemas: en el Ateneo se venden y se cambian, aunque no sean más que folletines. Nosotros estamos buscando una sede para el partido y allí iniciaremos la educación del pueblo. Le daremos la opción de acceder a la cultura y a los libros.

—Aquí se ha reducido mucho el número de analfabetos, aunque para mí, como maestro, pocos siguen siendo demasiados. El problema es que solo se pueden leer misales y breviarios, o vidas de santos.

—Ese modo de vida se está acabando —afirmó el abogado—. En Barcelona, en los locales de la CNT, hay maestros como tú que dan clases a los trabajadores cuando acaban por la noche y que, pese al cansancio, acuden a los ateneos libertarios a aprender y a conseguir libros, panfletos o incluso folletines. Cuando el pueblo acceda a la cultura, el mundo que vemos hoy acabará por sí solo. El

conocimiento facilita la capacidad de pensar y anima a la reflexión. Eso va haciéndose sitio en el día a día, desplazando a la religión y al resto de supersticiones y mentiras. La clase obrera tiene muchos enemigos: el capital, la aristocracia, la burguesía, el Ejército con la Policía y los jueces... y también, y no menos importante, la Iglesia. Los curas no son obreros, aunque muchos de ellos sean hijos de pobres.

Este era el tipo de conversación que tenían, más o menos cada semana, ambos jóvenes. Cada cuarto menguante coincidían en casa de Berdún, pero semanalmente se veían en casas a las que Bittor acudía por la noche a trabajar. Jesús era amigo de los hijos de muchos de sus clientes, todos ellos tradicionalistas hijos de tradicionalistas. Una amistad que no desaparecía con los años. Casi era todo lo contrario, parecía que, con el paso del tiempo, la estrecha relación que unía a los vástagos de las buenas familias de Pamplona se fortalecía.

Un tiempo después, una mañana en la que Jesús apareció por el Casino, Bittor, que ya había empezado a no callarse en su presencia, le comentó cuánto le extrañaba que un comunista convencido como él cultivara esa amistad con personas tan rancias. El joven abogado le contestó:

—Nos conocemos desde pequeños. Íbamos todos al colegio de los curas y hemos vivido muchas cosas juntos en la adolescencia y la juventud; eso marca y une mucho. La amistad, Bittor, es un valor tanto o más importante que la conciencia política. Además, nunca se sabe cómo van a venir las cosas y es mejor tener amigos hasta en el infierno.

—Visto así…

—No creas que lo digo de manera frívola. Puedo presumir de tener buenos amigos y de trabajar su amistad. Y lo de tener amigos hasta en el infierno no es, en absoluto, una frase hecha. El pequeño pero peligroso ejército de los carlistas, el requeté, sale casi todas las noches a entrenar. Sus escaramuzas con la Guardia Civil, en las que utilizan armas reales, son cada vez más frecuentes. Aquí se prepara algo grave y hay que cubrirse las espaldas. Tú eres discreto y estás

bien considerado gracias a tu trabajo en el Casino. No caigas en provocaciones, mantente en ese segundo plano y así estarás seguro.

—Ya sabes que mis clientes son todos de derechas. Cuando les afeito o les corto el pelo no tienen ningún cuidado y no ahorran comentarios sobre la situación. Es como si yo no existiera. El nombre de ese general que acaba de llegar, Emilio Mola creo que se llama, ¡está en boca de todos! Un día sí y otro también comentan y anhelan que algunos militares de bien, como él, preparen una asonada con la que amedrentar al Gobierno y que ese sindiós, que según ellos está instalándose en la sociedad, acabe, por las buenas o por las malas. No deja de ser curioso que no me tengan en cuenta y que hagan comentarios incluso cuando estamos solos alguno de ellos y yo.

—Se oyen muchas cosas y no son tranquilizadoras. Es la tercera vez en un año que cambian al gobernador civil. Este último lo ha sido antes en Zaragoza y proviene del mundo del periodismo y, antes de eso, de un comercio de licores. El gobierno se toma las cosas con mucha tranquilidad y no tiene en consideración esos movimientos. En Madrid, dentro del Frente Popular, los de Unión Republicana y los Socialistas se disputan el poder y nos tienen más miedo a los comunistas que a los tradicionalistas, a los de la CEDA o a los propios falangistas. Es imperdonable para la izquierda no aprovechar la fuerza del Frente Popular para acometer avances necesarios, pero los socios de gobierno no se fían unos de otros y están perdiendo un tiempo precioso.

»Mientras tanto, las derechas, la moderna y la tradicional, ya han hecho varias intentonas y algunos militares se han plantado en más de una ocasión, aunque el castigo ha sido simbólico y no han escarmentado. En algunos círculos de la alta burguesía de Pamplona se habla en voz baja de algo que está a punto de suceder. Cuando yo me acerco se callan; bien saben ellos que soy comunista, pero, aunque de manera discreta y casi en secreto, mis mejores amigos me han dejado caer, sin decirme cuál es la razón de la advertencia, que sería mejor que me fuera de vacaciones, cuanto más lejos mejor.

La última vez que Bittor vio a Jesús Berdún fue la tarde del 18 de julio de ese año, en el Gobierno Civil. Estaba cortando el pelo a Mariano Menor, residente en aquella casa como gobernador desde febrero, mientras un electricista de la CNT arreglaba la instalación y un fontanero comunista se peleaba con las cañerías del baño, cuando un ordenanza advirtió al gobernador que tenía visita urgente.

Mariano Menor les dijo que se quedaran en la habitación contigua, detrás de unas cortinas que separaban ambas estancias. Apenas se escondieron, varias personas entraron en el despacho sin poder disimular su preocupación, incluso miedo. Bittor reconoció entre ellos a varios de sus clientes, dirigentes de partidos de izquierda y de sindicatos, entre ellos Berdún. Fue precisamente él quien se dirigió a Menor.

—Señor gobernador, lo que esperábamos ya ha empezado. Mola ha acuartelado al ejército y a otras fuerzas armadas. Los requetés están formando retenes y los falangistas, que han repartido sus uniformes entre algunos adeptos, han salido a las calles.

—Tranquilo, amigo mío. Vosotros, los comunistas, siempre veis conspiraciones inexistentes. Solo son soldaditos que juegan a la guerra. Hace ya varias semanas que os alarmáis, y más desde que Mola tomó posesión de la Comandancia Militar. He hablado un par de veces con el ministro y me ha asegurado que no hay movimientos que justifiquen alarma alguna. Además, el comandante de la Guardia Civil, Rodríguez Medel, es afín al Gobierno y su fidelidad está fuera de toda duda.

En ese momento, un concejal de Izquierda Republicana del Ayuntamiento de Pamplona irrumpió en la sala.

—Me acaban de comunicar que han matado a Medel.

Si hasta entonces había existido algo de tranquilidad, cordura siquiera, a partir de ese momento en el Gobierno Civil no hubo otra cosa que caos, prisas por abandonar el edificio, exigencia de seguridad e incluso algunas voces pidiendo armas para las milicias de voluntarios que había que formar inmediatamente. Alguien enfrió los incipientes ardores:

—Armas... ¿De dónde? Todos los militares están con Mola y Escámez. La República no tiene medios bélicos en Navarra.

El pánico comenzó a cundir. Los que hasta hacía unos minutos veían juegos de niños y escopetas de madera empezaron a perder los nervios.

—No hay tiempo para nada —dijo Menor, y así nos lo contó Berdún años más tarde—. Ahora mismo voy a ver al presidente de la Diputación. No hace ni dos horas que he hablado con el difunto Medel, al que le habían ordenado que se retirara a Tafalla, para poder hacer frente a la rebelión, si esta se producía. Había más probabilidades de hacerlo fuera de Pamplona y ahora, ahora no tenemos ninguna protección. Les aconsejo que salgan cuanto antes y se escondan. Huir de Pamplona sería conveniente para todos los que puedan hacerlo.

Cuando salían del edificio, un grupo del requeté estaba esperándolos. Entre los carlistas se encontraban algunos amigos de Berdún y viejos conocidos de los demás dirigentes. Lo más importante para los golpistas era detener al gobernador. Al comandante de puesto de la Guardia Civil lo habían matado sus propios compañeros, los guardias. Así estaba previsto si Rodríguez Medel no se sumaba a la rebelión. Lo tenían como fiel a la República y así resultó. Los requetés, sin embargo, no se fiaban del todo de la benemérita y, por si esta fallaba, habían formado un retén de voluntarios con el único cometido de matar a Medel. Esta era precisamente la patrulla de cinco de ellos, apostados en las puertas del edificio que ocupaba el Gobierno Civil, en la plaza de la República —que todo Pamplona seguía llamando plaza del Castillo—, en donde se ubicaba también el Círculo Carlista, desde donde habían vigilado los movimientos del concejal de Izquierda Republicana. Pensaron que, si no podían matar al jefe de los guardias, asesinar al gobernador republicano, rojo y seguramente masón, sería una buena alternativa.

Tras un primer momento de confusión, el jefe de la patrulla, que era conocido de Berdún, dialogó atropelladamente con él en un aparte. Al final, el gobernador se liberó de los brazos que lo retenían y que, entre gestos y guiños del mando carlista, lo dejaron marchar,

y huyó seguido de los otros cargos republicanos hacia la cercana Diputación, de donde partiría acompañado de su familia, pocas horas después, en un coche que le proporcionaron en el propio Palacio de Navarra.

La patrulla tuvo que dejar huir a todas las personalidades, pero había que justificar la acción. Unas horas más tarde contaron a su comandante que no habían podido detener a Menor, porque, protegido por tres activistas peligrosos, se había escapado a refugiarse en la Diputación. Tres comprometidos agitadores que habían ayudado al gobernador a esconderse. Allí estaban reunidos con el Gobernador Civil, entre otros, un dirigente del Partido Comunista, dos de Izquierda Republicana, el secretario de la Audiencia y el director de la Agrupación de Trabajadores, pero los dejaron escapar. A falta de cargos importantes, aunque esto lo omitieron en el informe, detuvieron a Bittor y a los otros dos trabajadores que salían con prisa para que nadie se diera cuenta de que habían escuchado toda la conversación. A punto de cruzar la puerta de la calle, se percataron de la presencia de los carlistas y se quedaron protegidos por la sombra del zaguán y la puerta medio cerrada. Por desgracia para ellos, un miembro de la patrulla los vio escondidos y dedujo que, si trataban de ocultarse, serían culpables de algo en contra de Dios y de la Patria, ambos con mayúsculas.

Jesús Berdún no podía saber que Bittor se encontraba allí y no se percató entonces de su presencia. Aunque sí lo vio un momento, en plena confusión, en las escaleras del Gobierno Civil, no pudo siquiera saludarlo, mucho menos protegerlo. Mientras huía aterrorizado con el resto de los cargos y dirigentes políticos, quiso creer que el peluquero no correría ningún peligro.

Sin embargo, se llevaron a golpes a los tres trabajadores hacia el edificio de la Diputación y el cercano Bulevar. A la cárcel no los podían trasladar, porque todavía no sabían si contaban con la lealtad al golpe de los guardias de asalto y los funcionarios de prisiones. Uno de ellos subió al Círculo a pedir instrucciones.

No, todavía no podían moverlos a la cárcel ni tampoco al fuerte, no era seguro que los responsables fueran adeptos. El jefe máximo del requeté de aquel aciago día, Santiago del Barrio, decidió inter-

narlos en el colegio de los padres escolapios, inaugurando así una prisión muy utilizada en los meses siguientes. Allí permanecieron presos durante no demasiado tiempo. Al día siguiente, cerca de Leiza, murió el primer voluntario carlista, Joaquín Muruzábal, un chaval de San Martín de Unx sin demasiadas luces a quien nunca debieron permitirle ir a la guerra y a quien su primo, con el que salió del pueblo el día anterior, le repetía que se agachara y no levantara la cabeza en el tiroteo que mantuvieron con los mikeletes guipuzcoanos.

Aunque no fue el primer muchacho muerto —el día anterior otro había perdido la vida en un accidente de tráfico en la primera jornada de aventura—, lo consideraron el primer «caído por Navarra» y supongo que algo tenían que hacer para vengarlo. A Bittor y a sus dos compañeros involuntarios los mataron antes de que terminara la semana, junto con otros siete detenidos, entre ellos dos hermanos que él conocía muy bien.

Así compensó la Junta de Guerra la muerte de aquel «héroe» que no era consciente de dónde estaba y jugaba a sacar la cabeza del parapeto cuando disparaban. «Cada uno de nuestros muertos vale como diez rojos», decían.

El grave pecado que habían cometido era encontrarse trabajando en el Gobierno Civil aquella tarde de julio. Ellos iban a tener el dudoso honor de estrenar la enorme lista de asesinados, que comenzó en la simas y descampados y continuó en el paredón de los fosos de la Ciudadela, donde durante los meses posteriores fusilarían a tantos presos en las madrugadas. Macabro espectáculo que muchas almas cristianas y piadosas acudían a presenciar con unos churros para desayunar después de misa y comunión.

MARTINA

Se podría pensar que Martina no tuvo suerte con lo que le tocó en la vida. Y seguramente sería lo más acertado, ya que no nació en una familia de posibles. Su infancia no fue de charol ni encajes. No la enviaron a estudiar a un internado de Suiza, ni siquiera de Francia. No celebraron su puesta de largo en el Casino. No iba por las tardes al Kutz[4] a tomar café, ni veraneaba en San Sebastián, merendando churros y bolados en Igeldo. No revoloteaban a su alrededor pretendientes en fiestas privadas, ni acordaron su matrimonio con otra familia de clase alta. Martina nació en Areta, un pequeño pueblo al norte de Pamplona y muy cercano a la capital. Sus padres poseían una pequeña casa, algo de ganado y una huerta en la que ayudaban todos.

Entre lechugas, puerros y borrajas pasó sus primeros seis años hasta desplazarse con sus padres a la ciudad. Pasaba los veranos en el pueblo, en donde aprendió a cuidar a los animales de casa, a hacer mondongo, embutidos y a adobar el lomo del cerdo que mataban todos los años.

Esa era la sencilla vida de Martina hasta que se quedó huérfana de madre el día en que hizo su primera comunión, con una túnica prestada más oscura que blanca debido al uso continuado entre todas las niñas vecinas que la habían vestido antes que ella. Al salir de la iglesia su madre se adelantó a casa para preparar la comida, especial ese día. A la entrada de la calle Mayor un carro la atropelló y murió en el acto, con la cabeza aplastada por aquella rueda de hierro.

Su padre, Pascual Barberena, ni supo ni pudo ocuparse de la niña como hubiera debido hacerlo, con más razón siendo una niña. En esa casa casi todas las decisiones las tomaba Julián Barberena, hermano de Pascual, sacerdote, canónigo y ayudante personal del arzobispo en la catedral. El padre Julián decidió que Martina ingresara en el convento de las Recoletas, como criada en principio, sin descartar que pudiera convertirse en hermana y resolver así el

futuro de su sobrina. Durante un año Martina barrió, fregó, limpió suelos y el culo de alguna anciana monja. Rezó incontables plegarias e innumerables rosarios. Sufrió un par de gripes, sabañones y sus manos se despellejaron. Para terminar de arreglarlo, no asistió ni un solo día a clase, ni se veían opciones de que entrara a formar parte de la congregación: el convento necesitaba una criada o una esclava, no una novicia más. Ante semejante panorama, su padre la sacó del convento y la envió a las escuelas de San Francisco, un moderno centro que contaba con cantina, comedor escolar y ropero. Aunque la asistencia a clase de religión se premiaba con la comida gratuita, era una escuela laica y funcionaba como tal.

Martina, que no perdonaba a las monjas el trato sufrido, se alegró de no tener que rezar más. Del resto de sus necesidades se hizo cargo Antonia, una joven viuda, también nacida en Areta, que vivía cerca de su casa y que había sido amiga de su madre. Esa mujer se ocupó de enseñarle las cosas verdaderamente importantes. La animaba cuando venía llorando de la calle o del colegio. Le limpiaba los mocos y las rodillas, cosía sus vestidos y blusas, soltaba los dobladillos de los abrigos que iba dejando pequeños... La tranquilizó el día que le bajó la primera regla y la consoló todos los meses siguientes. Se convirtió en una amiga y confidente sin la que Martina no hubiera podido sobrevivir. La ayudó en lo que pudo con las tareas escolares y le inculcó la importancia del trabajo, instruyéndola en los quehaceres propios de su profesión, de sus profesiones, mejor dicho, porque Antonia era partera, pero también curandera y otras cosas. Asistía a las mujeres en el parto, pero también las ayudaba a librarse del feto con remedios naturales. Conocía el efecto de muchas hierbas y plantas: lo mismo preparaba una tisana para aliviar la fiebre que amortajaba a un muerto. Ella solía decir, divertida, que cuidaba de la gente desde que nacía hasta «lo otro».

Antonia tenía cinco hijos cuya diferencia de edad era tan corta que cuando eran niños la madre solía decir que cabían todos en un cesto de pan. Los cinco hermanos lo fueron también para Martina. Compañeros de juegos los más jóvenes y protectores los mayores. Nunca tuvo ningún problema por muy tarde que fuera o por poca luz que hubiera en la calle: los cinco eran bien conocidos en todos los

burgos[5] de la parte vieja de Pamplona y, aunque no estuvieran cerca, que casi siempre estaban, nadie se atrevía a desafiar a los Etxabe y la propia lluvia escribía en los adoquines de aquellas calles que Martina estaba bajo su protección.

A pesar de ser hermanos, con la fiebre republicana cada uno comenzó a militar en organizaciones distintas, así que todos tenían su propio círculo de amigos y compañeros, camaradas algunos, que se convertían a su vez en protectores de la chica. Josemari, Ramón, Patxi, Miguel y Carmelo eran queridos y respetados en todas esas organizaciones, tanto por ser hermanos de un camarada como por su honradez y simpatía. Cualquier anarquista se tomaba un vaso de vino con cualquiera de ellos, igual que comunistas, sindicalistas o nacionalistas. Y ella era una hermana más.

Estudió para maestra en la Normal, como Bittor. Y aunque era solo un año más joven que él, no coincidieron en casi ningún momento. Martina quería aportar algo al dinero que su padre y los Etxabe pagaban por sus estudios, así que trabajaba en una frutería y no podía acudir a todas las clases; iba retrasada con el programa escolar y aún le faltaba un año para acabarlo cuando lo conoció, el día que él apareció en casa de Antonia.

Ella se encontraba cuidándola de una gripe de primavera; vivían en la misma calle y siempre la había tratado como una madre, o una hermana mayor: era su familia. Al menos la única familia que le importaba. Sus «hermanos» estaban todos trabajando y, para cuidar a una enferma, mejor ella que cualquier hombre, que no hubiera sabido ni por dónde empezar.

Cuando abrió la puerta, un chico alto que había visto en la Escuela de Magisterio, de un curso superior al suyo, le preguntó:

—¿Vive aquí Antonia?

—Sí, pero está en la cama con fiebre alta.

—Pues tengo que hablar con ella. Mi padre ha muerto esta noche y hay que amortajarlo. Mi madre no se siente con fuerzas y no conozco otra persona que haga ese trabajo.

—Vamos a preguntarle. Estoy cuidando de ella y estamos las dos solas.

Y se dirigieron a los pies de la cama en donde estaba la partera, en una pequeña habitación con las ventanas cerradas, ya que la luz molestaba a la enferma. La penumbra impedía distinguir la vieja mesilla de madera, con el orinal en la balda inferior y la silla de paja junto a la cabecera. El armario se adivinaba mejor, debido a su tamaño. Madera de pino pintada de blanco y dos cuerdas en lugar de tiradores. El embozo de la cama lo oscurecía una manta fina de lo usada que estaba. Apenas pudieron entrever la cara macilenta de la mujer enmarcada por una melena oscura y sudada por la fiebre.

—Hola, Antonia, este chico viene a buscarte para amortajar a su padre.

Bittor la interrumpió:

—Soy Bittor, hijo de Pablo Etxaleku y Gloria Berasain. Mi madre me envía a buscarla a usted: hay que amortajar a mi padre, ha muerto esta noche.

—Te acompaño en el sentimiento, Bittor. Conozco a tus padres. Dale a tu madre el pésame de mi parte y dile que lo siento mucho. Vais a necesitar mucho ánimo y fuerza, pero lo superaréis, sobre todo tú, que eres joven. La verdad es que estoy baldada, como ves. Tengo mucho destemple y no debería moverme de la cama. Quizá Martina pueda ayudaros. Ha venido varias veces conmigo y sabe todo lo que hay que saber para amortajar y preparar el cuerpo antes de darle tierra. —Y, dirigiéndose a Martina, añadió—: ¡Ve con él, chica! Yo estaré bien un par de horas mientras amortajas al difunto y vuelves. Te juro que no me moveré de aquí. —A pesar del malestar conservaba el buen humor.

Los dos jóvenes salieron con prisa, llegaron enseguida al domicilio de Bittor y amortajaron el cadáver de su padre en poco más de una hora. Él no podía apartar la mirada de las manos de mi madre, pequeñas, blancas y delicadas hasta lo enfermizo, pero que manejaban el cuerpo con pericia y sin dudas. Lo levantaban sin ningún miramiento, lo vestían, ataban los botones, limpiaban, mojaban y secaban, peinaban; manos que abrían y cerraban los ojos, los labios…

—¿No le vas a poner los calcetines?

—No creo que los necesite. Bajo tierra no van a servirle de nada. La ropa interior tampoco la usaremos: seguro que la podrás aprovechar. Solo los pantalones, los zapatos, la camisa y el blusón. El abrigo tampoco le va a ser de utilidad, ya lo usarás tú. Dile a tu madre que te alargue el dobladillo, o lo regaláis a alguien que lo necesite. ¿Habéis encargado la caja? ¿Y avisado al cura? Son cosas que hay que hacer. Las esquelas para poner en los portales, avisar del funeral en la iglesia y del entierro en el Ayuntamiento...

Dejó los despojos de aquel cuerpo más que presentables para el velatorio. Al muerto lo dejó muerto, pero el hijo, todo un maestro en ciernes, la promesa de la educación más moderna y libertaria, se quedó de piedra, como ido. No terminaba de asumir el trato que esa chica había dispensado a su padre. Ella, poco más que una niña, trataba con esa soltura y ese desparpajo el cadáver... ¡Si quería enterrarlo sin calcetines ni calzoncillos! Martina era la persona con más fuerza y presencia de ánimo en aquella casa.

—Muchas gracias por venir, Martina. No sé qué habría hecho sin ti. Mi madre ha ido a ver al párroco y yo no sabía por dónde empezar. No tengo dinero, pero supongo que volverá enseguida de la parroquia.

—Ya os apañaréis con Antonia —le cortó—, ya veo que la conocéis bien. Por cierto, que me voy a ver cómo está. Esta mañana tenía mucha fiebre y no quiere avisar al médico: no se fía. A la tarde vendré a ver cómo va el velatorio y, si hace falta, arreglar a tu padre. Hasta luego.

Bittor vio a Martina esa tarde y todas las demás tardes durante más de un año. Al principio los hermanos Etxabe desconfiaron de la relación: Bittor no era de fiar, decían. «Un peluquero no llevará más que desgracias a tu casa». «No está comprometido con la República: no milita en ningún partido». Martina les respondía:

—Nunca os va a gustar nadie. No puedo teneros a todos como novios, que ya sé que os gustaría, ya... ¡Dejadme en paz! Soy yo la que tengo que decidir.

Ella tenía razón y lo comprendieron enseguida. Además, el futuro peluquero era popular en el barrio. Todo el mundo conocía su

situación, su brillante paso por la Escuela de Magisterio, la beca que le habían concedido y que no podría disfrutar: la muerte de su padre había truncado su futuro y Bittor le había plantado cara. Su madre dependía de él y trabajaría como un burro todo el día si quería llevar un duro a casa:

—Por lo menos no es carlista —dijo uno.

—Ni falangista —terció otro y, al final, los hermanos transigieron.

Así quedó el tema zanjado. La pareja aparecía de vez en cuando por la Casa del Pueblo, el Ateneo y los demás locales a los que, por separado y a veces juntos, acudían los Etxabe a diario. También Antonia comprendió y aprobó su relación y acogió bien al chico cuando la acompañaba a su casa. El padre de Martina, por su parte, y como era costumbre, no puso ningún pero a la relación. Cualquiera hubiera dicho que o bien no se había enterado, o bien no le dio ninguna importancia.

Bittor tenía un socio al que le unía una estrecha relación. Carlos y él eran como hermanos. No tenían ningún problema en el trabajo. Ni celos ni envidias ni reproches. Si alguno de ellos no podía ir a trabajar, el otro se hacía cargo de sus clientes y al final del día, o de la semana, se repartían el dinero recaudado. Bittor era un año mayor y estaba en las antípodas del pensamiento de Carlos, que era tradicionalista. Ya al bautizarlo le pusieron el nombre del histórico rey de los carlistas, el mismo que tenía su padre, también peluquero y socio del padre de Bittor hasta que se retiró debido a la artritis que había inmovilizado sus manos. La educación que recibió en casa y en la parroquia habían forjado en él las ideas monárquicas y religiosas más conservadoras posibles. Su primer anhelo era su barbudo Dios cristiano; el segundo su también barbudo y ansiado rey Carlos; el tercero era la religión, los curas y las misas, a las que acudía todos los días antes del trabajo. No se perdía una novena ni una celebración cristiana. Afortunadamente para Bittor, los aparatos de radio no eran accesibles para los pobres porque, si no, todas las tardes de seis a siete hubieran tenido el rosario en la peluquería a todo volumen; Bittor le tomaba el pelo a menudo diciéndole que meaba agua bendita.

Tras estas bromas inocentes, entre ellos se escondía una gran amistad, a pesar de estar todo el día juntos debido al trabajo, o precisamente por eso mismo. No tenían oportunidades de salir, ni de tomar algo en un bar o verse los domingos por la tarde, que era el único día que no trabajaban. Bittor tenía familia y aprovechaba ese rato para estar con ella, y Carlos, soltero, entre misas y actividades en el Círculo Carlista tampoco disponía de tiempo de ocio. Mi padre mantenía a su madre y la casa, y apenas le llegaba el sueldo. Algunos meses Carlos le daba dinero para poder acabar el mes y, aunque Bittor siempre le decía que pronto se lo devolvería, ambos sabían que no era un préstamo. El dinero o la escasez de este no iban a poder con aquella amistad.

Tan profunda era la relación que el día de San Fermín de 1932 Carlos fue padrino en la boda de Bittor. El siete de julio era el único que cerraban la peluquería del Casino. Un mediodía claro y caluroso, como corresponde al calendario, recibió a la pareja y a la decena de invitados cuando salieron de la iglesia de San Nicolás. En su parroquia habitual ese día no casaban, solo atendían a las autoridades que llegaban en procesión desde la Catedral y el Ayuntamiento. Nadie estrenó ropa ni zapatos; ni se usaron tacones acompañando el ritmo de las gaitas que se oían desde la calle y la iglesia de San Lorenzo cuando llegaba la procesión. Los blusones limpios y las alpargatas nuevas. Las boinas todas negras, incluida la de Carlos, nuevas o recién lavadas. Nadie lució sombrero ni hubo flores: ni siquiera la novia llevaba ramo. Se habían casado y punto.

Vivirían con la madre de Bittor, ya que la casa era demasiado grande para una viuda solitaria; podrían hacerle compañía, Martina acabaría el último año en la Normal y había sitio de sobra. Precisamente allí se dirigieron a comer las dos familias. El padre de la novia y el tío cura, que había celebrado la ceremonia. Antonia, los cinco hijos, la madre del novio y Carlos acompañaron a la nueva pareja. Comieron y bebieron a la salud de los recién casados y también de todos los demás, aunque algo no cuajó en aquellos deseos, porque al final del verano la salud de la madre de Bittor empeoró y no llegó a Navidad.

El día 3 de diciembre, San Francisco Javier, no pudo ir a trabajar porque la enterraron en el cementerio nuevo de Beritxitos después de haber retirado una fina capa de hielo y otra más gruesa de tierra.

El duelo duró hasta febrero, un día en el que Martina comunicó a su marido que estaba embarazada. Bittor no sabía qué polca bailar del regocijo que sentía. Sus cabriolas hicieron reír a la joven embarazada. Hacía meses que nadie reía así en esa casa.

Después del largo parto, que mi padre se perdió porque estaba trabajando a domicilio, la vida siguió con normalidad. Me habían bautizado con el nombre de Bittori, para continuar tradiciones y alimentar tópicos. Bittor se dedicaba a la peluquería y a sus clientes nocturnos casi todas las horas del día y Martina, que no trabajaba de maestra a pesar de que ya había acabado los estudios, repartía su presencia y trabajo entre la casa de su padre, ya muy anciano y enfermo, la de los Etxabe, a donde íbamos casi todos los días, y la suya, es decir, la nuestra, cuidando de todo y de todos y, sobre todo de mí, de su hija, de la que estaba completamente enamorada. El accidentado parto le dejó el miedo escondido bajo la piel y no se alejaba ni dos metros de mi lado.

En julio de 1936 yo tenía tres años menos dos meses. Andaba perfectamente y hablaba bastante y bien. Había sido muy fácil hacerlo, ya que en cada momento tenía a quien escuchar. A mi madre, a Antonia y a sus cinco hijos todos los días. Mi abuelo alguna vez a la semana, Bittor algo más: las pocas noches que llegaba antes de que me hubieran acostado y algunos mediodías antes de dormir la siesta en la cuna. El tío cura, don Julián, se empeñó, sin ningún éxito, en enseñarme a rezar. Algo dentro de mí me impedía aprender a persignarme: «Por la señal de la santa cruz...». Nunca lo hice y jamás pronuncié ninguna oración sin que me obligaran. Ni siquiera antes de dormir rezaba nada que tuviera que ver con angelitos guardianes de mi cama y no vi a «Jesusito» en toda mi vida.

No lo recuerdo. No puedo hacerlo. Pero sé que algo intuí la tarde del 18 cuando un joven llamó a nuestra puerta.

—¿Es usted Martina, la mujer de Bittor? Disculpe por la hora, pero es muy importante.

—¿Qué ha pasado? —contestó mi madre.

—Han detenido a Bittor, su marido. Me envía Jesús Berdún. Está escondido y no ha podido venir, tal y como le hubiese gustado. Algo muy grave está a punto de suceder, si no ha empezado ya. Seguiremos instrucciones de Berdún y yo mismo se las transmitiré a usted. Le ruego que no haga nada mientras tanto. El riesgo de que pase algo irremediable es alto. Sobre todo, no salga de casa.

Martina no sabía qué hacer. No podía reaccionar, solo balbuceaba «¿Qué hago, qué hago?» y «¡No puede ser!». Era imposible que hubieran detenido a Bittor. Tenía que ser un error. No había mejor persona en el mundo y no era conocido por su manera de pensar ni por estar significado. No militaba en ningún partido ni sindicato. Trabajaba para gente muy importante, todos ellos de derechas, la mayoría carlistas. Alguno podría hacer algo en cuanto se enterasen de semejante injusticia.

Pasados unos días, unas horas quizá, mi madre fue consciente de que iba a haber muchos errores como aquel, en ese día y en muchos días posteriores. Y todas las personas que mataron, por mucho que militaran o se significaran, lo eran injustamente. Todas eran equivocaciones.

A pesar de las instrucciones que le dio el joven, mi madre salió de casa. Debido al enrarecido ambiente de las calles, no podía llevarme con ella. Se dirigió a casa de Antonia para que cuidara de mí, pero la mujer también le advirtió de lo peligroso que era.

—No te muevas de tu casa, Martina. Mis hijos han venido a avisarme de que algo muy serio está ocurriendo. ¡Se habla de guerra, hija! Todo el mundo está quieto en sus casas sin saber qué hacer. Los carlistas han formado sus retenes en la calle y los falangistas han salido también armados: ahora mismo son los dueños de la situación… ¡y de Pamplona!

—Pero… ¡tengo que saber qué ha sido de Bittor! He de encontrarle. Todo esto es una confusión. Avisaré a mi tío Julián… ¡Él podrá hacer algo!

—Tu tío no es buena persona. Nunca ha querido a tu marido. Diría que tampoco te ha querido a ti, pero es verdad que él podría hacer algo. Solo te pido que esperes a mañana. Ahora no puedes hacer nada. Y tienes que cuidar de Bittori. ¡Vete a casa!

Mi madre cargó conmigo a la hora en que oscurecía mientras las calles se teñían de uniformes caquis y azules y boinas rojas. Las patrullas le increpaban y le decían que se fuera: «Hoy solo estamos nosotros en las calles y no son horas para que una mujer y su bebé anden solas».

Martina no volvió a casa. Siguió buscando a mi padre o intentando obtener noticias suyas toda la noche. Huyó de la plaza del Castillo atropellada, llevándome en brazos, cuando los alborotadores uniformados disolvieron a tiros una verbena que habían organizado los feriantes con la intención de paliar en alguna medida las pérdidas que habían tenido durante los sanfermines debido al mal tiempo. Escuchó desde el puente nuevo un tiroteo que se produjo debajo de las murallas, junto al río. En algunas esquinas se encontró con jóvenes republicanos que no sabían qué hacer. Las dudas ralentizaban sus movimientos y sus decisiones. Su vida iba a depender de ello, así que había que ponderar todas las posibilidades: desconocían entonces que, por mucho que lo pensaran, no tenían escapatoria. A la mayoría de ellos los mataron como en una ratonera durante los meses sucesivos.

Al día siguiente, sin haber dormido en toda la noche, leyó el bando de guerra del general Mola en el que avisaba de la incautación de todo, incluidos los pocos vehículos particulares que había. Prohibía juntarse a más de dos personas y negaba los derechos más elementales. Las pocas personas que veían los pasquines con el bando apenas se paraban a leerlo: nadie tenía prisa por descubrir semejante barbaridad, y eso que no estaban al tanto de las instrucciones reservadas que Mola escribía e impartía a sus subordinados más cercanos, como esta que ordenó el mismo día 19 de julio:

> *Es necesario crear una atmósfera de terror, hay que dejar sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todo el que no piense como nosotros. Tenemos que causar una*

gran impresión, todo aquel que sea abierta o secretamente defensor del Frente Popular debe ser fusilado.
General Mola: Instrucción Reservada. Base 5

Centenares de jóvenes carlistas desfilaban por Pamplona, saliendo de la plaza del Castillo hacia el Ensanche de la ciudad, pasando por delante de la puerta del Palacio de Navarra, donde los miembros de la Diputación les vitoreaban, igual que un gran número de mujeres carlistas, las «margaritas», tocadas con boina blanca, que les jaleaban desde el balcón y animaban obscenamente a matar rojos y anticlericales:

¡A por ellos, que no quede ni la semilla! ¡Y quitadles las ganas de quemar conventos y violar monjas!
¡Aquí os esperamos!
No tengáis prisa por volver, pero volved victoriosos.
Por Dios y por la Patria. ¡Viva el Rey!

Habían formado la Junta de Guerra Carlista, la primera de muchas, ya que en los siguientes días casi en cada pueblo articularon una que, posteriormente y en privado, se llamaron juntas de matar o de muerte, y la habían ubicado en la propia Diputación.

Martina se dirigió allí, pero sus integrantes, presididos por Ignacio Baleztena, no quisieron recibirla durante toda la mañana; se dedicaron a jalear a las singulares tropas que marchaban hacia el final del Ensanche para subirse en los autobuses de línea, camiones y camionetas que los transportarían al escenario de una de las mayores y más crueles masacres que se recuerdan todavía, aunque la mayoría de ellos pensaba que iba de excursión, de merienda, a convencer en unos pocos días a todos los hombres para que se unieran al movimiento, o incluso a matar a los pocos que no lo hicieran. Creían que volverían pronto a trabajar, cada uno en lo suyo. De hecho, muchos de ellos no llevaban encima ropa de abrigo ni arma alguna.

Vestidos con uniforme caqui, correaje, fusil y boina roja, los jóvenes carlistas que defendían el acceso a la sede de la Diputación la despacharon de malas formas. Se dirigió a la Catedral, en donde su tío se estaría preparando para celebrar la misa de diez. Cuando llegó no había nadie ni en el templo ni en la sacristía. Preguntó en

casa del campanero y le dijeron que no quedaba ningún canónigo. Don Julián estaría, seguramente, con el arzobispo, o eso habían oído.

Mi madre volvió a casa de Antonia y le pidió que me cuidara unas horas, sin decirle que habíamos pasado toda la noche fuera.

—No puedo quedarme quieta, Antonia. Tengo que encontrar a alguien, o a Berdún o a mi tío Julián. Alguien sabrá algo.

—No te acerques a la plaza del Castillo, Martina —le dijo Antonia—. Esos locos son peligrosos cuando están en grupo. Si cuando están solos no piensan, en manada no les hace falta…

—No te preocupes, en cuanto sepa algo vuelvo a buscarla.

Por no cruzar la céntrica plaza, dio un rodeo y llegó al Palacio Arzobispal, de donde salía su tío en ese mismo momento con su sotana de siempre, sobre la que se ceñía un correaje y una boina morada que ella no había visto nunca.

—Tío Julián, ha pasado algo muy grave. Creo que ayer detuvieron a Bittor cuando estaba trabajando en el Gobierno Civil. Tiene que tratarse de un error, pero han pasado muchas horas y nadie sabe o quiere decirme nada. Usted puede ayudarme a encontrarlo.

—No digas tonterías, Martina. Estará escondido como todos los rojos que ahora no se sienten tan valientes como cuando se creían protegidos por las autoridades. Aquí ahora mandan las fuerzas del orden y la gente de bien y no se detiene a nadie sin razones y mucho menos sin pruebas. Como te digo, estará escondido, pero si lo han detenido es porque será necesario hacerlo y sus razones habrá. Vete a casa a cuidar de tu hija. Y ¡enséñale a rezar!

Nunca supo cómo llegó ese día a casa de Antonia. Era ya la hora de comer y fue incapaz de recordar en dónde había estado toda la mañana. Ella misma suponía que buscando a su marido, a Jesús Berdún o a alguien que pudiera ayudar o darle alguna información, pero no pudo acordarse de su itinerario durante las últimas dos o tres horas. Cuando su amiga la vio la abrazó con fuerza.

—¿Dónde te has metido, Martina? Los chicos han salido a buscarte. La cosa está muy mal. Hay muchos militares y guardias civiles en la calle. Hay más carlistas que nunca, uniformados y armados. No dejan andar por la calle a nadie y se han oído disparos.

Todos tenemos que andar con cuidado; es mejor que no salgas, por lo menos hasta que se tranquilice la cosa. Ya veremos a la noche: no vayas a tu casa de momento. Puedes quedarte aquí o en casa de tu padre.

Al poco llegaron los cinco hombres a casa. Traían la cara tan blanca como las camisas, el gesto desencajado de miedo y rabia, pero todos se tranquilizaron cuando vieron a Martina. Se sentaron a la mesa en silencio y nadie abrió la boca hasta un buen rato después.

Tras una breve conversación, Martina supo que se había producido un golpe de estado contra la República y que en Navarra había triunfado totalmente. Nadie, o casi nadie, había podido escapar y todo el mundo estaba preocupado y asustado.

—Han entrado en *La Voz*, en la Casa del Pueblo, el Batzoki, el Ateneo y en los locales de los sindicatos. Afortunadamente, no había nadie, pero han tirado por la ventana los muebles, libros y todo lo que han encontrado. —La voz de Josemari no podía temblar más—. Dicen que están utilizando el colegio de los padres escolapios como prisión. Han empezado con tres detenidos en el Gobierno Civil, entre los que casi seguro que está Bittor. Pero ni se te ocurra aparecer por allí, Martina. Un fontanero que es camarada estaba trabajando en casa del gobernador y está preso en ese colegio. Su madre ha ido a preguntar por él y le han roto el hombro de un culatazo. Han dispersado a tiros a las personas que estaban cerca y hay varios heridos de bala. Ahora no es posible. Espera un par de días y vuelve a contárselo a tu tío, pero no te acerques por allí, y menos tú sola.

El silencio se impuso un instante y Martina lloró impotente.

—No podemos quedarnos en casa escondidos —dijo Carmelo al poco—. Tarde o temprano vendrán también a por nosotros. A mí, al menos, no me cogerán aquí.

La tarde pasó muy despacio. Los hijos de Antonia entraban y salían de casa, a veces solos, otras acompañados por otros jóvenes. Se llevaban algunas cajas y papeles, sobre todo papeles con listas de nombres. Al anochecer, después de abrazar y besar a su madre, todos se fueron a la calle con un pequeño macuto.

Solo cuando se quedó en casa con Martina y conmigo, Antonia lloró largo y amargo. No podía saberlo, pero no volvería a verlos: ninguno de sus cinco hijos escapó a la rapiña que se cernía sobre los jóvenes de aquella ciudad tan triste, regada con agua bendita y manchada con la sangre de una represión que, a partir de ese día, se prolongó durante años; y eso en una Navarra en la que no hubo frente de guerra, pero que sufrió un castigo tal que prácticamente la mitad de la disidencia fue asesinada, encarcelada u obligada a ir a un frente del que muchos no volvieron.

A Miguel y Carmelo Etxabe los apresaron esa misma noche. Una ronda de la Guardia Civil los pilló intentando vadear el río en el término de Miluze para huir a Francia. Los llevaron a la prisión de Escolapios. Cuando llegó la noticia a casa de Antonia, ya por la mañana, las dos acogieron la noticia con cierto alivio. La naturaleza humana sabe ver una luz en la grieta más pequeña de una mala noticia: «Por lo menos estarían con Bittor». Y así fue, esa es la verdad: estuvieron juntos hasta el final, hasta que a los pocos días fusilaron a los tres, juntos, sin que ni Martina ni Antonia pudieran verlos, pese a que fueran varias veces a visitarlos.

—Aquí no hay nadie con esos nombres. Márchense ahora mismo. —Fue la contestación que recibieron de los carlistas armados que hacían guardia en la puerta del convento en cada ocasión.

Del resto de los hermanos nunca volvieron a saber nada. Quizá consiguieron llegar a Francia y una vez allí se alistaron en el ejército republicano o en las milicias; pero también era posible que nunca llegaran a ningún sitio... Era mejor pensar que lo habían conseguido.

A Martina se le ocurrió ir al Casino, a poner al día de la situación a Carlos, el amigo y socio de su marido. La plaza del Castillo estaba bastante más desierta y tranquila que el día anterior, pero el local estaba cerrado y no pudo acceder a la peluquería. En los porches, oculto en la entrada de la belena, estaba el portero del Casino, al que conocía, y le comentó que Carlos había sido de los primeros en salir en el Tercio de Navarra y que ya había oído algo acerca de la detención de Bittor:

—Espero que se aclare el malentendido, Martina, pero todo es posible. Nunca había visto esta ciudad tan revuelta: las campanas no

enmudecen, los militares y guardias, acompañados por falangistas y *txapelgorris*[6] corriendo por las calles... Da miedo salir de casa. Por cierto, vete cuanto antes, que no está la cosa para que una joven como tú ande sola.

Al socio de Bittor le había faltado tiempo para apuntarse a una trágica aventura cuyo final nadie podía intuir. Los dirigentes, con la inestimable colaboración de la Iglesia, habían manipulado las ansias de los muchachos, algunos de ellos niños, enmascarando la religión y el amor por las tradiciones en una operación de odio.

El mundo de Martina se había vuelto del revés. En un solo día habían detenido a su marido, a dos de sus casi hermanos y el negocio que mantenía —aunque con muchas dificultades— a su pequeña familia estaba cerrado.

Cuando llegó a casa de Antonia, se la encontró llorando y sentada en el suelo, protegiéndome con sus brazos. Los muebles estaban tirados en el suelo y las puertas de los armarios rotas, igual que la de la entrada.

Una patrulla de la Guardia Civil, acompañada por varios falangistas, había venido a detener a los Etxabe y a registrar la casa. Al no encontrar nada ni a nadie, maltrataron a la mujer y rompieron todo lo que pudieron antes de irse insultando a Antonia y dando voces por las escaleras.

Entre las dos recogieron lo que pudieron, pusieron de pie la mesa y las sillas y ordenaron lo que estaba tirado en el suelo: papeles, cubiertos, platos rotos…

A media tarde, aunque no habían parado ni para comer, la casa comenzaba a tener el aspecto de una vivienda. Eso sí, las puertas rotas llamaban la atención, colgaban de los goznes. Martina le dijo a Antonia:

—Voy a buscar a alguien que nos arregle este estropicio, y pasaré por mi casa a coger algunas cosas para quedarme unos días aquí. Ni tú ni nosotras podemos estar solas en estos momentos.

Y salió por la puerta maltrecha dejándome a cargo de la mujer.

Una vez en el portal de su casa, le asustó una sombra moviéndose hacia ella. Antes de que el hombre intentara

tranquilizarla, reconoció al mensajero de Jesús Berdún que el día anterior le había dado la peor noticia de su vida.

—Don Jesús está escondido en casa de un amigo. Creemos que no corre peligro porque la familia que lo acoge es carlista y adepta a los golpistas. Me ha dicho que le entregue este dinero. Es mejor que se vaya de casa, si es que tiene a donde ir, aunque deberíamos vernos por lo menos cada semana aquí mismo, a esta hora de la tarde. Yo le traeré noticias de su marido y de Berdún.

Dos horas más tarde, mi madre volvió a casa de Antonia. Traía ropa para nosotras dos, había encargado a un carpintero que viniera a arreglar la puerta y también había comprado algo de comida con los cuarenta duros de Berdún. Con ese dinero comeríamos durante algún tiempo. A pesar de la movilización, los militares se aseguraban de que las tiendas y bares estuviesen abiertos, amenazando a trabajadores y dueños de los establecimientos si hacían mención de cerrar: era otra de las «instrucciones reservadas» del general Mola.

Martina me contó años después que aquellos fueron los peores días de su vida. A la sensación de inseguridad, al miedo y a la incertidumbre de la suerte que podía correr Bittor, se añadió la noticia de su condena a muerte y de su inmediata ejecución. Lo habían intentado todo para liberar a su marido. Un simple peluquero que no hacía más que trabajar y tenía una relación, se podía decir que buena, con todos los hombres que pintaban algo en esa ciudad. Lo sacaron de la improvisada prisión a los pocos días, junto con los dos hermanos Etxabe y otros siete presos, pero no los dejaron en libertad: un buen amigo de los Etxabe se lo contó a Antonia, que estaba con mi madre, los habían fusilado en la carretera de Estella. Dejaron sus cuerpos en la cuneta.

Un inocente al que habían matado, entre otros tantos, sin posibilidad de defensa y sin ninguna prueba ni razón. Inmediatamente pensó en Antonia, se abrazó a su amiga y cayó en la cuenta de que la mujer tenía el doble de razones que ella para sentirse desolada, pues habían matado a dos de sus hijos y los otros tres estaban en paradero desconocido.

Otro problema añadido fue que no podían recuperar ni enterrar los cuerpos. Las autoridades no lo permitían: casi nadie salía de su

casa si podía evitarlo. Dejaban los cadáveres donde los mataban; en alguna ocasión fueron devorados en parte por los perros, aunque tampoco los matones podían vigilar todas las horas del día. La gente no sabía cómo, pero cuando llevaban a otros desgraciados a morir al mismo sitio, ya no había muertos pasados los días. O bien los servicios municipales o, más a menudo, los propios carlistas o falangistas los habían enterrado, con cal viva, en alguna fosa fuera del cementerio; o quizá algún amigo o familiar había conseguido sacarlos para darles una sepultura más digna.

Las dos mujeres sobrevivieron a la tristeza y el desamparo para cuidar de mí, que me convertí en la única razón que las obligaba a continuar con su vida. No comieron y apenas bebieron durante una semana, hasta que se convencieron de que yo necesitaba que ellas vivieran. Supongo que dejaron el duelo para más adelante, aunque el llanto se escuchaba, sobre todo por las noches, en las habitaciones de aquella casa.

Durante las siguientes semanas fueron llevando a casa de Antonia todo lo que se podía aprovechar de la de los Etxaleku, lugar en el que continuaron los encuentros, primero con su mensajero y, después de unos días, con el propio Berdún, que había salido de su escondite. Cuando la vio, el joven abogado se lanzó a abrazar a Martina. Sus lágrimas le humedecieron el cuello:

—Todo pasó de manera muy precipitada. Tuvimos que huir para salvar la vida... Nunca me podré perdonar haber abandonado a Bittor; aunque no podría haber hecho nada por él. Ni siquiera sabía que estaba en el Gobierno Civil. Me pareció verlo en las escaleras cuando huíamos y Menor me lo confirmó más tarde. Tanto yo como alguno de mis amigos lo hemos intentado todo para liberarlo. También la familia que me ha acogido estos días, que tienen mucha influencia, pero no ha sido posible. Han querido escarmentar a todos los que no piensan como ellos y, más que una venganza, ha sido un acto de propaganda. Creo que el responsable máximo ha sido Del Barrio, al que conozco desde que éramos unos *muetes*[7]; precisamente era uno de mis amigos, hasta ahora al menos. Yo me ocuparé de que no os falte de nada ni a ti ni

a vuestra hija, pero, Martina, ahora mismo necesito que me hagas un favor: dame las llaves de tu casa, así podré esconderme con algunos compañeros durante unos pocos días. Nadie se enterará nunca. Por el bien de todos, no habrá la mínima fisura en la seguridad. Quédate con tu hija en casa de tu amiga. Ya nos iremos viendo. Si tengo que escapar siempre habrá un medio de hacerte llegar noticias mías y algo de dinero.

Mi madre no dijo nada. Estaba sobrepasada con la situación. Nunca había previsto algo así. Sin pensarlo demasiado le dio las llaves de casa y recibió unas instrucciones para poder justificar el cambio de domicilio si alguien le preguntaba. Sobre el pago del alquiler y otros gastos de la casa, debía estar tranquila: de todo ello se haría cargo el líder comunista o sus camaradas.

Los siguientes meses no fueron fáciles para nadie, y menos que nadie para Martina y Antonia, que ocuparon su tiempo en intentar pasar desapercibidas; en las visitas a casa de los Etxaleku para recibir noticias y dinero de Berdún; en aguantar la pena y el miedo que iba asediando a las dos mujeres sin descanso; en escuchar las excelentes noticias que el bando nacional emitía en los partes y fuera de ellos; en sobrevivir en una guerra en la que pronto comenzó a faltar de todo; en comportarse como nunca antes con el fin de conseguir alimentos, pan, aceite y carne de manera más o menos legal; en estirar el dinero que conseguían trabajando, Martina en la frutería y Antonia en partos, enfermedades y muertes —aunque los clientes eran aún más pobres que ellas y muchas veces no les cobraba—; y las dos en cuidarme...

De vez en cuando, siempre coincidiendo en sábado al anochecer, después de cenar en casa Marceliano y mientras sus maridos se tomaban una copa y se fumaban un puro en el Café Iruña, unas señoras de bien de Pamplona, animadas por el vasito de anisete, se ponían la boina blanca, no demasiado prieta, sobre su cardado nuevo y comenzaban la ronda por los portales de las viudas y madres de algunos fusilados y conocidos disidentes huidos. En el portal de la casa de Antonia sonaban tres fuertes golpes de aldaba en la cabeza del clavo, seguidos de los gritos de costumbre.

—¡Antonia, puta! ¡Madre y esposa de rojos!¡Hemos matado a dos, pero también nos ocuparemos de los tres cobardes que se han escapado! ¡Agradece que te quedaras viuda antes del glorioso alzamiento, porque, si no, también habríamos fusilado a tu marido! ¡No duermas nunca tranquila y estate alerta, te vigilamos!

Mi madre también sufrió ese tipo de amenazas, aunque en menor medida. Aquellas damas iban siempre acompañadas o seguidas de cerca por un grupo de soldados o civiles armados. Bien sabían ellas que no necesitaban ninguna protección: en esa ciudad no quedaba nadie que resistiera y, de haberlo, nunca se hubiera atrevido a plantarles cara.

Con el tiempo se acostumbraron a las rondas y casi las esperaban las noches de sábado, aunque apagaban todas las luces.

Las navidades fueron algo extraño. Y no solo porque no hubiera turrón ni mazapán: misas, rosarios y novenas se dieron con más profusión que nunca, pero era raro no ver a hombres jóvenes en las calles. Casi todos estaban en el frente de una guerra que nadie había supuesto que durara más de unas semanas; ni siquiera ellos estaban contentos. Y menos que nadie los carlistas, porque, y de estos pocos lo sabían, después de que los dirigentes tradicionalistas organizaran una academia militar exclusiva para ellos, Franco la prohibió y condenó a su fundador, el máximo representante de los carlistas, el abogado andaluz Fal Conde, a muerte o al exilio. Los carlistas se vieron traicionados por Franco y la Falange: después de haber apoyado el golpe y la guerra con dinero y combatientes, se deshacían de ellos. En pocos sitios habían tenido el peso que tuvieron en Navarra, donde solo algunos estaban al corriente. Además, la élite carlista local se preocupó de no dar demasiada importancia al hecho aduciendo que lo más importante era ganar la guerra, que ya se había retrasado cinco meses; cinco meses más de lo que en principio se había previsto.

El calendario había perdido su función. Todo el mundo se regía por los partes de guerra y orientaba su vida conforme a las celebraciones religiosas. El 26 de marzo de 1937, al igual que todos los años, se celebró la procesión del Santo Entierro, más conocida en

toda Pamplona como la procesión de Viernes Santo, aunque aquel año había muchos menos *mozorros*[8].

A los pocos cofrades que no estaban en el frente y que no eran tan jóvenes, se les habían unido hombres mayores para no deslucir el espectáculo. Porque la procesión, al fin y al cabo, era eso, un espectáculo al que la gente acudía para ver y ser vista. Y aquel año era imposible no asistir: absolutamente todos los comercios estaban cerrados, lo mismo que los bares. Los parques y el resto de calles se quedaron desiertas. Todo el mundo fue a la procesión, a dejarse ver y a que nadie notara su ausencia. Y allí fueron Martina y Antonia, y yo con ellas.

El público, ese día conformado casi en exclusiva por mujeres y niños, veía avanzar los diferentes pasos, llevados esforzadamente sobre los hombros de hombres mayores, incluso viejos, que ya no tenían ni las fuerzas ni la habilidad necesaria para hacerlo.

Recorrían las estrechas calles en orden cronológico, siguiendo la supuesta pasión de Jesucristo. Todos aguardaban, para arrodillarse a su paso, a la Virgen del Dolor, con mucho el paso más esperado esa tarde-noche; soportada por 24 porteadores ajenos a la Hermandad de la Pasión, dueña del resto de pasos y organizadora de la procesión. Era propiedad del Ayuntamiento, solo podía ser llevada y asistida por trabajadores municipales, el jefe de la Guardia Urbana, eminentes cantores del Orfeón Pamplonés, concejales y familiares, todos con hábitos mucho más llamativos que el resto, en verde y amarillo, con horario diferente al resto, incorporándose y retirándose en diferente momento y con otro ritual en cuanto al cambio de ropa y a los cánticos de rigor.

De la Dolorosa destacan solo las manos entrelazadas y la cara, que nos mira desde arriba, encima de la plataforma decorada con velas, decenas de ellas, cada una en su tulipa. El resto es un armazón oculto por un manto en terciopelo negro con hilo de oro. La expresión de su rostro refleja un intenso dolor y, debido a su blancura, era y es la efigie que más conmueve a los fieles. Su avance, lento y acompasado, siempre provocaba silencio, de respiraciones contenidas, de miradas devotas, solo roto por la banda

militar de música que, de vez en cuando, tocaba alguna marcha lenta y triste. Ese año, además, como se había prohibido el himno de Riego, repitieron varias veces la marcha real, que los fascistas habían recuperado como Himno Nacional.

En la Calle Mayor, cerca del Ayuntamiento, en una de las paradas de descanso para los hombres —aquel año padres y tíos de los porteadores habituales más jóvenes, que estaban en la guerra—, el paso reposaba en el suelo, justo debajo de una farola colgada en medio de la calle. La luz mortecina alumbraba la imagen desde arriba, pero muy cerca de ella, resaltando el brillo de la cara de la estatua, que parecía bañada en sudor y lágrimas, con las manos junto a la barbilla, con aquel gesto de dolor trágico. Antonia se soltó de la mano que Martina apretaba en su muñeca y salió al medio de la vía, se quitó el pañuelo que le cubría la cabeza y se encaró con la estatua:

—¡Floja, llorona! ¡Mira cómo estás porque te han matado un hijo! No pongas esa cara, a mí me han matado dos, ¡y tengo más dignidad que tú!

No pudo contener las lágrimas y rota de dolor se quedó allí mismo, arrodillada.

No sé si seguirá siendo así, conociendo Pamplona y su mojigata beatería es posible, pero entonces el silencio que rodeaba a la Dolorosa cuando pasaba la imagen era denso, envolvente, y en aquel momento se volvió más grave todavía, suspendido, como si una losa ralentizara todo movimiento, comentario o pensamiento.

Las mujeres se llevaron las manos a la boca escandalizadas. Los portadores se miraron unos a otros callados, incapaces de hacer nada. La calle estaba llena de militares, componentes de la banda, pero no hubo reacción. Algunas mujeres gritaron barbaridades en contra de Antonia; sacaron a relucir que era madre de rojos fusilados y exigieron su detención inmediata, con las consecuencias que ello conllevara. Tampoco había más uniformes que los que iban en procesión, y todo el mundo esperaba la aparición de los carlistas o los falangistas, pero no había ninguno cerca. Enseguida apareció un guardia urbano armado con un bastón negro de madera que golpeó varias veces la cabeza y la cara de Antonia, que cayó al suelo

sin sentido. Martina salió a socorrer a su amiga, pero me llevaba de la mano y no pudo hacer nada, ya que fue apartada a empujones por las mujeres, el guardia y cuatro carlistas de uniforme que por fin habían reaccionado. Se la llevaron arrastrando por la calle y mi madre y yo nos fuimos a casa escondiéndonos de las miradas de odio que todos nos lanzaban.

Antonia estuvo presa varias semanas. Apenas le pudimos llevar algo de ropa y comida. Las visitas estaban prohibidas, al menos para nosotras, y no había nadie más que quisiera o se atreviera a ir a verla. Los exiguos paquetes que Martina entregó para ella menguaron más todavía en el registro y la confiscación de rigor por parte de los carceleros.

Sin embargo, contra todo pronóstico, no la mataron.

Una afrenta a la virgen María no podía quedar impune. Los falangistas no eran tan fanáticos en materia de religión y no veían motivos políticos para matar a una viuda que no suponía ningún peligro para ellos ni para su cruzada. Y los carlistas, incluso en Navarra, cada vez tenían menos influencia y no podían ejercer presión en aquel momento en el que Franco quería verlos desaparecer como organización política. Además, después de tantas muertes el año anterior, parecía que incluso los golpistas, curas y caciques habían hecho un alto y que los matones se habían tomado un descanso que duró unos pocos meses, muy pocos.

Por otra parte, ya habían matado a miles, otros tantos habían sido obligados a ir al frente, bien por la quinta correspondiente, atrasada o adelantada, bien en el Tercio de Sanjurjo, de infausto nombre: un matadero con retraso. Aplazado.

Precisamente el 20 de abril de 1937 se dictó el decreto de unificación por el que ya no existirían más partidos que la Falange, aunque se permitía, *de facto*, la opción carlista mientras durara la guerra, siempre y cuando Franco fuera su máximo jefe. Todos los bienes, muebles, inmuebles, incluso periódicos del resto de partidos pasaron a formar parte del partido único, si bien es cierto que los carlistas, al menos en Navarra, todavía conservaban bastante poder dentro de la organización unificada, dado que no existía tradición falangista en la provincia. Tampoco hacía falta: los «boinas rojas»

habían demostrado que eran más temibles y fanáticos que los «camisas azules». Franco les permitió conservar su sede y su periódico, el sucesor de *La lealtad Navarra*: *El Pensamiento Navarro*.

Fue en esos días de incertidumbre política cuando sacaron a Antonia de la cárcel. Le cortaron el pelo y la obligaron a tomar aceite de ricino.

El domingo 25 de abril la pasearon cuando media Pamplona salía de misa de la Catedral. La gente la insultaba y se reía de ella, la cabeza rapada con algún mechón suelto y vestida solo con la saya manchada con sus propias heces. Al final la dejaron detrás de la catedral tumbada en la hierba, sucia y hambrienta, deshidratada, vejada, avergonzada y con pocas ganas de continuar viva.

Siempre, también en aquellos días, hay alguna persona solidaria o simplemente con un mínimo de compasión, y avisaron a alguien que corrió a decirle a otro que se diera prisa en comunicarse con…

Apenas había pasado una hora desde que la habían tirado en el Redín, cuando el mensajero habitual de Jesús Berdún avisaba a Martina. Juntos fueron a recogerla. La limpiaron con unos paños y la vistieron con ropa limpia. Casi no podía caminar entre vómitos y episodios de diarrea, sin embargo, a pesar de que prefirieron dar un rodeo por el paseo de las murallas para no encontrarse con demasiada gente, lograron llegar a casa y la acostaron. El hombre le dijo a mi madre:

—No salgáis. Ahora es el momento de más peligro. Ya os conocen y, aunque no tanta como antes, sigue desapareciendo gente. Intentar parar procesiones ha sido una acusación recurrente y han matado a gente por ese motivo. Ha tenido mucha suerte, pero seguro que no se olvidan de ella. En cuanto se recupere un poco, en unos días, tendríais que iros de Pamplona. ¿Tenéis familia o amigos en algún pueblo pequeño? Unos camaradas podrían alojaros en un pueblo de la Ribera, aunque allá las cosas están peor que aquí, que ya es decir. Han fusilado a mucha gente y siguen haciéndolo. Seguramente allí no podríais salir de casa, pero aquí no podéis quedaros…

—No te preocupes. Nos iremos a Areta. Antonia y yo nacimos allí y tanto su casa como la de mis padres están vacías —comentó

Martina.

—Pero eso está muy próximo a Pamplona —repuso él—.

—Precisamente… A lo mejor no se les ocurre mirar tan cerca. Por cierto, nunca me has dicho tu nombre.

—Toda precaución es poca. No es mi nombre, pero puedes llamarme Tomás.

—Gracias por todo lo que estás haciendo por mí, Tomás.

—Por lo que yo sé, nada será suficiente a ojos de Jesús Berdún. Él ya no está en Pamplona, pero cada vez que tiene ocasión me pregunta por ti y me recuerda que tu protección y seguridad es tan importante como la de cualquiera de nosotros, si no más. Quédate tranquila.

Acordaron que irían a Areta y que él mismo las ayudaría con el traslado. Acudió todas las noches para ver cómo evolucionaba Antonia y ayudar a preparar lo imprescindible para una estancia corta. En caso de que la permanencia allí se alargase, él mismo podría llevarles más cosas. Antonia se repuso en unos pocos días y estuvo de acuerdo en ir al pueblo. Nada la retenía en la ciudad que había hecho desaparecer a sus hijos y que ya apenas reconocía ni sentía como propia.

Ese miércoles el joven comunista amigo de Berdún llegó antes del amanecer con un carro del que tiraba un viejo mulo gris.

—Subid —dijo, y cuando estuvimos más o menos acomodadas, el carretero dio un golpe de tralla en el aire y así, todavía de noche, el mulo comenzó su traqueteo y nosotras nuestra huida. Tomás aprovechó el lento viaje para contar algo a Martina y Antonia:

—No es casualidad, porque no disponemos de otro carro, pero aquí mismo llevamos los cuerpos de tu marido y los dos hijos de Antonia cuando los fusilaron. Ya sabéis que las nuevas autoridades no permiten enterrar, ni siquiera recoger, los cuerpos de los fusilados, pero siempre hay alguien que o bien ayuda con esa labor humanitaria o simplemente se deja sobornar por unos duros. Llevamos los tres cuerpos envueltos en mantas hasta el cementerio y los enterramos junto a los suyos: Bittor descansa junto a su padre. Mejor dicho, encima de él, en su misma tumba. Y lo mismo en el caso de tus hijos Antonia. Lo de aprovechar las tumbas es la manera

más rápida y segura y, siendo de un familiar, supusimos que no era profanar nada. No se nos ocurrió otra cosa mejor.

—Pero… ¿cómo no nos consultaste una cosa tan importante? ¡Por lo menos podías habérnoslo contado! —dijo Martina.

—No dio tiempo a nada. Era eso o dejar que los perros se comieran los cuerpos. Y en cuanto a lo de contaros… Lo iba a hacer, tarde o temprano. De hecho, lo estoy haciendo ahora mismo. No es algo fácil, nunca es buen momento... Estas cosas requieren su tiempo y tampoco es que estemos juntos todos los días. Creedme que fue la mejor solución, y que no son los únicos que comparten tumba y caja.

Las dos mujeres permanecieron calladas, sin responder. Aquello les recordó las muertes de su marido e hijos y eso añadía más dolor al que sentían todos los días al acordarse de ellos.

Claro que en todos esos meses se habían preguntado acerca de la suerte de los cuerpos de sus seres queridos, pero tampoco tenían amigos ni familiares, aparte de Tomás, que hubieran querido arriesgarse a robar los cadáveres. En ese momento, al escuchar su final, no fueron capaces de distinguir si les creaba extrañeza o las consolaba. Se dejaron mecer por el ritmo del carro.

La amanecida calentó el aire fresco de primavera. Todavía era pronto por la mañana cuando llegamos. Por lo visto yo hice casi todo el camino dormida. Me acostaron en Pamplona y me desperté en Areta, un pequeño pueblo con una plaza alrededor de la cual se apiñaban cuatro caserones con tejado rojo a cuatro aguas, separadas por pequeños *artetxes* o callejones que conducían a otras tantas casitas, algunas adosadas a la parte de atrás de las casonas, en donde antes vivían los criados que cuidaban de los animales y las haciendas de las dos familias que se repartían la propiedad de todas las tierras de Areta: los García Orbara, dos hermanos y sus respectivas mujeres e hijas. Una de las parejas, que se encontraban veraneando en San Sebastián al principio del levantamiento militar, había huido a San Juan de Luz cuando les sorprendió la guerra y vieron que Donostia no se rendía, al menos al principio. Luego volvieron a Pamplona, a su casa nueva del Ensanche. La otra familia de *jauntxos* estaba escondida en Madrid. Así que en el pueblo solo

quedaban los de las casas de la parte de atrás, casi todas ellas mujeres solas que, ajenas a la guerra, ordeñaban vacas y ovejas, cuidaban los cerdos, sembraban y cosechaban el cereal y se afanaban en las huertas, que ya en esa época del año lucían verdes y frondosas, escondiendo lo que podían al pillaje que carlistas o falangistas realizaban cada mes.

El carro paró en la plaza y enseguida, inquietas en esos tiempos en los que te metían un tiro por menos de un real, salieron las vecinas para ver quién llegaba al pueblo. Saludaron a Antonia, a la que reconocieron pese a que se cubría la cabeza con un pañuelo. Recordar a Martina les costó un poco más, aunque bastaron pocas palabras para que nos acogieran en una de las casas, sentadas a la mesa de la cocina delante de una taza de café pero sin café, con mucha achicoria, con leche y pan tostado en la chapa de la cocina.

Escucharon el trágico relato de las dos visitantes, desde las muertes de mi padre y los hijos de Antonia hasta los últimos acontecimientos de la Semana Santa, la purga… Nos acogieron y nos invitaron a descansar allí mismo, al calor de la cocina económica, mientras entre todas las mujeres del pueblo limpiaban y preparaban la casa de Antonia, que estaba vacía y sin habitar desde hacía años. Mi madre preguntó a una chiquilla que se había quedado con nosotras, Tomás y el carretero:

—¿No es esta la casa de don Marino, el maestro? ¿Dónde está?

—Sí. Es aquí —respondió la niña—, pero don Marino… Mejor se lo preguntan a mi *ama*[9].

Preocupadas por la respuesta, y temiéndose lo peor, esperaron a que volviera alguna mujer del pueblo para interesarse por él. A las pocas horas llegó una muchacha joven que les dijo que ya podían ir a la casa de Antonia. Se trataba de poco más que una cabaña detrás del caserón más grande de toda la plaza, pero cuando llegaron se encontraron con el equipaje ya dispuesto sobre la mesa de una cocina que ocupaba casi toda la planta, el fuego encendido y las ventanas abiertas.

—Cada poco tiempo entramos y abrimos todo para que no haya humedad —dijo una mujer.

—Gracias, Teresa —respondió Antonia.

Teresa resultó ser la mujer que nos había acogido en su casa y nos había preparado el café, la nuera de don Marino. El hijo de este, Marino también, había tenido que alistarse ante la amenaza de «Al frente o al fuerte», haciendo referencia al fuerte-prisión de San Cristóbal, que se encontraba muy cerca, sobre el monte Ezkaba. Solo mencionarlo ya ponía los pelos de punta a todas las presentes. Martina repitió la pregunta a Teresa, interesándose por su suegro, al que cogió cariño cuando lo conoció de niña.

—Luego lo veréis. Está en la casa grande.

Así se zanjó el asunto. Parecía que no tenía ganas de seguir con el tema, pero al escuchar que luego lo verían se quedó tranquila.

—Hoy comeréis y cenaréis con nosotras en mi casa. A partir de mañana ya os podréis apañar vosotras... La casa de tus padres, Martina, está vacía, tal y como la dejasteis la última vez; habrá que limpiarla a fondo, y reparar algunas cosas, pero es más grande que la de Antonia y os convendría mudaros en cuanto podáis.

Y nos dejó que termináramos de instalarnos, guardar las ropas y el escaso menaje que habíamos traído. Tomás se tenía que volver junto con el hombre del carro, pero nos dijo que vendría a menudo y podría traer lo que quisiéramos, tanto de casa de los Etxabe como de la nuestra, ahora utilizada por él y sus camaradas.

En cuanto se marcharon los dos hombres, la joven nos llevó a mi madre y a mí a la casa grande a buscar a don Marino. Abrieron la gran puerta de madera tallada y encontramos al anciano sentado en el suelo del vestíbulo, atado con una cadena a la barandilla de forja de la escalera que subía al primer piso del caserón. Mi madre había tenido una estrecha, aunque corta, relación con el maestro, y esa escena, y el estado del hombre, nada tenían que ver con su recuerdo: se llevó las manos a la boca y ahogó un grito. El anciano parecía ido, loco del todo, con los ojos en blanco y las cuencas mirando hacia arriba, en una postura como si rezara y con la cabeza vuelta hacia la pared de atrás.

—Tranquilo, Marino —dijo Teresa—, es Martina, la hija de Pascual. ¿Te acuerdas de los hermanos Barberena, que uno se hizo cura? Martina venía mucho de chica y tú hablabas mucho con ella…

—Me acuerdo, hija.

El hombre recobró la compostura y el rictus que enloquecía su cara desapareció mientras guiñaba un ojo en mi dirección y me cerraba la boca, que se me habría quedado abierta de asombro.

—Espera, ayúdame a quitarme el cepo. No os asustéis, que esto forma parte del teatro que tengo que hacer para sobrevivir si viene alguno de esos malnacidos *txapelgorris* o *camisasviejas*, que parece que no tienen otra misión en la vida que matarme. —Y señaló la cadena que estaba enganchada a un collar de cuero que ceñía su cuello—. Pero antes de ponerte al día, ¿cómo está tu padre? ¿Vive todavía?

—Sí —contestó mi madre—. Hace poco que lo llevamos a la Casa de Misericordia. No está bien de salud y ya no puede vivir solo, apenas se vale por sí mismo. Mi tío Julián lo llevó al edificio nuevo de la *Meca*[10] y, siendo canónigo, no hubo problemas para su ingreso. Está tranquilo y bien cuidado, aunque a veces apenas me reconoce...

Volvimos a casa y Martina le contó a Antonia la situación de Marino, el maestro, quien, sabiéndose buscado para fusilar, ideó el ardid de hacerse el loco con el fin de hacer ver que no suponía ningún peligro para los golpistas, esperando que, cuando fueran a buscarlo los primeros días de la guerra, pensasen que ya tenía suficiente castigo y que podían pasar de vez en cuando a ensañarse y reírse de él, pero sin ir más lejos. Hasta el momento la ingeniosa actuación había dado resultado, aunque cada vez que veían a alguien acercarse al pueblo corrían a encadenarlo, tal y como había ocurrido esa mañana en cuanto el carro apareció por el camino. Al mediodía durante la comida, Martina, ya repuesta de la sorpresa, se sentó junto a él en la mesa y le comentó entre risas el susto que se había llevado al verlo atado del cuello, con aquella cara de loco, y su postura…

—Ya desde niño mi madre me decía que yo era un comediante y con la práctica he conseguido un efecto muy realista. Aquella semana de julio me escondí en una borda del monte. Era verano y aguanté durante unas semanas. Teresa subía y me contaba todo lo

que pasaba en el pueblo. La junta de Berriozar escribió mi nombre en una de sus listas, pero les costó venir. La primera vez que nos visitaron solo querían llevarse al frente a los jóvenes y no preguntaron por mí. Yo sabía que tarde o temprano lo harían, pero no podía pasar el invierno en el monte y aquí tenía mucha faena. Había que trabajar con los bueyes y arar, pisar la reja, trillar, y nos faltaban cuatro hombres jóvenes que desarrollaban mucha labor. Decidí bajar enseguida e ideé esa treta. Era arriesgada, pero pensé que si funcionaba la primera vez, funcionaría siempre. Y hasta el momento así ha sido. Apenas había transcurrido una semana de su primera visita cuando volvieron. Y apareció nada menos que *el chato de Berbinzana*[11] con la Escuadra del Águila, lo peor de los falangistas. Yo estaba encadenado a la escalera como me has visto hoy. Los ojos vueltos y la baba cayendo, aunque tenía la boca seca de miedo. No tenía que hablar, eso era lo bueno, tan solo balbuceaba algunas palabras, en las que procuré que abundaran jaculatorias, santos, Dios y la Virgen: Teresa me ayudó mucho contándoles que hacía unos meses que me encontraba así, antes de su alzamiento, y que el médico había dicho que tenían que internarme en *teja roya*[12].

»El informe lo preparé yo mismo falsificando la firma del médico que venía por aquí y que, afortunadamente para nosotros, no para él claro, falleció durante aquellos sanfermines al sufrir un ataque al corazón en la plaza de toros. Murió con un puro y una copa de coñac en las manos. Lo sentí mucho, porque éramos amigos, pero su muerte me resultó muy conveniente para montar esta farsa, ya que, en su rectitud, él habría sido incapaz de redactar un informe falso.

»Solo quedaba pendiente conseguir el certificado de pobreza que expide la parroquia, pero al estallar la guerra todo se paralizó, y Teresa dijo que se haría cargo de mí. Parece que los falangistas se lo creyeron y se fueron, después de golpearme y robarnos pan, vino y carne que teníamos almacenada en adobo, toda nuestra reserva para el invierno.

»No han vuelto, aunque antes de irse nos dijeron que siempre debería llevar un brazalete blanco, con la bandera impostora en la

manga.

»Los carlistas vinieron otra vez, poco después, pero ya sabían que nos habían visitado los otros pistoleros. Querían cerciorarse de que realmente no estaba en mi sano juicio y, efectivamente, lo vieron: loco de atar, o de encadenar. Se enfadaron cuando comprobaron que el botín se lo habían llevado los del yugo y las flechas, pero tampoco han regresado.

»No obstante, en cuanto vemos el polvo del camino moverse por algún carro, caballería, moto, camión o coche, corro a encadenarme en la casa grande. Es mejor escenario porque a ellos les impone. Prefieren no hacer nada en la casa de uno de los suyos, y el hogar de un rico, además, ¡un cacique! Pero dime, ¿estudiaste magisterio tal y como querías de niña?

—Sí —respondió mi madre—. Acabé en la Normal hace dos años, pero no he estado en ninguna escuela. Todavía no he ejercido, y creo que eso me ha salvado, vista la razia que han hecho con los maestros; eso sí, me dejaron viuda la primera semana de este disparate. En cuanto al diploma de maestra, no lo he reemplazado por el nuevo, el de los facciosos, el que obligaron a renovar el verano pasado porque habían anulado los títulos anteriores. Así que, no creo que ejerza nunca.

—Sí, Martina, han acabado con generaciones de maestros por el único hecho de serlo. Y también con personas ajenas a la profesión, como con tu marido y los Etxabe. ¡Asesinos! ¡No merecen vivir, mucho menos ganar esta guerra!

Durante todo el tiempo que pasamos en Areta yo asistía cotidianamente a clase con don Marino, que aprovechaba todas las tardes para enseñarme algo. Él llevaba un programa adecuado para mis necesidades educativas, ya que no podía ir a la escuela de momento. Areta era un pueblo demasiado pequeño para tener un centro escolar y las dos niñas que vivían allí iban a Berriozar, el pueblo más grande que había en el camino de Pamplona, pero nosotras no estábamos dadas de alta en el padrón. No estábamos censadas y nuestra situación era poco menos que ilegal. Mientras se solucionaba el asunto, y hasta el curso siguiente, tendría un maestro

excepcional y en exclusiva. Y, por si fuera poco, mi madre aprovechaba las mañanas para supervisar las tareas que me imponía y completaba la formación. Al final tuve dos buenos maestros solo para mí y con tres años ya estaba aprendiendo a leer y escribir.

Todo el pueblo colaboró para que Antonia y Martina tuvieran comida en la mesa. Esa misma primavera distrajeron una cordera, otra más, de algún parto múltiple de las ovejas. Había que esperar a que creciera para que diera leche para alimentarnos, y tenía que estar bien escondida para que no la vieran los dueños en caso de presentarse en el pueblo.

Por cierto, los Orbara, los que estaban en Pamplona, volvieron en el mes de mayo a pasar el verano. Vinieron todos, pero don Ignacio se volvió a Pamplona muy pronto a atender sus negocios y durante los siguientes meses la señora doña Mercedes, muy joven a pesar del tratamiento, y sus dos hijas, Merceditas y Soraya, de cinco y tres años, se instalaron en la casa grande. Marino ya no pudo usarla más para hacer su representación.

La mujer no se preocupaba absolutamente de nada que concerniera al trabajo del campo o del ganado. Tampoco hacía nada en casa: para eso tenía a dos mujeres que habían venido con ella, además de contratar como cocinera a una vecina, que nos alimentaba con las sobras, que a veces no eran tales.

La niñera salía de casa con las dos Orbaricas e inevitablemente se encontraban conmigo en la plaza. Después del invierno a todos nos apetecía y nos hacía falta el sol, que ya calentaba. Al atardecer, cuando empezaba a refrescar, las mujeres sacaban sus sillas a la plaza y comentaban la jornada o se contaban sus cuitas y problemas. Las dos empleadas de los García Orbara se adaptaron enseguida y eran dos más, iguales que las del pueblo. Las dos niñas pasaron a formar parte de mis juegos. Ellas cinco y tres años, yo casi cuatro. Si nos ponían en fila había muy poca diferencia de altura, aunque yo me quedaba la última pese a no ser la menor. Ya se sabe que la riqueza y las comodidades procuran prestancia y la correcta alimentación mejora las cualidades físicas, incluida la altura. No obstante, nunca las dejaban solas y apenas les permitían correr o que les diera el sol y curtiera la delicada piel de sus caras. Nuestros

pasatiempos se reducían a jugar con las muñecas que ellas tenían; es decir, ellas jugaban y yo me moría de envidia mirándolas, ya que no me atrevía a pedirles nada. Debían de creer que era una niña medio lela que apenas hablaba y a la que apocaba su timidez.

La señora apenas salía de su caserón. En cuanto tenía una necesidad o un capricho, hacía llamar a sus criadas o a las mujeres del pueblo para que la ayudaran o le procuraran cualquier cosa que se le ocurriera. El rebaño de ovejas estaba descuidado. La falta de hombres jóvenes obligaba a las mujeres a turnarse sacando a pastar a los animales a diario, ordeñar o esquilar su lana, pero todas tenían sus quehaceres en casa y también les faltaban maridos, padres e hijos. Mi madre y Antonia también pasaron a tomar parte en los turnos, así que pronto adquirieron experiencia suficiente con los animales y supieron cómo realizar las diferentes tareas: desde curar algunas enfermedades hasta asistir a los partos complicados. Sobre todo esto último, ya que, si había algún parto múltiple, uno de los corderos pasaba a engrosar los pequeños rebaños «secretos» pertenecientes a las mujeres.

Debido al mal estado de su ganado, la Orbara se trajo un *morroi*, un criado de la parte de la montaña. Un buen día, bien de mañana, apareció por Areta una mujer enjuta que vestía su gran altura de negro absoluto. Venía por el camino andando muy deprisa; tanto que el niño que iba tras ella apenas podía seguir su paso. Llegaron a la casa grande y, tras llamar a la puerta, los hicieron entrar. Después de un rato salió ella sola y se marchó todavía más deprisa de lo que había venido. A partir de aquel día volvería todos los meses a cobrar la paga del hijo que dejaba a servir en la casa de los Orbara.

Joxemiel, así se llamaba el nuevo pastor, salía a diario en cuanto amanecía con un morral de piel de oveja colgado del hombro en donde llevaba el companaje que le preparaba la cocinera: pan, casi siempre duro, y unas *chulas*[13], algo que se repetía invariablemente todos los días de la semana durante muchos meses. Nadie en el pueblo se atrevía a pedirle al muchacho que se llevara las dos o tres

parejas de ovejas que tenían en las casas de atrás, a pesar de que podían enfermar por no salir nunca y no comer hierba fresca.

El chaval no volvía hasta que ya estaba oscureciendo y con prisa por que le dieran de cenar el rancho de patatas con berza que, también invariablemente, le esperaba en la cocina cada noche. Nadie le escuchó quejarse nunca en varias semanas. En realidad, nadie le oyó decir nada durante todo ese tiempo. Al final fue mi madre la primera que habló con él. Una mañana de agosto en la que se había levantado pronto por no poder dormir —el calor ya al alba hacía irrespirable el aire de su cuarto—, se encontró con él cuando se disponía a salir del pueblo con las ovejas:

—Te llamas José Miguel, ¿verdad?

—Bueno, es Joxemiel. Así me llaman en mi casa y en el pueblo del que vengo, en la *malda*[14] de Aralar.

—Bien, Joxemiel. Sales tan pronto y vuelves tan tarde todos los días que apenas nos vemos ni nos conocemos. Yo soy Martina. Hace muy poco tiempo que vine de Pamplona a vivir aquí, pero nací en Areta y de niña venía todos los veranos. Si necesitas alguna cosa, no tienes más que decírmelo. Como habrás visto aquí, a excepción de los Orbara, no somos ricos, pero entre nosotras nos ayudamos en todo lo que podemos. Además, soy maestra. No sé si sabrás leer o querrás aprender algo más de letras o de cuentas, pero si quieres aprovechar las tardes de los domingos, que sueles bajar del monte un poco antes, te podría ayudar.

—Gracias, señora —le respondió el muchacho, y se fue con las ovejas, más de quinientas, por el camino que conducía a las roturas de Santakurutze, la montaña que protegía el pequeño pueblo del frío aire del norte.

Ese «Gracias, señora» lo mismo podía ser que sí como que no. No lo supimos hasta que el domingo siguiente, cuando Joxemiel bajó del monte, un poco antes de las seis de la tarde, se presentó en nuestra casa con el pelo mojado y repeinado y se sentó en la cocina junto a la ventana. No hizo falta ninguna explicación, mi madre entendió que el chico quería aprender y sacó la cartilla, un pizarrín, pizarra y un ábaco y empezaron la primera clase como si esta fuera

la continuación de muchas otras anteriores. Y así se repitió durante semanas: los domingos al atardecer venía a casa y seguían con las clases.

No al principio, claro, pero Martina se ganó la confianza del pastor, que enseguida supo cómo corresponder al tiempo que mi madre empleaba en su educación. Cuando no era una liebre o una perdiz ya despellejada, eran unas setas, unos caracoles o unos brotes de ajos: siempre traía algo a casa para pagar sus clases. Martina se negaba a coger nada, pero luego se dio cuenta de que Joxemiel se sentía mejor si lo aceptaba; así que pronto hubo una complicidad entre los dos que se tradujo en que el rebaño de los Orbara aumentaba todas las mañanas con la docena de ovejas y corderas que las vecinas sacaban al camino. Inexplicablemente, nunca ninguna oveja de los vecinos sufrió ningún accidente, ni un mal parto. Al contrario: no era raro que parieran dos corderos, mientras que las de Orbara nunca lo hacían o, en todo caso, alguna vez malparieran, se perdiera alguna, sufrieran algún ataque de perros salvajes o se cayeran por algún precipicio. Sea como fuere, la necesidad y el hambre del pobre vecindario se aliviaba de vez en cuando.

Joxemiel se convirtió, además de Marino, en el único «hombre» en aquel pueblo en el que los jóvenes estaban en uno u otro lado del frente. No obstante, nunca cruzaba más de dos palabras seguidas con las vecinas, excepto con mi madre y a veces conmigo, aunque una pequeña de tres años poca conversación podía dar.

Y así pasaron los meses de aquel infausto 1937, sin salir de Areta excepto cuando Antonia o Martina llevaban algún cordero «encontrado» a una fonda de la parte vieja de Pamplona, escondiéndose entre las huertas y vadeando el río para evitar el control de arbitrios y guardias, que lo hubieran requisado. Con el dinero que cobraban por el animal se podía comprar alguna cosa y resistir unas semanas más.

Las noticias que llegaban del frente eran escasas, aunque siempre triunfantes, y la radio comentaba que el cobarde ejército rojo, compuesto de milicianos viejos, niños y mujeres, poco podía hacer

en contra de los ejércitos cruzados, excepto esconderse. Los nacionales habían conquistado más de media península y se estaban tomando un merecido descanso.

Las navidades solo tuvieron lugar en el calendario y el invierno fue de los duros, aunque en ninguna casa de Areta faltó leña para el hogar o el alimento justo para sobrevivir.

Joxemiel siguió surtiendo de liebres y conejos los pucheros de mi casa y no faltaron berzas, cardo y alguna alcachofa. El cerdo que mataron y despiezaron en San Martín, el otoño anterior, duró bien adobado y envuelto en sebo, y sobre todo bien escondido por las requisas, hasta abril, cuando el tiempo mejoró y los días poco a poco alargaban.

A finales de mayo, el día 23, el pastor, que nunca regresaba sin anochecer, bajó antes del mediodía al pueblo, pálido y con el gesto descompuesto. Martina lo metió en nuestra casa antes de que fuera al palacio de los Orbara. El día anterior casi mil prisioneros se habían fugado del fuerte de Ezkaba y pensó que Joxemiel habría tenido un mal encuentro con la Guardia Civil o alguno de los cientos de paramilitares que conformaban los retenes que andaban por el bosque buscando y disparando a los escapados. Cuando se lo preguntó, el joven le dijo:

—No. Pero hay tres hombres más arriba de las roturas, cerca del collado de Santakurutze, tumbados entre las habas. La perra se ha quedado quieta y ha empezado a gruñir. Yo pensaba que era algún conejo o zorro y he cogido el palo por la punta, por si acaso. La perra seguía quieta, marcando que había algo, y enseguida han salido. Estaban comiendo las habas, que todavía están en flor. Iban mal calzados y con la ropa muy vieja. Me han pedido la comida que llevaba y me han dicho que no dijera nada a nadie, pero me he asustado. Iban muy sucios, con la cara oscura. Me han dejado bajar después de quitarme el pan y el tocino y me han vuelto a decir que no abriera la boca, pero tendré que decirle a doña Mercedes que me han robado el companaje, para que me dé otro y poder subir con el rebaño.

—No, Joxemiel, no digas nada. Yo te preparo algo de comer y subo contigo. Me pongo las abarcas y vamos enseguida.

En el camino al monte mi madre le contó lo de la fuga y que había partidas de hombres armados que estaban capturando y matando a los fugados, que no dijera nada y que nunca tuviera miedo de la gente indefensa: a los que hay que temer es a los peligrosos de verdad, a los que nos amedrentan, y estos sí que van armados.

Al llegar al collado no vio a nadie, pero pronto salió un hombre que llevaba en la mano una especie de tijera hecha con una lata. Les explicó que intentaba cazar algún pájaro, que llevaba veinticuatro horas sin comer nada excepto las habas en flor que había en ese raso y veinticuatro semanas mal alimentado en el fuerte. Contó que sus otros dos compañeros, nerviosos por la presencia del pastor, habían seguido buscando la frontera y preguntó cuál podría ser el camino más corto o más seguro hacia Francia.

—Mal te puedo ayudar yo —dijo Martina—. Solo salí del pueblo cuando me fui con mis padres a Pamplona de niña y no conozco los caminos. Puedo preguntar en el pueblo a alguien de confianza y por la tarde te indicaré por dónde puedes ir.

—No, mujer. Ya nos habéis visto demasiada gente y hemos oído disparos no muy lejos de aquí. De noche me orientaré si salen las estrellas. Seguiré siempre a la polar y ella me llevará a Francia.

—¡Que tengas suerte! —respondió mi madre—. Te he traído algo de pan, queso y chorizo. Lo siento, pero no tenemos nada más. Ten mucho cuidado y no te preocupes, por nosotras nadie sabrá que andáis por aquí. Pero procura moverte enseguida. Esto está muy cerca de Pamplona y hay cantidad de patrullas. Se oyen muchos disparos y la gente habla de bastantes muertos.

—Gracias por todo. Voy a ver si alcanzo a mis compañeros. Agradecerán la merienda…

Y se marchó por las peñas, sorteando las piedras con los pies casi descalzos, protegidos con una corteza de árbol y unas cuerdas.

Aquel día por la noche una patrulla de la Guardia Civil, acompañada por una decena de falangistas, se presentó en el

pueblo preguntando si habíamos visto algún fugado o habíamos oído alguna cosa fuera de lo normal.

Joxemiel miró a Martina y esta pudo ver el miedo en sus ojos, pero le hizo un gesto para tranquilizarlo y no pasó nada, excepto que don Marino, esta vez en su casa, tuvo que volver a ponerse el collar y la cadena que no usaba desde hacía casi un año. Tan confiado estaba que apenas recordaba dónde lo guardaba y a punto estuvo de no ponérselo a tiempo; lo bueno es que casi no tuvo que fingir para que su cara se transformara en la imagen de un orate.

Al día siguiente el pastor volvió a sacar las ovejas. Cuando volvió por la noche, nos contó que había visto hombres armados justo en el collado. El pobre muchacho no podía sacarse el susto del cuerpo; mi madre lo tranquilizó. Ya había pasado el peligro y nada podíamos hacer por los pobres fugados. Desear que tuvieran suerte y toda la habilidad posible escondiéndose de día y avanzando de noche con el fin de evitar pueblos y luces.

Nunca supimos si aquellos hombres llegaron a Francia, pero siempre hemos querido pensar que sí: medio descalzos, mal abrigados, sin alimentos y sin conocer el camino, sin poder preguntar a nadie, se convirtieron en los héroes de muchos atardeceres de mi infancia: yo los visualizaba llegando al país vecino, donde, por lo visto, salía leche de las fuentes y había chocolate en todas partes. En aquel país nadie pasaba hambre ni necesidades y, sobre todo, nadie moría ni tenía que huir.

La fantasía duró poco. Se iba deshaciendo con cada eco de un disparo, el ruido de un motor, cada vez que don Marino se ponía el collar o veíamos una nube de polvo en el camino.

El resto del año no fue muy diferente. Sobrevivimos bien, mejor que muchos miles de personas, la mayoría mujeres y niños, que solo se alimentaban de las líneas de la cartilla de racionamiento y de los edictos que anunciaban el reparto de la semana: pan negro, que nosotras apenas probamos, algunas latas que sobraban del frente, poca carne y ningún pescado. En casa, sin embargo, no faltaba una liebre o conejo, algún malviz, colas de cordero, menudos y alguna vez hasta un cabrito. Un par de huevos a la semana y leche fresca.

Nada en abundancia, pero, sumado a las verduras de la huerta, suponía una alimentación razonable en esos tiempos.

Lo que nos adelgazaba era el miedo. De eso no nos faltó ni un solo día de aquellos tres aciagos años, ni de los treinta o cuarenta siguientes.

Durante el invierno de 1938, junto con las noticias del triunfante Franco y los facciosos, las mujeres Orbara salían más de casa. Don Ignacio había decidido que su mujer y sus hijas no regresaran a Pamplona tras el verano.

Era el primer invierno que pasaban en Areta y, a pesar de que no faltaba la leña y las estufas estaban encendidas día y noche, el caserón era difícil de calentar. Hasta los ricos pasaron frío aquel año. Los pocos momentos en los que salía el sol, Merceditas y Soraya seguían jugando en la plaza, siempre cerca de donde estaba yo, y a veces hasta me dejaban alguna muñeca.

Doña Mercedes, la señora, se dejaba ver y hablaba con las mujeres del pueblo, sobre todo con mi madre, que siempre se mostró simpática y cariñosa con ella; decía que en esa época nadie era feliz y todas necesitaban de una mano amiga o un hombro sobre el que llorar.

Luego supe que el hombro de mi madre empapó abundantes lágrimas de Mercedes Mendioroz, señora de García Orbara, durante las muchas tardes de confidencias en las que, después de enterarse de la muerte de mi padre y el desplante de Antonia a la Dolorosa, les contaba la verdad de la relación con su marido: un joven carlista que no había pisado el frente, pero que era miembro de la Junta de Guerra y que tenía a su suegro, Sebastián Mendioroz, un prestigioso intelectual y periodista, encerrado en la cárcel y con la permanente espada de Damocles que suponía la pena de muerte, de momento en suspenso, mientras Mercedes hiciera todo lo que él ordenaba.

Probablemente el motivo de que aquel otoño no volvieran a Pamplona fue el castigo añadido de Orbara a Mercedes. Además, para que no estuviera cerca de su padre, le prohibió las visitas a la cárcel. Solo las mujeres de Areta fueron conscientes de todo el sufrimiento que tuvo que soportar aquella mujer, a pesar de pertenecer al bando vencedor.

Ella sí que enseñó a sus hijas a rezar. Todas las tardes se oía en casa de los Orbara el rosario radiado y las voces de todas las mujeres, madre, hijas y sirvientas, contestando los padrenuestros, avemarías y letanías en días de Misterios Gozosos, Dolorosos y Gloriosos.

Cuando el bando golpista estaba a punto de ganar la guerra, por capricho de su padre y a pesar de su corta edad, Merceditas se preparó para hacer su primera comunión. A finales de enero de 1939, después de la conquista de Barcelona, el ejército franquista en pleno se dirigiría a Madrid, que no podría aguantar mucho, igual que la zona de Levante. Por eso fijaron la fecha para el primer domingo de mayo, día tradicional de las comuniones. Para entonces todos los familiares estarían en Pamplona de regreso de su corto y amable exilio, y el Orbara mayor, escondido en Madrid, podría disfrutar de un día festivo y alegre. Ignacio García Orbara supuso que los preparativos aliviarían a Mercedes la sensación de abandono que sufría; además, tenía previsto indultar a su suegro, solo las horas de la celebración, para que el día fuera completo. Las mujeres del pueblo limpiarían la iglesia, que se abriría después de permanecer varios años cerrada. El convite se haría en su palacio de Areta y lo servirían desde un buen restaurante de Pamplona.

Quedaban más de tres meses hasta la fecha prevista y había que preparar a la niña e instruirla en la doctrina y el catecismo. A falta de colegio, con el templo cerrado y huérfano de cura, encargaron la catequesis al sacerdote que mejor podría hacerlo. Había recorrido el frente en períodos más o menos largos, pero ahora, con la victoria próxima, las tropas carlistas, tan devotas antes, ya no tenían necesidad de tanta misa y tanto hisopo. El horror de matar y de ver morir a compañeros había instalado la semilla de la duda en los dogmas de fe y los mandos militares habían aconsejado darles un respiro religioso. A pesar de que la comunión consistía precisamente en eso, no convenía mezclar la sangre con las hostias.

Así pues, por sorpresa, casi a traición, don Julián Barberena, el tío cura de mi madre, reapareció en nuestras vidas.

A pesar de que los tiempos eran magros, había llevado bastante bien los viajes al frente y las supuestas precariedades alimenticias. La sotana le estrechaba un poco la tripa y, debajo de ella, el cinturón que ajustaba sus pantalones exhibía agujeros usados de más, con un cerco blanco que delataba su ubicación anterior, más apretada. No obstante, y debido a su altura, no se le notaba excesivamente gordo, peinaba todo el pelo y todavía lo conservaba negro. Su cara, siempre perfectamente afeitada, no dejaba ver arrugas y su mirada te seguía helando en pleno agosto. Siempre con esa media sonrisa (levantaba apenas un lado de su labio) que a mi madre —y a mí por contagio— nos provocaba una mezcla de asco y miedo difícil de describir, pero muy física.

El primer domingo de marzo, hacia la una del mediodía, se presentó el catequista en la casona de los Orbara. La clase de catecismo no empezaría hasta la tarde, pero pensó que el esfuerzo de adoctrinar a una niña tan pequeña y el viaje desde Pamplona bien valían que lo invitaran a comer. Quedó patente cuando, tras llegar en un coche Hispano Suiza negro, propiedad de los señores, que lo dejó en medio de la plaza, lo despidió inmediatamente.

La plaza estaba desierta, hacía mucho frío y caía una aguanieve tan densa que se iba convirtiendo en copos cada vez más grandes. Al oír el ruido del automóvil, salieron de la casa y lo recibieron, mientras mi madre y Antonia miraban todo escondidas tras una cortina sin poder creer lo que estaban viendo.

Después de comer, y el café, copa y puro que nunca perdonaba, empezó a tomar la lección de catecismo a Merceditas con sendos viejos ejemplares del Astete y Ripalda que llevaba con él. La niña le causó buena impresión: tan bien educada, tan modosita, tan callada y rubia, con esas trenzas flamantes y largas, su vestido con encajes y sus zapatillas acolchadas… ¡Tan cristiana! Y además estaba bien aleccionada y se sabía casi todo el catecismo de memoria.

Cuando acabó la lección, ya anocheciendo, se dirigió a nuestra casa y entró sin llamar.

—Hola, Martina, sobrina. Ya sabía que te escondías aquí con esta blasfema y con tu hija, pero he estado muy ocupado en el frente y en el arzobispado. Ahora podré haceros más caso y preocuparme

por vuestra integridad cristiana. A partir del domingo que viene quiero que tu hija acuda a la catequesis con Merceditas. Ya lo he hablado con doña Mercedes y permitirá que vaya. Llévala bien limpia y peinada. Y en cuanto a tu amiga Antonia…

En ese momento, justo cuando Antonia le iba a contestar, seguramente a insultar y a complicarse la vida más todavía, si es que era posible, el chófer de los Orbara, que había vuelto al pueblo para llevar al cura a Pamplona, entró y salvó la situación. Quizá llevaba un rato fuera junto a la puerta, escuchando, e interrumpió en el momento preciso:

—Perdone, don Julián, pero ya anochece y la nevada cada vez es más copiosa. Tenemos que salir cuanto antes para poder llegar a Pamplona. No sé si yo podré hacer el camino de vuelta... Si no es así, me quedaré en casa de mi hermano en la ciudad, pero la carretera se está poniendo peligrosa. Si no le importa, me gustaría salir. El coche está en marcha y la calefacción lo ha calentado, pero en la calle hace mucho frío. Es posible que encontremos hielo en el camino.

La tregua que nos consiguió Satur, el chófer, sirvió a las dos mujeres para tomar conciencia de que necesitarían una estrategia duradera para los meses siguientes. No podían caer en provocaciones, sobre todo Antonia; en cuanto a mí, no podría librarme de las sesiones de catequesis, así que tendrían que enseñarme las nociones básicas del ritual. De momento, el siguiente domingo iba a estar enferma para darnos algo de tiempo a todas.

Tiempo que en lo meteorológico complicó la semana. El temporal no solo no amainó, sino que empeoró. Después de llevar al cura, Satur tuvo que quedarse en Pamplona a pasar la noche y no pudo volver al pueblo hasta el viernes. Todos los días nevaba un poco, pero lo peor fue el intenso frío que hacía. Durante el día, las tormentas no nos dejaban salir de casa y por las noches las temperaturas helaban toda el agua caída. La tierra de las pequeñas huertas estaba tan congelada que no se podía cavar, ni remover con ninguna herramienta.

El pueblo estaba vacío; todo el mundo dentro de sus casas, junto al fuego: las mujeres en la cocina y la familia Orbara junto a la

chimenea de su grande y frío salón. La única persona a la que no afectó el mal tiempo era Joxemiel. Cubrió sus abarcas y sus piernas con unos borceguíes de piel de oveja y añadió a su espaldero de piel un *kapusai*[15] de lana abatanada, prieto y rígido como una tabla, pero que le protegía del frío y del agua.

Las ovejas apenas dejaban huella en la nieve helada y dura, pero la persistencia del rebaño terminaba por ablandar el suelo y hacerlo menos resbaladizo. Joxemiel y su perro seguían a las ovejas chapoteando en la nieve pisada y derretida a medias. No dejó de sacar a los animales ni un solo día y siguió surtiendo la despensa de mi madre con algún animal que cazaba. «Ahora es más fácil ver las huellas», decía.

El siguiente domingo, en cambio —ya se sabe que Dios auxilia a los que creen en él—, amaneció sin una sola nube. El sol, con una pizca de viento sur, calentaba los caminos y los tejados y durante toda la mañana derritió la nieve de las cubiertas de las casas y el hielo de la plaza. La nieve quedó en las laderas y cimas, pero el pueblo se quitó el vestido blanco. Don Julián volvió a visitar *Orbararena*[16] terminando la mañana, casualmente a la hora de comer, para repetir el ritual de invitado de última hora antes de impartir sus lecciones.

Al no verme en la casa cuando comenzó la catequesis, envió a una sirvienta a buscarme, pero esta volvió con la noticia de que yo estaba en cama con calentura. Y ¡era verdad! El frío de la semana había hecho mella en mi cuerpo y tenía un catarro con fiebre que apenas estaba empezando a remitir. Sin ayuda divina, en nuestro caso, el clima sí se puso de nuestro lado. La versión de la mujer al darle la noticia a don Julián fue tan sincera y vehemente que el cura no lo puso en duda. No obstante, al caer la tarde volvió a visitarnos con la excusa de preguntar por la enferma.

En realidad, vino a comprobar mi estado de salud. Me tocó la frente y se convenció de que tenía fiebre, pero me prodigó más cuidados de los necesarios, con unas caricias extrañas nada

apropiadas para que un tío, y menos si es cura, se las haga a su sobrina. Con la excusa de tomarme la temperatura me palpó el cuello y la espalda. Antonia no estaba, había ido a casa de una vecina después de comer y así lo haría todos los domingos durante esas semanas de adoctrinamiento, para no coincidir con él; pero mi madre, que sí se quedó conmigo, se interpuso entre don Julián y yo, me arropó y me cubrió totalmente con la manta y, aunque yo no me acuerdo, debió de ser un momento tenso entre ambos. Al final, sin insistir más, el cura se fue con Satur a Pamplona. Quedaban ocho domingos antes de la celebración. Si me libraba de la mitad con alguna excusa, cuatro sesiones de catequesis podrían ser soportables.

En aquellos primeros meses de 1939 las noticias volaban. El conflicto evolucionaba más rápido que en los anteriores. En el frente del Ebro el bando golpista salía victorioso de las batallas y, con ayuda de las disputas internas en el bando republicano, la contienda se precipitó en Madrid y la zona centro-sur, atenazada entre varios frentes. Los primeros días de abril supimos que la guerra había terminado y Franco había ganado. Todas o casi todas las mujeres del pueblo esperaban que volvieran sus maridos e hijos y que la normalidad regresara al día a día de la vida del pueblo.

Faltaba un mes para la comunión de Merceditas, Mertxe la llamábamos, y yo había asistido solo a tres clases, pero que habían cundido bastante. Me persignaba y santiguaba con la mano derecha mientras con la izquierda cruzaba los dedos, como conjurando el efecto contrario; pero casi sin querer iba aprendiendo algunas oraciones y el cura estaba bastante satisfecho con el resultado de su esfuerzo. En apenas unas semanas, solo con su sagrada voluntad, había compensado la carencia de religión que la impiedad y apatía de mi madre habían causado. Don Julián me sonreía satisfecho y a veces me acariciaba la cara. Yo, aunque todavía no tuviera edad para diferenciar una caricia familiar, de cariño, de esas otras que ahora sé que son lascivas, algo percibí, porque no sabía qué me daba más asco: si sus manos frías o su aliento, también frío y mentolado, que casi se solidificaba al salir de su boca.

Yo cumpliría seis años a finales del verano y el cura estaba planteándose que hiciera la primera comunión aprovechando la de Mertxe. No sería una gran ceremonia ni habría convite. Simplemente, después de misa me daría de comulgar en la sacristía tras haberme confesado a primera hora. Un día llegué a casa con sentimientos encontrados de miedo e ilusión. ¡Qué pensaría yo a esa edad que era la primera comunión…! Mi madre decidió que bastante daño había causado la catequesis y se las arregló para que no asistiera más.

Durante las semanas siguientes fueron varias las discusiones entre don Julián y ella. Yo las presencié todas, pero nunca intervine ni dije una palabra: era todavía una niña que no había hecho otra cosa que huir y refugiarme en las faldas de mi madre y de Antonia. El cura insistía en que yo hiciera la primera comunión aprovechando la circunstancia:

—Así será todo más sencillo, sobrina. No tendrás que gastar dinero, que imagino que no te sobra. Y ¿qué mejor, en el caso de una chiquilla, que recibir el sacramento por primera vez de la mano de un sacerdote de su familia? He descuidado mucho tiempo la iniciación en la fe de tu hija y he hecho mal en confiar en ti para que le educaras cristianamente. Ha llegado el momento de que tome cartas en el asunto. Dios no me perdonará que lo demore ni un instante más.

—¡Ay, tío! Bittori es muy joven todavía. Solo tiene cinco años. Ya habrá tiempo de que haga la primera comunión, ella sola o con las compañeras del colegio, cuando vaya a Berriozar. No me parece bien que la haga escondida en la sacristía, como si fuera una vergüenza, después de que su compañera de catequesis la celebre con todos los lujos y esplendor. No creo que a Dios le resulte muy grato que mi hija tome la comunión oculta a los ojos de todos.

—Rozas la blasfemia, sobrina. ¿Qué sabrás tú de lo que le parece bien o mal a Dios? ¡Tú!, una impía que no has sabido inculcar a tu hija los rudimentos de la fe. Tuve que venir yo a enseñar a rezar a Bittori. —Respiró y tras la pausa cedió—: Pero puede que haya algo de cierto en lo que dices. Ahora mismo lo que nos sobra es tiempo.

Aún es muy joven y llegará el día en el que haga la primera comunión en condiciones normales.

Y con eso se acabó la discusión. Además, por si acaso el cura se arrepentía, cuando faltaban quince días para el primer domingo de mayo, la Diputación de Navarra confirmó el rumor que circulaba desde hacía semanas: Franco visitaría Pamplona el mismo día en que estaba prevista la comunión de la Orbara mayor. El día 7 organizarían un gran desfile y una demostración de apoyo al falangismo inédita en Pamplona. Los Orbara tenían que estar en un balcón de la Diputación y don Julián concelebraría la Misa Mayor en la catedral con el arzobispo y otros siete curas, como si el mismo Pío XII, recién nombrado Papa, hubiera recibido a Franco en el templo. La comunión se suspendió, mi madre respiró aliviada y a mí la tontería se me pasó en unos días. Al final, la de Merceditas se celebró cuando el verano estaba acabando, pero ya en Pamplona.

Lo mejor fue que Franco finalmente no vino: le costó trece años hacerlo.

El tío cura nos dejó tranquilas durante algún tiempo. Estaba en Pamplona. Ahí era donde se cocía todo; él tenía oportunidades de medrar en la curia y de salvar el mundo y se empeñó con toda su alma en hacer las dos cosas a mayor gloria de Dios.

Nosotras seguimos viviendo en Areta, a donde fueron llegando tres —el cuarto era republicano y había huido— de los maridos e hijos de nuestras vecinas, de regreso de la guerra. En el pueblo la actividad se multiplicó. Los hombres trabajaban las piezas de tierra más grandes, las mujeres las huertas y Joxemiel seguía cuidando el rebaño de los Orbara mientras hacía aumentar, poco a poco, el número de sus propias ovejas y las de sus vecinas. Gracias a todo ello, y a la ayuda puntual que Tomás seguía trayendo, seguimos comiendo con regularidad.

Pasaron dos años sin ninguna novedad cuando una mañana de enero el mensajero de Berdún le dijo a Martina:

—Después de ganar la guerra, los facciosos están más confiados. La persecución se ha atenuado un poco, de momento, y todos

estamos más tranquilos. Seguro que no durará mucho, pero mientras tanto estamos reorganizando el partido con la gente que no escapó y tenemos algunos amigos colocados en la administración, en puestos bajos y discretos pero claves. Pronto podré conseguirte los papeles oficiales, incluso la cartilla de racionamiento, y Bittori podrá ir al colegio. Esperemos que dentro de no mucho tiempo podáis volver a Pamplona.

—No puedes imaginarte la alegría que me da escuchar esas palabras, pero sin Antonia no creo que vaya a ningún lado. Aquí está más segura y yo le debo todo.

—Igual que ella, que te lo debe todo a ti, pero creemos que también podrá volver pronto. Ya iremos viendo, y también hablándolo con ella.

—¿Qué tal está don Jesús? Supongo que seguirá en Francia…

—No debemos hablar de eso. Berdún ha tenido problemas dentro del partido. La dirección lo abandonó cuando se escaparon al final de la guerra, pensando en ponerse a salvo, y Jesús tuvo que tomar varias decisiones precipitadas, porque el tiempo y la guerra no son momentos para el sosiego y la tranquilidad. Algunas no han sido bien vistas. Su trabajo en Madrid fue muy importante para la supervivencia de la República, aunque al final no valió para nada; y no se lo perdonan. Suponemos que cada vez que le ven se acuerdan de que ellos huyeron como las ratas cuando se hunde el barco y nos dejaron aquí a cuatro desgraciados, sin dinero ni apoyo de ningún tipo, rodeados de enemigos, y no solo de los fascistas. Durante toda la guerra hubo muchas disputas y cosas más graves entre los socios del Frente Popular. Cada cual pensaba en sí mismo y no en la República ni en el pueblo, y al final se agravó. Imagínate hasta qué punto, que cuando entraron los falangistas en Madrid, después del golpe de estado del coronel Segismundo Casado en contra del presidente Juan Negrín, muchos comunistas estaban presos en la cárcel. Ya puedes suponer cuál fue el destino que corrieron: los casadistas[17] hicieron el trabajo sucio a los fascistas y a nosotros nos dejaron en cuadro. Esperemos que la cosa se calme un poco, pero el peligro que corre Berdún es real; tendría gracia, si no fuera tan

trágico, que después de librarse de la represión y los tiros facciosos, sufriera ahora fuego amigo desde dentro del partido. Con todos los problemas que tiene, la última vez que hablamos me recordó la obligación de ayudarte en lo que sea necesario. Él sabe cómo hacerme llegar dinero y otras cosas y, aprovechando el viaje, me envía lo tuyo. No te faltará si no pasa algo muy grave, que esperemos que no ocurra.

Otra noticia más que seguro entristeció a mi madre, quien durante toda la vida hizo lo posible para disimularlo, para que yo no lo supiera, para no preocuparme. Por muy pequeña que yo fuera, o precisamente por eso, mi madre y también Antonia me han protegido como una leona a sus cachorros.

En casa de los Orbara en Pamplona también hubo novedades. Ignacio aflojó la presión sobre el padre de Mercedes y lo sacó de la cárcel, pero lo obligó a exiliarse en un pueblo de Huesca, lo suficientemente lejos para que no influyera en ella, a la que envió de nuevo a Areta después de la Navidad. Así, él podía medrar en Pamplona y verse tranquilamente con su amante sin que su mujer le molestase.

Aquellos primeros meses de 1940 unieron más a Mercedes y a mi madre, que se hicieron buenas amigas, aunque tuvieran que guardar las apariencias con los habitantes del pueblo. Al miedo de la guerra siguió el del peligro de la delación. La represión era entonces peor que nunca. Las cárceles estaban llenas y seguían fusilando a mucha gente después de farsas que llamaban juicios. Las previsiones que había hecho Tomás acerca de que los vencedores se habían tranquilizado no podían haber resultado más quiméricas. No obstante, nosotras seguimos viviendo tranquilas en Areta y yo también estreché lazos con las hijas de Orbara, sobre todo con Mertxe, que ya compartía sus juguetes conmigo con más asiduidad. Y me acostumbré a la presencia de las mujeres del palacio en nuestra vida, cosa que nos ayudó a sobrevivir mejor, a comer y vestir con más dignidad, todo lo digno que es heredar ropa usada —aunque, a decir verdad, casi nueva— y recibir comida, a veces sobras, otras no, a escondidas. Aquel invierno fue el más frío que se

recordaba y las frecuentes nevadas fueron tan copiosas que durante semanas no circularon coches ni carros.

A finales de junio, una camioneta gris de la Compañía Telefónica llegó al pueblo y descargó bobinas de madera de cable y algunos rollos sueltos. Los Orbara instalaban un teléfono. Ignacio apenas visitaba a Mercedes ni a las hijas y ahora podría comunicarse con ellas por medio de aquel invento moderno.

Todo el pueblo pasó por la era que hacía de plaza delante del palacio de los Orbara para ver semejante primicia. Con la falta de medios y de tecnología, casi era más rápido ir a Pamplona que esperar a la consolidación de la llamada; pero aquel aparato llegó para quedarse en la casona y, más adelante, casi toda la gente del pueblo lo pudo utilizar cuando lo necesitó. También Satur pasaba cada vez más tiempo en Areta, ya que Ignacio Orbara no parecía necesitar de sus servicios ni del Hispano Suiza, que estaba todo el día aparcado delante de la residencia, completamente a disposición de Mercedes, día y noche, aunque, en aquellos días, no así después, casi nunca lo utilizaba.

En los primeros sanfermines después de la guerra, los concejales Ilundain y Pérez Salazar, ambos colaboradores del periódico franquista *Arriba España*, instauraron oficialmente el chupinazo tirándolo desde la plaza del Castillo. Era la primera vez que lo hacía un concejal, dos en este caso, ya que anteriormente el estanquero Etxepare lo hizo en el mismo lugar, de manera no oficial, desde 1931 hasta 1936, cuando lo asesinaron, como a tantas otras personas. El propio Ilundain propuso que a partir del año siguiente se hiciera desde el balcón del Ayuntamiento para darle más solemnidad; y así se hizo.

La fiesta se nutrió de militares de alta graduación venidos de fuera y, además de las gorras de plato y uniformes, se vieron muchas chisteras, bombines y jipijapas, que aquel año superaron a las txapelas. Don Ignacio llamó algunos días a su esposa para que lo acompañara a los toros y a la verbena del Casino, o a cenar, y Satur la llevaba y traía de vuelta esa noche o al día siguiente, según la conveniencia de Orbara, que apenas se movía de Pamplona.

El vergonzoso armisticio que parte del gobierno francés había firmado con Hitler dejaba un estrecho pasillo en el sudoeste galo, por donde espías y militares germanos, oficiales de las SS y diplomáticos del partido nazi pasaban la frontera de Hendaia a Irun para defender los intereses alemanes. En Pamplona se fueron instalando varios y Orbara tenía mucho interés en estrechar lazos con ellos. Además de la sintonía política, había negocios que podían dejar mucho dinero, así que Mercedes se quedó abandonada y feliz en Areta. No le faltaban suministros, que compartía a escondidas con nosotras.

A finales de verano Tomás entregó a mi madre nuestras cédulas personales y la de Antonia y en septiembre pude empezar el curso en la Escuela Nacional de Berriozar, en marcha desde 1924. Las chicas daban clase en aulas separadas de los chicos. No los veíamos ni durante el escaso recreo. Lo que más caracterizaba al profesorado era su apariencia: bigotillos estrechos, traje y corbata o briches, unos pantalones bombachos ajustados bajo la rodilla, para ellos y los moños altos en ellas, vestidas de negro largo.

Apenas recuerdo el primer año, pero sé que allí aprendí a levantar el brazo, a cantar himnos falangistas y a simular los rezos durante todo el día, de lunes a sábado, exceptuando alguna tarde de jueves. De eso sí que me acuerdo, pero no me dejó demasiada huella. Yo me creía como en un cuento. Ir a un colegio de verdad, con compañeras a las que apenas conocía ni hablaba pero que estaban ahí, conmigo, todos los días; era tanta la diferencia que había con el pueblo y su soledad que todo me parecía mejor.

Enseguida se percataron de que yo iba avanzada en los estudios y no tuve que soportar demasiada presión. Nunca me sacaron a la pizarra ni recibí un solo palmetazo ni chapada; me hicieron lectora oficial de la clase y leía la historia sagrada a mis compañeras cada vez que la maestra se tomaba un descanso. De lo que pasaba en casa, o de lo que oía hablar a las mayores, nunca comenté ni una sola palabra. Aquellos años pasábamos más miedo que hambre y mi madre, y sobre todo Antonia, me habían aleccionado: jamás debía comentar nada a pesar de la insistente demanda de información que

las maestras ejercían desde la altura de sus moños y de sus caras estiradas hacia el cielo. Con el tiempo supe que no era la única «muda» de aquel centro escolar.

Los colegios públicos y privados, los institutos y los centros de estudios se llenaron de maestras y profesores ligados al régimen. La Junta Superior de Educación en Navarra se permitió incluso el lujo de nombrar maestros a veintitrés militares que tras la guerra hicieron un cursillo de un mes justo antes del inicio del curso en septiembre, porque los pocos docentes que sobrevivieron a las razias franquistas no tenían título válido para enseñar y nunca se lo renovaron.

El pan nunca fue más negro y el aceite y el café eran un bien escaso que apenas se conseguía de estraperlo. De hecho, el café, que nunca vimos en casa, en el palacio de Orbara no faltó y Martina se acostumbró a tomarlo con Mercedes casi todas las tardes. En esas tertulias Mercedes se reveló como una mujer instruida, ágil de mente y nada ñoña. Mi madre comprobó enseguida que podía confiar en ella y aquella confianza fue mutua: nadie podía saberlo cuando estaban en la calle, pero en la delicada intimidad del palacio de los Orbara las dos mujeres disfrutaron de una complicidad que pronto fortaleció su amistad. Hasta Antonia se relajó y cogió confianza con Mercedes, que nos cuidó como si fuéramos de su familia.

Habían pasado cuatro años desde el asesinato de Bittor y de los Etxabe, y el tiempo y las calamidades de la guerra habían suavizado, en parte, los duelos y el miedo. Las cosas empezaban a normalizarse y vivíamos como una familia convencional: sin padre ni marido; sin hijos ni amigos, como muchas de las familias que no habían ganado la guerra.

Yo no cumpliría siete años hasta finales del verano y en casa ya no se hablaba de mi primera comunión; por fortuna para nosotras, el tío cura de mi madre estaba conspirando en lo más alto de la curia para ascender. Tenía sus ojos puestos en el tamaño y modelo de la mitra que él creía merecer más que nadie. Ansiaba ser obispo, aunque provisionalmente tuviera que irse de Pamplona a otra diócesis más pequeña y menos importante: el púrpura era su color favorito.

Cada vez que llegaban noticias de Sebastián Mendioroz, el padre de Mercedes, la tarde se convertía en una fiesta y, además de café y pastas, sacaban una botella de anisete que Satur traía de San Juan de Luz cuando llevaba a Ignacio Orbara a hacer lo que fuera que hiciera allí. Don Sebastián estaba bien y se había integrado a la perfección en el pequeño pueblo pirenaico. Vivía en la casa de un carnicero en cuyo local había más cosas «rojas», aparte de los chorizos, y donde no pasaba demasiadas necesidades. Satur también le hizo algunas visitas para llevarle dinero sin que Ignacio Orbara se enterase. Cada vez que lo hacía le traía a Mercedes artículos que su padre seguía escribiendo y no podía publicar. No había medio más seguro que el coche y el chófer de un faccioso conocido. Yo era una chiquilla y no me daba cuenta de la relación cada vez más estrecha que tenía mi madre con Mercedes y con el propio Satur. Luego supe que la ayuda de este y el coche de Orbara fueron cruciales para pasar por la frontera papeles, comida y todo tipo de asistencia, primero en una dirección y después en otra, y hasta alguna fuga en ambos sentidos conforme se desarrollaba la guerra europea.

Que entonces yo no fuera consciente de lo que pasaba ni en casa ni en el mundo no fue razón para que más tarde no me enterara. Todo esto y, sobre todo, lo que voy a detallar a continuación, lo desconocía, hasta que Martina me lo fue contando cuando creyó que podía recordarlo y, más importante para mi madre, cuando yo ya tenía edad para entender la diferencia entre recordar y no olvidar, aunque no lo hice al principio. Ella solía insistir en este concepto y yo terminé de comprenderlo el día en que me dijo:

—Si no lo olvidas, no tendrás que recordarlo.

Fue en plena Guerra Mundial, día de mi décimo cumpleaños, cuando «sotanás», que así lo solían llamar Antonia y mi madre, volvió a visitarnos. A primeros de septiembre todavía hacía calor y se agradecía el frescor que el interior de las casas guardaba gracias a sus recios muros. Era jueves y no había clase por la tarde. Estaba recostada en un viejo sillón después de comer cuando oí voces, una en concreto: la del tío cura de mi madre que entraba en casa a su

manera, llenándola por completo de sus prisas, su jactancia y su olor a menta.

España había enviado a miles de voluntarios para que ayudaran a Hitler en su particular misión alucinada, por la que Franco sentía devoción: la división azul, de funesto nombre y peor semblanza. Contaban que se habían acostumbrado al vodka, al que tenían gran afición, y que salían, ciegos de ira y envalentonados por el acohol, a matar comunistas, olvidándose del frío y demás penurias. Fueron usurpando terreno a los rusos hasta que la guerra cambió el curso. En febrero se había librado una batalla en Krasny Bor en la que murieron más de la mitad de los divisionarios; y de los que quedaron, el ejército ruso apresó a trescientos. Una masacre anunciada, ya que en ese sitio había más de diez mil rusos combatiendo contra algo más de cinco mil falangistas.

El caso es que Julián Barberena, por su condición de capellán, no estaba muy cerca de las balas y, como disponía de vehículo y chófer, pudo escapar del peligro. Fue el fin de aquella vergonzosa colaboración entre franquistas y nazis y, aunque algunos, los más recalcitrantes, se quedaron integrados en la Wehrmacht, un batallón hecho a medida para aquellos fascistas que disfrutaban matando y violando, casi todos volvieron a sus pueblos sin gloria y con muchas penas.

En particular, el tío de mi madre llegó a principios del verano de 1943, pero se entretuvo en Madrid y luego en Pamplona, donde ejercía de obispo Marcelino Olaechea, que llevaba en el cargo desde un año antes del golpe militar y al que se le auguraba una carrera corta, ya que no estaba bien visto por las autoridades eclesiásticas por haber criticado la represión brutal al inicio de la guerra. Podían ascenderlo, desterrarlo o incluso matarlo, porque para todo habrían encontrado razones. Barberena deseaba que lo depusieran y lo metieran en la cárcel, creía que iba a ser así, y estaba por allí en el momento preciso; o eso pensaba él, porque a Olaechea ni lo ascendieron ni lo represaliaron, y siguió ejerciendo de obispo tres años más, hasta que un aspirante, algo más gordo y con un apellido más Delgado que don Julián, se llevó el puesto y ejerció muchos

años. Sin saberlo, el tío cura había truncado su carrera eclesiástica debido, entre otras cosas, a su fervor azul, visionario y divisionario.

Al dirigirse a Martina, esta comprobó que su mal genio y su prepotencia no habían desaparecido.

—¿Es tarde para comer, sobrina? Siempre te quedará algo.

—Hola, tío Julián. Ya hemos comido y no hay gran cosa, pero si quieres patatas cocidas con un par de huevos fritos, te los puedo hacer —le contestó.

—Lo que sea. Después del hambre y el frío que pasé en Rusia, cualquier cosa caliente me parece bien. Pero acompaña los huevos con un poco de txistorra, Martina, que seguro que te queda del *matatxerri*[18]; siempre os estáis quejando de que no tenéis de nada, pero veo que tampoco os falta.

El cura se comió nuestra cena mientras me miraba de una manera que yo no supe interpretar. Mi madre sí. Afortunadamente no estaba Antonia, porque si lo hubiera presenciado, seguro que le habría tirado encima una olla de agua caliente para que se le olvidara el frío de la estepa. Yo, con diez años cumplidos ese día, y estando en verano, no tenía muchos remilgos a la hora de vestirme. Normalmente estábamos solas en casa, no disponíamos de mucha ropa y la comodidad primaba sobre el recato y la elegancia. No lo vi, o no me acuerdo, pero el animal con sotana era capaz de lo peor: me dijo que me acercara y que me sentara encima de sus piernas mientras me seguía mirando de un modo que no entendí del todo pero que sin duda me incomodó. Mi madre me envió al palacio con la excusa de pedir algo, azúcar, sal o lo que fuera, y me hizo un gesto con el que me indicaba que no volviera hasta que el cura se hubiera ido.

La dejé sola con su tío y, aunque no era la mejor idea, obligarme a que me ausentara fue seguramente lo mejor que pudo hacer mi madre por mí. Después de unos años me contó lo sucedido.

—Me violó, sí. Pero seguramente te habría violado a ti, por el modo que tenía de mirarte. Cuando saliste de casa, me dio una paliza y se me echó encima hecho una furia, excitado como un carnero y fuera de sí. La cara roja, sudando. Y su mirada no era propia de un sacerdote; ni siquiera humana. Me quedé tumbada en

el suelo, dolorida por dentro y odiándome a mí misma más que a él, que me culpaba de lo ocurrido. Me pegó un bofetón y me marcó los cinco dedos en la cara mientras me maldecía: «¡Mujer! —me lo dijo como un insulto—. ¡Sois lo peor de este mundo: la personalización de la tentación de Satanás! Eres una Jezabel que me has hecho pecar; ¡no quiero verte más!».

Don Julián Barberena, representante de Dios en la tierra, se fue como había venido, pero habiendo violado a su sobrina y abandonándola en ese trance.

Cuando yo volví a casa y la vi tumbada en el suelo, encogida sobre sí misma, pálida y llorando, avisé a Mercedes y Antonia, que se quedaron con ella tras enviarme a merendar al palacio con las hijas Orbara. Supongo que la naturaleza, en su supuesta sabiduría, nos hace olvidar muchas cosas, sobre todo, esas que nos hacen más daño. Nunca, hasta tener casi veinte años, volví a pensar en ello ni recordé la brutal agresión que sufrió mi madre. Sin embargo, el recuerdo que tenía, y tengo, de mi tío abuelo, el cura violador, iba a empeorar, si eso era posible.

A mi madre le costó recuperarse un año. Hablaba poco y necesitaba siempre tener compañía. Antonia y Mercedes estaban al tanto y no la abandonaron. Después de muchos meses empezó a atreverse a salir sola de casa; daba largos paseos en los que se encontraba con Joxemiel y su rebaño. Con él aprendió a poner cepos para cazar, trampas para conejos, identificar algunas hierbas para curar heridas o indigestiones, diferenciar las setas comestibles de las venenosas, interpretar el rastro de las serpientes, las huellas de los diferentes animales, y también a contar, marcar y curar las ovejas. Parecía más feliz con los animales que con las personas. Conforme pasaban los meses de verano ya no miraba al suelo y sus ojos brillaron otra vez. Alguna vez se le veía sonreír y volvió a abrazarme. Podría decirse que lo había superado, pero la prueba definitiva fue que invitara a su tío a comer a primeros de septiembre. Le envió una nota con Satur en la que le decía que viniera a comer y que prepararía para el domingo siguiente un cordero guisado.

Llegó el domingo y con él la lluvia que nos había abandonado en junio. Don Julián llegó a casa hacia el mediodía con una botella de

vino de consagrar y una cesta con setas.

—¡Mira qué setas me ha traído un feligrés! Las llaman *gibelurdinak* o setas de cura. Puedes limpiarlas y echarlas al cordero.

Mi madre no dijo nada. Puso cara de agradecida y se las llevó a la cocina. Estaba sola guisando y tenía tres sartenes en el fuego: una con setas iguales a las que había traído el cura; en otra, dos *maltzur*, la falsa *ilarraka*, seta muy parecida a la pardilla, tóxica pero no muy peligrosa; y en la sartén más pequeña, había una sola seta muy parecida a las *gibelurdinak*, de aspecto similar pero de nombre más pomposo, *Amanita phalloides*, la oronja verde, que nunca había que confundir con las otras ni cocinar en la misma sartén debido a su toxicidad. Estaban descansando en sendos sofritos y nadie tenía que ver cómo las distribuía en los platos al servirlas.

Ya se acercaba la hora de comer y el sacerdote sirvió dos vasos de vino.

—Bueno, sobrina. Te agradezco la invitación. Ha pasado el tiempo suficiente y ya te he perdonado. Además, somos familia.

¿Que la había perdonado? ¿Él? Mi madre, centrada en su propósito, disimuló el enfado que le produjo el comentario y le dijo:

—Voy a sacar la comida, tío. He preparado unas pochas, las últimas de la huerta, compuestas con un poco de tocino, y para después el cordero. Un lechal que ya se está guisando con las setas que ha traído usted.

—Bien, Martina. Coge un vaso de vino y vamos a brindar.

—¡Ay, no!¡Que se me queman las pochas!

Y mi madre se fue a la cocina para no beber, mucho menos brindar con su violador.

Trajo a la mesa un puchero con las pochas, que estaban deliciosas. Cuando las terminamos volvió para sacar el cordero, esta vez ya servido en los platos. Trajo dos: uno con una ración pequeña para mí y otro con mucha más cantidad para el cura. Luego volvió a por un tercero para ella.

Estando ella sola en la cocina, nadie, mucho menos el cura, vio cómo repartió las setas en esos platos, pero el de don Julián tenía una buena ración de setas y el hongo mortal. Las dos falsas pardillas vinieron servidas, una en el plato de mi madre y la otra, más

pequeña, en el mío, mezcladas con las setas buenas. El cordero estaba excelente y nuestro invitado repitió, esta vez con las setas que había traído él.

—Y de postre, natillas —dijo mi madre.

—Yo no tomaré postre. Creo que he comido mucho y no me ha sentado bien del todo.

El cura sudaba profusamente y su color había descendido varios tonos. Estaba palideciendo a ojos vista.

—Bueno, pues túmbese un rato. Ya verá cómo se le pasa. La verdad es que ha comido usted mucho.

Mi madre intentaba tranquilizarlo, pues sabía que tenía que pasar algo más de tiempo para que la intoxicación fuera irreversible, como así fue. Al cabo de una hora en la que el sacerdote se sumió en un ligero e inquieto sueño, las arcadas lo despertaron. Vomitó sobre su propia sotana, pero no mejoró en absoluto. Cada vez se encontraba peor y le dijo a mi madre que fuera a buscar a Satur para que lo llevara a Pamplona.

Martina salió deprisa de casa, pero apenas cruzó el dintel frenó su carrera y se dirigió, sin prisas, al palacio. Allí la esperaba Mercedes, que estaba con Antonia en el salón de su casa. Las chicas estaban arriba, en la siesta.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó la del palacio.

—Bien. Tal y como esperábamos. Ha devuelto encima de la sotana y se ha puesto perdido, pero creo que todavía le queda algo dentro. Ha pasado mucho tiempo y yo creo que será suficiente. —Antonia y Mercedes estaban al tanto de todo: sabían lo que mi madre había planeado—. ¿A qué hora vendrá Satur? Ya sé que lo has enviado a Pamplona.

—En principio, a las siete de la tarde, pero si hace falta que venga antes le llamo por teléfono. Está en casa; mi marido está fuera, así que estará pendiente, seguro que sin perder de vista el teléfono, esperando mi llamada.

—Ya son casi las cinco. Vamos a ver si ese cabrón de cura aguanta hasta entonces. Me voy. Vuelvo a mi casa. Estará esperando al chófer como al agua de mayo. No sé si podré aguantarme la risa

cuando le vea el gesto al decirle que tiene que esperar. Adiós, Mercedes.

—Hasta luego, Martina. Ten cuidado y si necesitas algo llámanos.

Cuando mi madre volvió a casa y le dijo al cura que Satur no estaba, su semblante se tornó gris. Estaba sufriendo y, cuanto más agonizaba, más superaba mi madre el trauma de la violación. El tío exigió que llamaran a un médico, cosa que mi madre hizo con la ausencia de urgencia que el momento precisaba y el doctor no llegó hasta pasadas las seis de la tarde. Mientras tanto, el sacerdote se quejaba, lloraba, gritaba e insultaba a Martina, que no se preocupó lo más mínimo:

—Esto no es una simple indigestión. Me has envenenado, Jezabel.

—Pero, tío, si las setas las ha traído usted...

En ese momento, Martina vomitó en el suelo, cerca de los pies del cura. Hacía unos minutos que no se sentía bien, pero ella, al contrario que el cura, sabía perfectamente el motivo: esa seta *maltzur* que se había reservado junto con la otra más pequeña que me sirvió a mí y que también empezaba a sentarme mal. Vomité en el suelo justo cuando el médico entraba por la puerta acompañado por Mercedes y seguidos por Antonia, a quien le brillaban los ojos con un inesperado regocijo.

Quedaba claro como el agua que el cura había traído unas setas entre las que había algunas malas y que había envenenado, fortuitamente por supuesto, a su sobrina, a la hija de esta y a sí mismo: si había algún culpable, ese era el sacerdote que se había llevado la peor parte porque también había comido, con mucho, el que más de los tres. El médico lo adivinó enseguida: tres vomitonas después de una comida con setas era la consecuencia incuestionable de una intoxicación.

—¿Qué setas habéis comido? —preguntó a Martina.

—*Gibelurdinak*. Las ha traído el tío Julián; se las ha dado un feligrés.

—Pues habrá que llevarlo al hospital. Habría algunas tóxicas o en mal estado para afectaros a todos: esperemos que no hubiera ninguna *Amanita phalloides*. Se pueden confundir. No tengo con qué preparar un purgante ni una lavativa... Podría hacerla con vinagre y

sal, pero quizá ya es tarde: está realmente mal y no creo que pueda hacer nada por él. Vosotras estáis algo mejor, aunque convendría examinaros en el dispensario. ¿Puede alguien llamar a una ambulancia? En mi coche no cabemos todos.

—Voy al palacio a llamar por teléfono —terció Mercedes.

—Yo me adelanto a Pamplona —dijo el médico—. Os espero en el hospital y voy preparándolo todo.

Antonia se quedó al cuidado de los tres intoxicados. Se preocupó de tapar con una manta a madre e hija para que no perdieran calor y aprovechó para mirar al tío de Martina a los ojos, sin acabar de aprovecharse de la superioridad que suponía el hecho de encontrarse de pie frente a aquel violador, tumbado e indefenso. No supo por dónde empezar, tenía tanto que reprocharle que no pudo articular palabra. En lugar de eso se concentró en mirarlo, lo que inquietó al padre Julián más que los retortijones de tripas. En esa mirada le hizo saber que, después de todo lo que les había hecho pasar, al final le habían ganado la partida. El hombre cerró los ojos de dolor y Antonia pensó que también de vergüenza.

Satur llegó enseguida y en menos de media hora estaban todos en el hospital de Pamplona. Durante el viaje el cura empeoró y ya ni hablaba ni se movía: solo se quejaba. En un momento dado Martina acercó la boca a su oído y le susurró:

—¿Me has dicho que soy como Jezabel, tío? No, soy más bien como Lucrecia Borgia, y sí, te he envenenado, en venganza por todas las mujeres a las que habéis cortado el pelo, violado, torturado y asesinado, y en su memoria.

Don Julián Barberena abrió los ojos con una mirada de asombro, pero sobre todo de terror. Quiso replicar a su sobrina, sin embargo, no pudo decir nada y ya no recuperó la cordura. Con la piel y los ojos amarillos agonizó entre estertores y vómitos durante las horas siguientes. Prácticamente había perdido el conocimiento. Se había vaciado. La noche hizo justicia. Nada tuvo que ver el destino con la suerte del cura: él mismo lo fue forjando mientras vivió con las barbaridades que cometió, entre otras personas con Martina. Pero no fue consciente de nada. Apenas se enteró de que se moría, envenenado por su propia sobrina: la viuda de aquel inocente que

habían fusilado al principio de la guerra, al que ni siquiera intentó ayudar.

Casi al mismo tiempo, madre e hija superamos bien la intoxicación. Ella haciendo un poco de teatrillo para agravar la apariencia de su estado y yo, asustada, apenas hablaba y no hacía más que llorar y quejarme, contagiada por sus lamentos.

Cuando amaneció, cerca de las ocho y media de aquel día de septiembre de 1944, don Julián ya no podría celebrar más misas. Tampoco beber vino, ni comer cordero... ni setas. Ni podría violar a ninguna mujer, mucho menos a niñas. Ya no viviría en la casa de los canónigos de la catedral de Pamplona. Tampoco llegaría a ser obispo; ni arzobispo. Murió y se acabó. Y con él desapareció una parte muy grande de nuestro miedo.

Mi madre, por su parte, lloró todo lo que no había llorado en un año. Todos pensaron que era por la pena de haber perdido un familiar, cosa que le vino de perlas para que nadie sospechara del envenenamiento, pero su llanto, bien lo sabíamos todas, no era por eso. Aquellas lágrimas le sirvieron para cerrar el episodio más cruel que había sufrido en su vida, después del asesinato de su marido. Era su renacimiento, como diría ella después. Recuperó su dignidad gracias a algo que había hecho sola, sin ayuda de nadie, con ese sentido de la justicia que no puede esperar a que lo resuelvan otros, aunque tengan más autoridad. Supongo que yo habré heredado esa virtud, pero no fui consciente en ese momento.

No tuvimos ningún problema con la policía: nadie sospechó que Martina hubiese envenenado al cura y, cuando volvimos a Areta, con Mercedes y Antonia en el coche, nos esperaba Joxemiel, el tercer cómplice, que había proporcionado a Martina las *gibelurdinak*, las *maltzurrak* y la *Amanita phalloides*, que trajo envuelta aparte en un papel de periódico y un trapo cerrado con un nudo que después tiraron al fuego de la cocina. Aquel día, después de las setas, que a partir de entonces nunca probaríamos, nuestros estómagos no estaban para fiestas, pero a la semana siguiente celebramos la pérdida de don Julián Barberena y el comienzo de nuestra tranquilidad. Era muy descarado ir a algún restaurante de Pamplona, así que Mercedes hizo traer una comida especial, con tarta y

champán incluidos, cosa que no habíamos probado en nuestra vida. Hacía meses, años, que las tres mujeres no habían celebrado nada, porque tampoco habían tenido motivos, y disfrutaron conscientemente de la muerte del cura y del alivio que suponía para nosotras. Las dos hijas de Mercedes y yo misma, sin saber cuál era el motivo, también lo disfrutamos como nunca. Y creo que recuerdo algo inusual de ese día: el pastor recogió las ovejas al mediodía, cosa que nunca hacía, para unirse a nosotras, y Satur apareció justo antes de comer con un anciano que se abrazó fuertemente a Mercedes, que no paró de llorar en toda la comida. El hombre participó en el banquete, aunque justo después del coñac y el puro se marchó otra vez con el chófer camino de Huesca.

Pasó otro año. Un año de hambre para casi todo el mundo, aliviado en gran parte para nosotras gracias a la siempre oportuna ayuda de Mercedes. Ese curso que estaba a punto de comenzar sería para mí el último en la escuela primaria. El siguiente año cumpliría doce al comenzar el bachillerato. Tendría que empezar el instituto con algo de retraso, debido a mi tardía escolarización.

No había dudas sobre la continuación de mis estudios. Mi madre estaba empeñada en que fuera maestra y ejerciera, revirtiendo así la historia de su malograda carrera. Y a mí me pareció bien. El problema era que en Berriozar no había centro de bachillerato y ella nunca me enviaría a un colegio de monjas, si podía evitarlo. Afortunadamente, anunciaron la apertura en Pamplona para el siguiente curso de un nuevo instituto. En realidad de dos: uno para chicos y otro para chicas, aunque estuvieran en edificios anexos. Y mi madre vio una oportunidad en donde las demás veíamos problemas.

La mitad del profesorado eran militares y la otra mitad curas; todos fascistas y adeptos al régimen, con su carné correspondiente. Otro problema era, si cabe, más grave: ir todos los días desde Areta hasta Pamplona. Una opción era la bicicleta, pero cuando lloviera o hiciera frío... Y dejando aparte las inclemencias climatológicas, entre el pueblo y Pamplona había que pasar un control de policía y otro de arbitrios en los que registraban todo y a todos; además, no tenía

bicicleta. Yo, que intuía la importancia de las dificultades, estaba muy ilusionada con poder continuar con mis estudios y, sobre todo, con hacerlo en Pamplona. Fantaseaba y me veía viviendo en casa de Mercedes y las dos chicas durante la semana, compartiendo su opulencia y posición...

Mi madre también había pensado todo y, naturalmente, antes de que yo lo hiciera. No le gustaba la idea de que viviéramos separadas, por lo que no me iba a dejar ir con las Orbara. En Areta no podíamos quedarnos y había que buscar otra solución.

Llegó marzo y se nos acababa el tiempo. La matrícula tenía un plazo y solo nos quedaba algo más de dos meses.

La mejor solución sería volver a la capital. Mi madre hablaría con Tomás. Nada o poca cosa sabía de la situación de su propia casa de Pamplona. Desde que le había dado las llaves a Berdún, al comienzo de la guerra, nunca había vuelto por allí ni se había preocupado de saber si se pagaba el alquiler. Ignoraba quién vivía en ella o cómo la usaban. Suponía que había sido utilizada por el socorro rojo o como refugio de los comunistas, pero se tranquilizó pensando que, si la hubieran descubierto, habría tenido noticias y seguramente algún encuentro grave con la policía, aunque Tomás le había comentado en alguna ocasión que nada tenía que temer. El alquiler ya no estaba a su nombre y ellos se habían encargado de todo, incluidos papeleo y mantenimiento.

Desde que acabó la guerra, el mensajero de Berdún tenía por costumbre aparecer los días 21 de cada mes. Le entregaba a Martina el dinero correspondiente a la mensualidad y le ponía al día de los sucesos de Pamplona y de Europa: la guerra allí había dado un vuelco desde el mayo anterior, cuando los americanos desembarcaron en Normandía, y Hitler no podía resistir en tantos frentes. Además, siempre traía noticias o alguna carta de su jefe.

Mi madre y Mercedes decidieron esperar unos pocos días. Tomás siempre aconsejaba bien a Martina. Desde su discreción acertaba con la mejor solución. Con los años la confianza en el militante comunista era total.

El día 21 yo estaba en la escuela y no lo vi, pero Tomás no faltó a su cita ese jueves. Cuando mi madre le comentó sus preocupaciones

y le preguntó por la casa y si podríamos vivir allí, el hombre no se inmutó. Al menos Martina dijo que no había notado ningún cambio en él, estoico como siempre. Después de pensarlo un momento dijo:

—No te preocupes por nada. No tenemos mucho tiempo para buscar una solución, pero seguro que la encontraremos. Ahora mismo seguimos necesitando el piso y sería mejor buscarte otro sitio para vivir en Pamplona. El mes que viene, en abril, o como mucho en mayo, te diré algo. Lo hablaré con Jesús y con mis camaradas y a finales del verano estarás viviendo en Pamplona y Bittori estará matriculada en ese nuevo engendro fascista. Espero que sirva para algo, porque por fuera no se ve más que una serie de columnas enormes y feas desde arriba hasta el suelo. Toma el dinero que nos ha hecho llegar Berdún para ti. Como ves él no se olvida de vosotras y sigue cumpliendo por mal que le vayan las cosas.

—¿Mal dices? ¿Qué le ocurre? ¿Dónde está? —preguntó mi madre.

—Sabes que no te puedo contar nada, pero hemos pasado una temporada nefasta. A ver si acaba la guerra en Europa y se arreglan un poco las cosas. Parece que es posible que los del comité central oficial, en Moscú, le perdonen, aunque en realidad no tienen nada que perdonar y mucho que agradecerle. Cuando todos huyeron hace cinco años, con más prisa que vergüenza, Jesús se quedó prácticamente solo y tuvo que rehacer la estructura comunista desde cero. Si todavía existimos es, sin duda, gracias a él y a unos pocos más. Estoy seguro de que no te cuenta nada de eso para no comprometerte, pero yo os contaré lo que pueda decir sin involucrar a nadie. Ahora me voy. Espero poder darte buenas noticias cuanto antes. El mes que viene nos vemos. Saluda a Mercedes y a Antonia. Y un beso a Bittori.

Como siempre se fue sin comer, sin tomar siquiera un vaso de agua.

Esos días mi madre se sentía inquieta por las dudas acerca de nuestro futuro más próximo. Mi escolarización en bachillerato le servía de excusa para no reconocer que en realidad estaba aterrada: le daba miedo volver a la ciudad que la dejó viuda y que tanto le había hecho sufrir. No se veía a sí misma capaz de reaccionar bien,

ni de sacar provecho de ese regreso. Antonia y Mercedes eran amigas y cómplices, pero no interpretaron bien los motivos que provocaban ese nerviosismo en mi madre.

Sabían perfectamente lo que mi madre había hecho para envenenar al cura y nunca mencionaban nada de lo que ocurrió aquel día si Martina no lo hacía antes, pero les pareció ver que algo le preocupaba y, creyendo que era el episodio de las setas y el cura, le dijeron:

—¿No estarás preocupada por la suerte de «sotanás», no? —le preguntó Antonia—. Lo que te hizo no se perdona ni se olvida. Desde que naciste te hizo la vida imposible. Bien hecho está. Tienes, has tenido y tendrás siempre mi apoyo. Si no lo hubieras hecho tú, lo habría hecho yo, aunque a mí me habrían cogido y ahora estaría presa, como poco.

—Antonia tiene razón —terció Mercedes—. Y si alguna vez quiero quedarme viuda, que no lo descarto, ya sé a quién acudir. Tu vida va a mejorar y también la de tu hija, por descontado.

—No es por eso por lo que estoy preocupada. Es por lo del instituto, y por ir a vivir a Pamplona. Lo del tío, sé perfectamente que lo decís para animarme, pero yo estoy tranquila. Era lo que tenía que hacer y lo hice. Por mí, por mi hija..., por todas las mujeres maltratadas por estos brutos. Y no hace falta, de aquí en adelante, que hagáis ningún comentario al respecto. Bittori no se ha enterado de nada y quiero que todo siga igual —dijo Martina.

—Tu hija ya no es tan pequeña. Ahora no sabe qué ha pasado, pero con el tiempo, y no va a tardar mucho, seguro que ata cabos y lo adivina todo.

—Puede ser, Antonia, pero que no se entere por vosotras. Cuando llegue el momento yo misma se lo contaré. No tengo ningún remordimiento. Estoy convencida de que actué bien.

Y así fue. Nunca escuché una palabra, una alusión, un comentario de ninguna de las tres mujeres hasta que mi madre consideró que era el momento y me lo contó.

A los pocos días, el siguiente domingo de marzo, que amaneció nevando, Mercedes llamó a mi madre al palacio y mientras tomaban

su café de costumbre le preguntó por Tomás.

—¿Ha solucionado ya el asunto de Pamplona? Y ¿tu casa?

—Nada todavía. Me dijo que, como muy tarde, en mayo me diría algo. Todavía falta más de un mes. Berdún nunca me ha fallado y no lo hará ahora, y Tomás tampoco. No sé cuál de los dos se preocupa más por nosotras. Cuando mataron a Bittor maldije el día en que conoció a Jesús, pero nadie, aparte de Antonia y tú misma, se ha portado tan bien conmigo y con mi hija.

—Pues esperemos que ahora tampoco te falle, porque tengo que darte una noticia: creo que ha llegado el momento de volver a Pamplona. Para las chicas dos viajes para ir al colegio es demasiado. Cuando no está Satur no pueden ir y ya están las dos en bachillerato. No es cuestión de que falten a clase cada dos por tres. Nos vamos esta tarde. Si no te lo he dicho antes ha sido porque no lo tenía decidido del todo hasta ayer a la noche, y no quería preocuparte con todo lo que tienes encima... Lo siento, solo pienso en mis hijas y creo que es el momento.

Mi madre, ayudada por don Marino, todavía activo, aunque cada vez mayor, ayudaba con los estudios tanto a las pequeñas Orbara como a mí cuando no podíamos ir a clase, pero las cosas iban a cambiar cuando nos fuéramos a Pamplona. Mercedes no se quería quedar sola en Areta y, por el bien de sus hijas, se veía capaz de aguantar los líos y desplantes de su marido. Había muchas cosas en juego. Su futuro y, sobre todo, el de sus hijas; y el de su padre, por descontado.

Ignacio García Orbara había empezado a viajar mucho a Madrid. Se postulaba para cualquier puesto dentro de lo que llamaban «el movimiento» y lo mismo le daba ser secretario de algún ministerio que Gobernador Civil en Ceuta. El caso era medrar y estar en el lugar y momento precisos para ganar dinero y hacer negocios. Sus chanchullos con los alemanes ya se acercaban al final. A nadie se le escapaba que Hitler no duraría mucho; en el ejército alemán, incluso en los círculos de poder más cercanos al Führer, proliferaban las críticas, cuando no las deserciones. Todo el mundo menos el líder nazi veía la guerra perdida y, con la experiencia de 1918, intuían la

revancha más cruel contra Alemania. Por eso Orbara debía encontrar otros socios. En Andalucía había minas de cobre en manos de los ingleses y él tenía contactos para abrir mercados; solo le faltaba la oportunidad y la sabría reconocer en cuanto llegara.

Lo que llegó fue su muerte. Con tanto viaje, el riesgo de un accidente era alto, aunque no supo valorarlo, y en una curva de Guadarrama el automóvil alemán que había comprado en honor a su mujer, por la coincidencia del nombre decía, se salió de la carretera y se despeñó. Por suerte, el chófer no era Satur, que casi siempre se quedaba con Mercedes para cubrir sus necesidades de transporte con el otro coche.

La repentina viuda de Orbara se quedó tranquila y bastante acomodada, pero, por si las cosas se torcían, en el funeral de Ignacio se la veía tan triste y afligida, con su vestido y abrigo negros y largos, su velo tupido por el que apenas se escuchaban sus fingidos sollozos, que su cuñado le aseguró que nunca le faltaría nada a ella ni a sus hijas; al fin y al cabo, eran familia.

Lo primero que hizo Mercedes, una semana más tarde, fue enviar a Satur a Huesca para traer a su padre de vuelta. Antes había ido a Areta a buscar a Martina y, mientras las dos amigas esperaban la llegada de don Sebastián Mendioroz en su gran casa de Pamplona, abrió una botella de champán para «pasar mejor la pena» que le causaba su nuevo estado de viuda:

—Chica, Martina, es lo mejor que podía haberme pasado. No llevo en Pamplona más de dos semanas y ya me ha dejado en paz. Me dejó claro que tenía una amante en Madrid y que, si me parecía bien, pues tan contentos y que, si no, ya sabía dónde estaba mi padre para irme a vivir con él. Por supuesto las niñas no vendrían conmigo. Estudiarían en un internado. Eso fue el domingo por la tarde. Por la noche no se acostó conmigo, gracias a Dios, y al día siguiente, antes de que yo me levantara a desayunar se había ido a Madrid.

—Qué lástima lo del coche: estaba nuevo —dijo Martina con sorna—. Y el chófer...

—Bueno, el conductor era el hijo de un alférez provisional y era tan malo como su padre. Al final no me han hecho falta tus servicios

o tus consejos para librarme de Ignacio, y eso que el domingo por la noche pensaba seriamente en pedírtelos.

—Con lo fina y cristiana que eras, Mercedes. ¡Hay que ver cómo te ha mejorado la viudedad! —contestó mi madre entre risas y burbujas.

—Ahora podéis venir a vivir conmigo Bittori y tú. Aquí no te va a faltar de nada, ya lo sabes. Y Antonia, si quiere, también puede venir.

—Te lo agradezco mucho. Ya sé que contigo íbamos a estar bien, muy bien, pero no somos de tu clase ni de tu ambiente. No estaríamos muy en consonancia con vosotras y tus conocidas. Sería raro de explicar. Vamos a esperar a ver qué solución nos propone Tomás. Te prometo que lo tendré en cuenta y que lo agradezco en lo que vale. —Y levantó su copa—: ¡Chin chin!

Los días en Areta transcurrían despacio. Ya no teníamos el desahogo del palacio y echábamos de menos, y mucho, a la mujer y a las dos chicas. El 19 de abril era domingo y la chimenea estaba encendida. Faltaban solo dos días para la visita mensual de Tomás y mi madre no podía ocultar su nerviosismo. Antonia se reía de ella y de su impaciencia, cosa que molestaba a Martina:

—No te burles de mí, Antonia. Nos jugamos mucho las tres. El futuro puede cambiar como de la noche al día dependiendo de la solución que nos proponga

—Ya lo sé Martina, pero no arreglas nada poniéndote nerviosa, ni adelantando acontecimientos; pasará lo que tenga que pasar. No puedes remediarlo y nada va a cambiar por darle mil vueltas a lo que todavía no ha ocurrido. ¡Haz el favor de tranquilizarte!, que Bittori y yo te lo agradeceremos.

No lo hizo, pero fingió que sí. Al menos cesaron los suspiros y los quejidos, el hablar en susurros y el moverse de un lado a otro sin hacer nada. Joxemiel encerró antes las ovejas y vino pronto a casa. Aquellos días nos cuidó todavía más que lo acostumbrado. Traía un pañuelo atado lleno de setas:

—Son los primeros perretxikos del año. Ya sé que en esta casa no se comen setas, pero las setas de primavera son realmente

sabrosas. Nunca las había encontrado habiendo nieve todavía... Estaban en un resguardo del robledal en el carasol de Santa-kurutze. Me ha costado verlos y eso que había bastantes juntos. ¿No quieres hacer un revuelto, Martina? ¿Probarlas, aunque sea? Quizá sean las últimas que podamos comer todos juntos: vosotras os vais a ir a Pamplona y yo no creo que después del verano esté aquí. Voy a buscar un trabajo mejor. Nadie quiere ser pastor y trabajar todos los días de sol a sol. Ya no tengo edad para estar de *morroi*. Tengo que hacer mi propia vida y si me quedo aquí me moriré pastor.

»Hace tiempo que veo pasar gente andando que va hacia el norte. He preguntado a algunos y me han dicho que van a Bilbao, a trabajar. Hay minas, barcos y alguna fábrica. También los altos hornos necesitarán gente, digo yo, y en el peor de los casos seguro que también allí hay ovejas.

Antonia y mi madre no daban crédito. Lo que decía el chaval no era ninguna tontería. Tenía razón en todo, pero a nadie, a mi madre menos que a nadie, se le había ocurrido nunca que algún día nos separaríamos de él. Eran años de convivencia y una amistad sincera se había forjado entre él y las dos mujeres. Mi madre hizo el mejor revuelto de *udaberriko zizak*[19] que había probado nunca. Eso al menos es lo que dijo Joxemiel, que se lo comió todo él, e incluso bebió un trago del vino que habían abierto para celebrar la visita.

El martes se hizo de rogar, pero llegó y Tomás acudió puntual a su cita.

—Buenos días, Martina. Aquí está el dinero y una carta de Jesús. Aunque sabemos que quemas todas las notas, no te dice nada en ella de la solución que hemos pensado, porque no hay que dejar nada escrito. Hay que seguir siendo precavidos si queremos sobrevivir.

—Lo entiendo, Tomás, pero ¡dime! ¿Qué solución es esa? A cada momento que pasa estoy más nerviosa. Espera que avise a Antonia.

—Sí. ¡Llámala!

La mujer estaba en la huerta y entró enseguida, frotándose las manos con un trapo que llevaba anudado a la trabilla del vestido. Le

dio la mano al hombre para saludarlo y le dijo:

—Hola, Tomás. A ver cuál es esa noticia que traes, porque esta mujer no puede con los nervios Y imira que le digo...!

—Creemos que la que os propongo va a ser la mejor solución. Donde vivías tú, Antonia, ya no está disponible. Después de lo de la procesión, el casero la arrendó. Además, ya no pagabas el alquiler. Y es mejor que tampoco vayáis a la antigua casa tuya, Martina. Después de tantos años sigue sin estar comprometida y nos viene muy bien. Tampoco la usamos tanto, pero de vez en cuando nos sirve para esconder a algunos compañeros, como refugio temporal; la hemos empleado un poco para todo. Puedes estar tranquila, Martina, que hemos tomado siempre todas las precauciones posibles y nadie, ni siquiera alguna vecina, sabe que la estamos utilizando. Además, sería raro que volvierais las dos después de tantos años. Por muy queridas que fuerais en el barrio, no son tiempos para confiar en nadie, las dos habéis estado señaladas y eso no cambia en dos días. Las delaciones siguen siendo numerosas. No sabéis la información que sacan los curas en los confesionarios. Hay gente en la cárcel por indiscreciones de muchas mujeres que siguen creyendo en esa farsa: cada vez que van a confesarse sufren verdaderos interrogatorios. Vaya, que no podéis volver a esa casa, os comprometeríais mucho y podríais comprometernos a nosotros.

»Hemos encontrado una medida, creemos que mejor y más duradera, pero hay que esperar unos meses. Todo es precipitado, pero pensadlo. Después de este ya no tendríais que hacer ningún cambio más de vivienda en muchos años. Están construyendo muchos edificios altos en Pamplona. Son casas de cinco y más pisos, con dos o más viviendas por planta. Hay una grande, de más de cinco pisos, cerca del recién construido parque de la Medialuna, en la parte nueva del Ensanche, junto a la plaza de toros.

Antonia será la portera y dispondrá de un piso para ella que compartirá con vosotras. El sueldo no será muy alto, pero Berdún ha dicho que no te preocupes por eso, él seguirá aportando todos los meses y además podrás dar clases particulares. Tú eres maestra y no te faltarán alumnos: nosotros nos encargamos. La construcción del edificio está muy avanzada y lo acaban en octubre, si no hay

muchos contratiempos. Tenemos algún compañero en la obra y procuraremos que no se retrase. Si no lo terminan para el arranque del próximo curso, ya pensaremos en algo para que Bittori vaya y vuelva de Pamplona antes de que empiece el mal tiempo. Para entonces ya estaréis instaladas.

—Bien, Tomás —contestó mi madre—, es algo inesperado, como todo este asunto. Faltan apenas seis meses, aunque el mes que viene se acaba el plazo para hacer la matrícula. Si no hay otra cosa no tenemos más remedio que aceptarlo.

Cuando Tomás se marchó, Martina cogió las llaves del palacio y fue a llamar por teléfono a Mercedes a su casa de Pamplona. La viuda de Orbara la tranquilizó y le dijo que había que esperar y que no se preocupara por nada: ya le había dicho que seríamos todas muy bien recibidas en su casa.

Abril apenas tuvo días para tomar la decisión de ir a la nueva casa. Antonia aceptó el plan y su nuevo trabajo sin protestar, aunque las tres sabíamos que daría lo que fuera por no tener que volver a Pamplona. Antes de empezar el curso en el instituto, había que hacer papeleos: confirmar la matrícula, preparar o comprar la ropa adecuada para ir todos los días a clase... Mi madre y Antonia estuvieron todo el verano cosiendo con las telas y los figurines que nos dejaba Mercedes. Cada patrón de costura valía para cuatro o cinco vestidos, todos iguales, aunque de diferente color. Zapatos, medias, chaquetas, abrigo... Y lo que seguía heredando de las Orbaricas. En fin: ya estábamos preparadas para empezar el instituto y la nueva vida en Pamplona, pero las casas a las que íbamos todavía no estaban terminadas.

El 21 de julio Tomás nos dijo que el 1 de septiembre Antonia tenía que empezar su trabajo de portera y que la casa estaría lista. Había que pensar en los muebles que llevaríamos de Areta a Pamplona, en una peregrinación inversa pero muy diferente a la que hicimos en abril del 37: esta vez, a mediados de agosto, a plena luz del día, en vez de por la noche, y en un coche Hispano Suiza negro y con chófer en lugar de un carro con un mulo gris.

Joxemiel abandonó Areta ese mismo mes. Cogió un petate y se fue caminando, a pesar de que Mercedes, a través de Martina, le había dado dinero para el viaje en autobús o en tren. No lo sabíamos entonces, pero nunca volveríamos a Areta: ni nosotras, ni las Orbara, ni el pastor.

Siempre se dice que Dios proveerá, pero Dios no provee nada; entonces tampoco lo hizo. Menos mal que estaba Mercedes, que nos compró todos los muebles que cabían en la casa nueva en una tienda recién inaugurada en Pamplona. Camas, sofá nuevo, mesas, todo bueno, como si fuese para ella. Lámparas, cortinas... Una cocina con un suelo de granito verde y un cuarto de baño, eso sí, en el balcón, fuera de la casa. Sabía que allí no había corral, ni gallinero, y conocía la existencia de los cuartos de baño, váteres les decíamos —en el palacio de los Orbara ya había—, pero nunca había imaginado que nosotras tres tendríamos uno en exclusiva. Estábamos acostumbradas a hacer nuestras necesidades fisiológicas en una esquina de la huerta o en el pequeño cercado donde estaban las gallinas; por eso mismo, tener un retrete con puerta y taza resultaba algo increíble. El piso de la portera no era tan grande como las casas de los vecinos, pero sí suficiente. Tres habitaciones pequeñas, ¡una para cada una!, cocina y cuarto de estar. Bastante más grande que la casa de Areta, sin olvidar el retrete. Todo nos parecía un lujo.

Me prepararon para mi primer día de instituto como si me fuera a la guerra. Todo lo que se podía prever se previó y al final no fue para tanto: me encontré con otras treinta chicas de diez y once años que estaban tan asustadas como yo. Llevaban vestidos tan sencillos como los míos o más, ya que ese primer día yo iba con un vestido azul claro con raya blanca, lazos de color azul oscuro y mi pelo recogido en dos trenzas, calcetines cortos blancos y unos zapatos negros, todo ello heredado de Mertxe y casi sin usar. Algunas me miraban con envidia, sensación que se les pasó cuando al día siguiente llevé un vestido como los suyos, en un triste y sufrido color marrón.

Para cuando llegaron las nieves, a primeros de diciembre, y nos calzamos las botas con calcetines de lana hasta debajo de la rodilla, todas sabíamos ya que lo importante de las personas no estaba en la ropa.

El instituto se encontraba muy cerca de donde vivíamos, el trayecto para ir a clase y volver era muy corto, así que mi vida transcurría entre las clases y nuestra casa. Las calles, a medio hacer, no invitaban a pasear ni a demorarse; todavía trabajaban los picapedreros, con su acento gallego imposible de esconder, empleándose en los bordillos de las aceras. La carretera era un camino de tierra y carbonilla que ennegrecía las suelas, la ropa y el interior de las casas. Cerca del edificio se encontraba el colegio de los escolapios, en el que habían encerrado presos a mi padre y a los dos Etxabe, y un convento de monjas que tenía chicas internas a las que enseñaban lo que llamaban «labores del hogar» para luego colocarlas en las casas de gente bien. En el mismo edificio, pero en la parte exterior, tenían un colegio para chicas de mejor posición económica, las hijas de las familias que necesitaban en sus casas a las internas a las que instruían en la parte del patio interior. Eso del servicio doméstico no era un concepto nuevo para mí, ya lo había visto en casa de los Orbara, pero hubo muchos otros que no tuve más remedio que aprender: rosario, novena, misa diaria, radionovela, sección femenina, falange, servicio social, margaritas, pelayos, flechas con y sin yugo, himnos y cantos, religiosos pero menos, caralsoles, llave y cerradura, estuche, que yo no tuve hasta que se enteró Mercedes, *El libro de España*, la enciclopedia Álvarez y el Catecismo. También aprendí que España era una gran nación, una grande y libre, que Franco nos había salvado de los rojos y del contubernio judeomasónico, que los marxistas eran lo peor y que el resto del mundo nos tenía envidia porque todos íbamos a tener una casa y un coche y la educación era accesible, según decían, aunque normalmente las chicas no estudiaban más allá de tres cursos de bachillerato, los estudios elementales, eso sí, con su diploma correspondiente.

Aunque el instituto no era gratuito había un número de plazas becadas para que los hijos de los pobres pudiesen acceder a

estudiar. Como consecuencia del tipo de relaciones que manteníamos con el régimen y las autoridades, es decir, ninguna, la mía no era una plaza gratuita, y mejor que no, porque había que ver con qué desprecio se trataba a las cuatro o cinco agraciadas con la beca. Además, ya estaba ahí, como siempre, la tía Mercedes, como empezamos a llamarla desde que vivíamos en Pamplona. El caso es que yo estudié los tres primeros cursos y luego los otros cuatro, con la reválida correspondiente, y en los siete años no entablé amistad con ninguna compañera. Mis primeros diez años de vida, sobre todo los casi siete que vivimos en Areta, me marcaron y me convirtieron en lo que soy: una mujer tímida, con dificultades para relacionarse. En el pueblo solo tenía la compañía de mi madre y Antonia, casi exclusivamente, algo, poco, con las Orbara y menos con Joxemiel. En la escuela de Berriozar imperaba el silencio. La desconfianza que llevábamos aprendida de casa nos impedía entablar contacto con otras chicas, y yo no era la única a la que esto le sucedía.

Después del instituto pude entrar en la Escuela de Magisterio, a la que ya nadie llamaba la Normal. Lo hice con diecinueve años recién cumplidos.

El año en que acabé el bachillerato murió mi abuelo. Cuando vivíamos en Areta casi no íbamos a verlo a Pamplona, pero desde que nos mudamos, Martina iba a ver a su padre un par de veces por semana. La Casa de Misericordia no cobraba nada por su estancia, pero tampoco ofrecía ningún lujo. Dormía en una habitación común compartida con cinco ancianos más y se pasaba las horas sentado junto a una mesa camilla mirando por la ventana al parque contiguo. Las monjas le decían a su hija que no molestaba, apenas tenía necesidades aparte de las más básicas, ya que era totalmente dependiente, pero nunca se quejaba. Era el mejor paciente que tenían y se murió de forma tranquila y sin un «Ay».

El funeral, todo a cargo de Mercedes, se celebró en una iglesia junto a la Diputación de Navarra. Ese año habían erigido allí mismo una estatua al de Loyola, defensor de Pamplona en contra de los propios pamploneses, en un pequeño jardín frente a la iglesia homónima: San Ignacio. Existía una placa junto a la puerta del

templo. Había estado dentro, pero a principios de siglo tiraron los muros para urbanizar la calle, que se llamaba igual que el honorable fundador de los jesuitas, y cuando levantaron de nuevo las paredes, la placa se quedó fuera. Como no sabían qué iba a pasar con ella, construyeron la estatua en simple escayola y la plantaron en el jardín, al otro lado de la calle, donde supuestamente había caído herido el santo antes de serlo. Junto a la figura pintada de verde plantaron dos pequeños arbustos para regocijo de unos pocos, sobre todo del jardinero municipal, que plantó dos ejemplares de *cercis siliqastrum*, normalmente conocido como el árbol de Judea o de Judas. Pasó bastante desapercibido, bien por la ignorancia en flora o porque los árboles parecían dos pequeños arbustos, pero algún entendido y, sobre todo, los amigos del jardinero, siempre en privado, se rieron y pasaron sus buenos ratos a costa de la retranca del trabajador municipal. Todo eso me contó Tomás, que también acudió al funeral. Al salir de la misa de difuntos, Antonia dio un fuerte pisotón en la placa conmemorativa de hierro a la vez que murmuraba «Traidor». Entonces no lo entendí, pero pocos años más tarde yo haría lo mismo cada vez que pasaba por allí.

Si en su día había temido el primer día de instituto, el estreno de Magisterio me daba pavor. Siempre había tenido la habilidad de pasar desapercibida y pensaba que el resto de las alumnas primerizas eran más lanzadas, menos apocadas, pero resultó que la mayoría se sentía igual que yo, aunque no servía de consuelo.

Ilusionadas por la novedad y el comienzo de una carrera, meta a las que muy pocas mujeres accedían, nos creíamos más que preparadas para semejante desafío: si otras podían, nosotras también lo lograríamos. Nos considerábamos mayores, aunque siendo mujer no eras mayor de edad hasta los veintitrés años; y aquello tampoco es que sirviera para mucho: te impedían hacer muchas cosas solo por el hecho de serlo. No podías poner una denuncia a tu nombre sin permiso de tu marido; imagínate si querías denunciarlo a él, ¡tenías que pedirle permiso! Y tanto si estabas casada como si no, todo era difícil: no podías tener una cuenta en un banco a tu nombre, ni pasaporte; nada sin permiso de tu padre,

o tu marido, aunque total... ¿Qué más me daba? No tenía dinero ni necesidad de abrir una libreta de ahorro, ni posibilidad de viajar...

Mi madre me había contado cómo era la Normal cuando ella estudió, pero también me adelantó que después de la guerra sería todo lo contrario: los profesores de ahora eran «adeptos». Las materias y conocimientos estarían castrados. ¡Hasta el nombre habían cambiado...!

—No se te ocurra contar nada de lo que se habla en casa a nadie. Aunque creas que es tu mejor amiga, ¡no te fíes! Te pones en peligro y nos pones en peligro a nosotras

—Tranquila, *ama*. Siempre he tenido cuidado. Esa lección la tengo bien aprendida.

—No está de más que tu madre te lo recuerde —dijo Antonia—: eres de familia apestada. Nos mataron a muchos y no les gusta dejar ese trabajo a medias. ¡Tenlo presente!

Siempre era así con Antonia y mi madre. Las dos mujeres se aseguraron de que tomara precauciones y conciencia de quiénes éramos: perdedores de una guerra que ni habíamos buscado ni deseado, pero que nos había pasado por encima.

Y así empecé las clases. Entre una y otra había más tiempo y podíamos relacionarnos entre las compañeras. Alumnas mayores, de otro curso, aparecían por los pasillos; alguna incluso fumaba; y otras llevaban la falda más corta de lo acostumbrado, justo por debajo de la rodilla. Se veían medias con costura y zapatos con algo de tacón. En ocasiones cantaban o silbaban y normalmente estaban contentas. Yo las envidiaba. Entre ellas la que más destacaba por su atrevimiento y desparpajo era Mertxe, la mayor de las Orbaricas, que siempre se paraba para saludarme y me daba unos abrazos que eran la envidia de todas las de mi curso. Ambas sabíamos que nos encontraríamos en la escuela: habíamos hablado unos días antes del comienzo de curso y ella me dijo que no me preocupara por nada.

Mertxe había estudiado los últimos cursos de bachillerato en un reputado colegio de monjas en donde aprendían a responsabilizarse de un hogar —en realidad a dirigir a las criadas—, algo de matemáticas, física y lengua. Nada de historia y bastante de la Sección Femenina y de la Falange y, sobre todo, catecismo, mucho

catecismo y misa diaria. Según parecía, de poco le había valido esa educación religiosa: era de las que fumaban y llevaba la falda más corta de todas. El pelo a lo *garçon*, escote en pico y un pecho realzado por esos sostenes que se compraba en Francia. Lo remataba todo con zapatos de hombre y calcetines blancos cortos, de perlé. Era una líder natural y se le notaba. Todas sus acólitas, que hasta ese momento se habían dedicado a amargarnos nuestra vida de novatas, me aceptaron como una más de ellas, me ofrecieron tabaco y se mostraron voluntarias para enseñarme a bailar el rock, un baile que se estaba poniendo de moda junto con las canciones de Elvis y su tupé. La situación con ellas se volvió cómoda al instante, pero me costó mucho superar las reticencias y desconfianzas de las compañeras de mi curso, que me consideraban más mojigata, más tímida o, por lo menos, más seria.

Los estudios de Magisterio se me hicieron livianos y el tiempo pasó muy rápido. No me puedo quejar. Mi promoción era la primera que experimentaba el cambio de plan de estudios. Coincidimos alumnas de dos métodos diferentes, con edades dispares y cursos que no tenían nada que ver entre ellos. La duración de los estudios también varió y todo fue un poco complicado. Por las mañanas asistíamos a clase las chicas. Los chicos lo hacían por la tarde, en un caos parecido al nuestro. Algunas compañeras, casi todas en realidad, se las apañaban para coincidir con ellos en alguna cafetería, en un bar las más decididas, pero yo no tenía ni tiempo ni dinero para participar de esas diversiones y, si he de ser sincera del todo, tampoco me atrevía. Durante mi vida en el pueblo nunca tuve relación alguna con chicos. No había muchachos de mi edad. Joxemiel era unos años mayor que yo y cuando eres una niña de diez años, un pastor de quince parece mucho mayor de lo que en realidad es. Además, él siempre estaba en el monte con las ovejas. Yo era una molestia con mis preguntas y mi necesidad de socializar.

Cuento esto porque, así como la parte académica la superé sin mucho esfuerzo, no supe trabajar mis relaciones y no conseguí hacer amistades nuevas. Mi única amiga era y sería siempre Mertxe. Ella me cuidaba tanto que no eché de menos nuevas amigas. Siempre

estuvo a mi lado, me llevaba a muchos sitios y me introducía en ambientes de los que yo nada sabía, pero nunca alternábamos con chicos.

—Nuestra amistad está por encima de ellos y es mucho más importante —me decía la Orbara.

Cada vez que algún alumno nos paraba por la calle para presentarse o comentar algo de los estudios, ella me cogía del hombro o del talle y me llevaba casi en volandas, cambiando de conversación, haciendo algún comentario jocoso o alegando una urgencia que no existía. Mertxe era una amiga de verdad, la mejor que he tenido, y yo no era consciente de que ella acaparaba mi compañía y mi amistad. Más tarde, pasados unos años, pude darme cuenta de todo, pero entonces ya no me importó.

En la Escuela de Magisterio, siempre acompañada de Mertxe, tuve relación con otras alumnas que hablaban de eso que mi madre y Antonia me habían dicho que había que callar a toda costa. Yo creía que en Pamplona no había ningún partido organizado como tal, al menos entre los jóvenes, pero, a mediados de los años 50, después de la desaparición del maquis, el Partido Comunista empezaba a crecer en la clandestinidad. Se hacían reuniones y se organizaban algunas acciones discretas en contra de Franco y su Falange.

La más activa de todas nosotras era precisamente Mertxe, a la que los grises detuvieron en una ocasión. Estuvo muy poco tiempo en la comisaría del Gobierno Civil, ya que su madre, solicitando un favor a alguna de sus amistades, la sacó apenas unas horas después.

Nunca me invitó a formar parte de su grupo ni de su militancia política, cosa que, a pesar de mis temores —yo era especialmente miedosa—, la hacía más interesante para mí.

Unos pocos años después de acabar la carrera, ya estaba dando clase en el edificio modernista que acogía las escuelas de San Francisco, en la plaza del mismo nombre, aquel por el que pasaba mi padre todos los días camino del Casino y en el que anhelaba trabajar de maestro. Con estancias amplias y techos muy altos, era un lujo de escuela en la que poco a poco íbamos entrando maestras

jóvenes después de haber jurado y perjurado nuestra adhesión a Franco y haber gritado vivaespaña.

A mí nunca me habían visto en nada comprometido, ya he dicho antes que soy miedosa... Gracias a eso, y a que había sacado la nota más alta de mi promoción, pude entrar de maestra en la escuela.

En el nuevo trabajo me pusieron con los niños más pequeños, en principio para que no molestara demasiado o para no darme ninguna responsabilidad en la educación de los alumnos, pero también para que pudiera terminar de formarme con la experiencia pedagógica.

Mientras, en la parte vieja de Pamplona, donde estaba la escuela, comenzaban a verse octavillas, alguna pintada y unas pocas pancartas. La presión policial era tan fuerte que la oposición al franquismo no salía de reuniones cerradas y clandestinas en casas particulares o algún local parroquial: no hacía falta mucho sitio para acoger a unos pocos hombres y menos mujeres. Los escasos partidos de izquierdas existentes fracasaban una y otra vez en la reorganización de sus estructuras.

La gente tenía mucho miedo. Los sueldos eran bajos y los trabajadores no se atrevían a protestar. Fue una época dorada para los empresarios, que hicieron el agosto durante esos años. Los precios subían. De hecho, hacía unos años, a primeros de los cincuenta, que en Barcelona se había producido alguna protesta con la subida del precio del billete del tranvía. Y de algo sirvió, pues lo volvieron a bajar.

Las cárceles se fueron vaciando, pero muchos presos, mujeres y hombres que habían sobrevivido al encierro después de la guerra, apenas podían dar un paso sin que les siguiera la policía político-social, la secreta, para conocer a sus amistades y ampliar el círculo de sospechosos; así que apenas se relacionaban con nadie que no fuese su familia.

Con el tiempo, el miedo se iría gestionando de otra manera y la necesidad haría que se superara; pero aquellos fueron, para los perdedores, los años más negros de la posguerra. Junto con el miedo y la represión, también se sufría la precariedad, el hambre y la necesidad.

Afortunadamente, yo tenía mi sueldo de maestra, Antonia aportaba lo poco que ganaba de portera y mi madre daba clases particulares a los niños de la alta sociedad gracias a Mercedes y a otros alumnos que Tomás le enviaba, de los que nada sabía y nada preguntaba y a los que muchas veces nada cobraba. Vivíamos más que dignamente las tres en aquel piso.

Una noche de sábado, cenando en casa con mi madre y Antonia, llamaron a la puerta. Me levanté y fui a abrir. Me encontré un hombre de unos cincuenta años. Bajo su txapela negra asomaba un pelo canoso bastante más largo de lo que entonces estaba bien visto. Un bigote todavía negro y una barba de pocos días, cerrada y oscura. Me saludó por mi nombre, aunque yo no lo había visto nunca.

—Hola, Bittori supongo. ¿Está tu madre en casa?

Antes de que yo pudiera decir nada, entró y cerró la puerta. A mí no me dio tiempo ni de hablar ni de gritar, ni siquiera de avisar a mi madre cuando el hombre entró en la cocina.

—Buenas noches. ¿Hay un plato para un viajero que viene de lejos?

Mi madre dejó caer la cuchara. Su palidez se acentuó, pensamos que le estaba dando un mareo, y apenas pudo exclamar en un susurro:

—Pero tú... ¿qué haces aquí?

CARLOS

—Tranquila, Martina. No he podido avisaros. Deja que me explique y lo entenderéis.

—Pero —opuso mi madre—, no sabíamos de ti desde el día en que empezó la guerra. Fui a la peluquería del Casino y un bedel me dijo que te habías ido voluntario, dejándolo todo. No pensaste en nuestro negocio, en tu socio, ni en nosotras, al unirte a aquella barbaridad. Nos quedamos en la más absoluta miseria. Has de saber que a Bittor lo mataron en los primeros días.

—Lo sé. Y lo siento. Hay muchas cosas por las que me arrepiento de haberme alistado, pero esa es la más importante. Y dejaros en la estacada a Bittori y a ti también me ha pesado mucho todos estos años. Ten un poco de paciencia y espera a escuchar lo que he venido a decirte. Y lo del plato no era broma: llevo dos días sin comer.

Antonia puso otro plato en la mesa. Tardó en reconocer a aquel hombre con pinta de mendigo, pero dedujo enseguida que se trataba del compañero de mi padre en la peluquería del Nuevo Casino, que había abandonado todo y a todos para embarcarse en la más cruel y absurda aventura, pero que llevaba días sin comer, y eso era demasiado, incluso para un carlista.

—Siéntate —le invitó mientras acercaba una silla.

—Gracias, Antonia. Sí, recuerdo cómo te llamas. Ah, saludos de Tomás.

Ninguna de las tres entendíamos nada. Un faccioso, un carlista recalcitrante aparecía después de más de veinte años y ¿acababa de estar con Tomás? ¿Nuestro Tomás? Después del susto no sabíamos qué decir y tampoco nos atrevíamos a mencionar a nadie. El hombre se percató de ello y nos tranquilizó:

—Duré poco en el bando carlista. Cambié mi boina roja por esta negra —explicó mientras la separaba de su cabeza—, que no me he quitado desde entonces. No temáis ni os preocupéis por nada. Nadie excepto Tomás sabe que estoy aquí. Lo último que haría sería

comprometeros, pero quiero que os enteréis de primera mano de todo lo que he hecho, me han hecho y me he visto obligado a hacer. Si no os importa, eso será después de cenar.

Y empezó a comer la sopa a cucharadas llenas.

Terminó la sopa y la tortilla. Lo cierto es que se la comió casi toda él, pero nosotras hacíamos tres comidas al día y por saltarnos una cena no nos iba a pasar nada. Se terminó el pan, incluso el que íbamos a desayunar al día siguiente, y la botella de vino que había abierto Antonia.

Conforme Carlos nos contaba lo que había vivido en esos años, las caras de Martina y Antonia adquirieron algo de color y sus hombros se relajaron. Yo por mi parte escuchaba expectante: era la primera vez que recibía una versión de la guerra que no fuera la que siempre me habían contado en casa; aunque tampoco resultó muy diferente. El hombre, que no podría haber encontrado mejor auditorio, habló sin parar... Lo que no terminó de contarnos esa noche lo hizo a lo largo de los días siguientes.

—En realidad, la guerra para los carlistas no empezó en 1936. Dos años antes, el que pretendía ser rey, Alfonso Carlos, su jefe supremo, firmó un decreto para reinstaurar el requeté con todas las asociaciones escolares carlistas; nos dieron instrucción, armamento y empezamos nuestra preparación con provocaciones ante las sedes de los partidos de izquierda y escaramuzas contra la Guardia Civil con armas de verdad. Durante dos años estuvimos boicoteando todo lo que nos oliera a (o nos dijeran que era) izquierdoso o anticlerical. Ya en febrero del año en que empezó la guerra de forma oficial, el día de las elecciones estábamos uniformados en la calle en un alarde de fuerza, amedrentando a quien no fuera de los nuestros, ayudados por los pocos falangistas que había en Pamplona. Las órdenes eran defender las urnas de los agitadores rojos, anarquistas, socialistas,

comunistas y separatistas que podían boicotear las elecciones rompiendo urnas. La verdadera intención, lo comprendí más tarde, era asustar a posibles votantes de izquierdas y que el Frente Popular perdiera. Aunque en Pamplona siempre lo había hecho antes, no podían arriesgarse.

»Los días anteriores al golpe militar y carlista, que entonces llamábamos alzamiento o cuarta carlistada, recibimos la orden de ir uniformados «a excepción del pantalón». Eso quería decir en nuestro peculiar lenguaje secreto que había que llevar el arma reglamentaria. Empezamos a patrullar las calles entre misas y retenes. El 17 y el 18 no parecían días importantes y yo fui a trabajar con tu marido, pero el día 19 de julio, de madrugada, me presenté en el Círculo Carlista en la plaza del Castillo. Pertenecía al requeté y ya sabíamos que teníamos que ir uniformados y armados. Yo llevé mi pistola, la mochila con poca ropa y algo de comer. Nos habían dicho que la cosa iba a durar dos o tres días, una semana como mucho, que todo el mundo estaba esperando nuestro movimiento y, descontentos con el gobierno de la República como estaban, la adhesión iba a ser total e inmediata. Esto no se correspondía con el retraso que el golpe de estado tuvo en Navarra, pero Mola, su máximo responsable, no se fiaba de sus compañeros y esperó un día más para sublevarse. El 18 de julio, fecha que él mismo eligió para el golpe de estado, la rebelión solo triunfó en Castilla y León, parte de Asturias y Vascongadas, Galicia, parte de las Canarias y no todas las Baleares. Parte de Andalucía también se sublevó y Navarra estaba controlada. Pero en Madrid, Barcelona y otras provincias como Valencia, ese día y los siguientes el Gobierno y los mandos militares sacaron las armas de los cuarteles y el pueblo se organizó a través de los sindicatos y partidos de izquierdas, salvando así la República durante algún tiempo. Mola retrasó la operación en Navarra un día, aunque durante toda la jornada las fuerzas militares estuvieron acuarteladas y el requeté se movilizó en la provincia organizando piquetes y controles. Nadie podía salir de la ratonera y, aunque hubo algo de resistencia en Pamplona, no duró mucho: la represión fue terrible y allí pagaron muchos justos y ningún pecador. Los guardias de asalto estaban desmovilizados en connivencia con

nuestros jefes y enseguida nos hicimos dueños de la situación y de la ciudad. Aquel día me había levantado a las cuatro para llegar a la misa que se celebraba en Carmelitas a las cinco. Y a esa hora Pamplona estaba llena de requetés uniformados, con y sin «pantalón», que iban cantando el Oriamendi y montando bastante jaleo sin resistencia de ningún tipo. Después de misa y de desayunar, fuimos al Círculo Carlista, desde donde nos llevaron en formación hasta los cuarteles para darnos un fusil, cartuchera y munición. Estaban tan nuevos y engrasados que tuvimos que dedicar gran parte de la mañana a limpiarlos. Por la tarde, después de comer, a las cuatro y media, como se nos había ordenado, formamos las patrullas, grupos y piquetes para configurar los tercios de pie en la plaza del Castillo y esperar a que terminaran de llegar los carlistas de los pueblos de Navarra que acudían en masa. Después de muchas horas montamos en los vehículos que nos llevaron a los diferentes destinos. Nos parábamos en todos los pueblos para desfilar y captar adhesiones y, dado el caso, sofocar alguna protesta. Esa noche, a pesar de ser julio, pasamos mucho frío porque estábamos casi todos en mangas de camisa. Al día siguiente nos dirigimos a Logroño, en donde nos juntamos con algunas compañías de militares. Yo pertenecía al Tercio de Navarra. Nuestro jefe supremo era Santiago del Barrio, que aquel día tuvo que ceder el mando al coronel García Escámez, íntimo de Mola y su cómplice en el golpe de estado y en los asesinatos que siguieron y que aún siguen. Logroño era una ciudad de tradición anarquista. La CNT tenía bastante fuerza y tuvimos que patrullar para reprimir la poca resistencia que quedaba después de una noche en la que los carlistas riojanos, ayudados por los de Viana y pueblos cercanos, habían sofocado las protestas con el resultado de bastantes muertos, tanto en las refriegas como en posteriores fusilamientos. Algunas mujeres de derechas, agradecidas por haberlas salvado de las hordas anarquistas, nos dieron algo de comer, pasteles, café y tabaco, que nuestros mandos nos ordenaron tirar por si estaban envenenados; tarde y sin hacer falta, porque durante el patrullaje en algunas casas nos habían dado de comer y de beber y habíamos requisado la fábrica de tabaco: estábamos bien provistos.

»Fuimos adentrándonos en Castilla: nuestro objetivo era Madrid, que caería en pocos días, atenazado desde varios frentes, ya que el llamado Alzamiento, según nos decían, había sido glorioso y un éxito. Llegamos a Burgos, en donde paramos dos días y dormimos en el camión. Allí nos dieron por fin de comer, pues desde Logroño no habíamos probado bocado. No entendíamos por qué teníamos que quedarnos parados cuando Madrid estaba cada vez más cerca. Casi ninguno de nosotros había salido nunca de su pueblo o ciudad. La verdad es que no sabíamos dónde estaba Madrid, ni cuánto faltaba, pero suponíamos, reforzados por nuestras ansias de ganar enseguida la guerra, que se encontraba a la vuelta de la esquina. Luego comprobamos que faltaba mucho.

»A los dos días estábamos casi arriba de Somosierra, pero nos encontramos con resistencia: hombres, no sabíamos cuántos, que nos disparaban desde una zona más elevada que la nuestra. Tuvimos que parar otra vez en medio de una tensa y momentánea calma. Al día siguiente, nos visitaron nuestros jefes: Escámez y Del Barrio, que nos arengaron para que tomáramos la posición. Nos cantaron misa entre las piedras, que nos sirvieron de trinchera mientras oíamos improperios, risas y blasfemias desde las posiciones enemigas, con el consiguiente escándalo para todos los del Tercio, unos jóvenes muy devotos pero inexpertos. Por fortuna, los mandos pudieron sujetar el ardor de algunos que se revolvieron y propusieron asaltar la posición, sin saber que nos hubieran cosido a balazos. Inexplicablemente, los rojillos, como los llamábamos, que no eran tantos como creíamos, abandonaron su escondite y pudimos subir al alto de Somosierra en camión. Durante la noche la temperatura cayó en picado y, aunque nadie lo entendió, nuestros mandos o los mandos de nuestros mandos decidieron que permaneciésemos allí durante más de una semana. La estrategia de Franco, decían, era conquistar tierra y mantenerla como fuera. La guerra se alargaba y se recrudecía. Unos voluntarios carlistas ya mayores, de unos cuarenta años, se quejaron, decían que no habían salido de su casa para pasar calamidades pudiendo ganar la guerra en una semana. Tuvieron sus discusiones con el capellán y algunos jefes, pero estos no dieron su brazo a torcer y los enviaron a casa en

el primer camión. Yo maldije no tener más edad y poder hacer lo mismo.

»Nuestro tercio, que se había convertido en una compañía militar y había perdido todo el carácter del requeté, se tuvo que quedar en tierra de nadie durante varios meses. No lo sabíamos entonces, pero la realidad era que el gobierno de la República había concentrado allí gran parte de sus fuerzas para impedir que Madrid cayera. Tomamos a algunos prisioneros despistados. Ellos decían que no eran soldados y, desde luego, no iban vestidos con uniforme, pero nuestros mandos y la compañía de camisas azules que llevábamos con nosotros nos dieron orden de fusilarlos al día siguiente. Se me asignó pasar la noche con dos de ellos, rezando con el capellán e intentando consolarlos. Les dimos de cenar y fumamos todos juntos. Al día siguiente los fusilaron. A mí no me tocó porque estaba de guardia, pero conocía a alguno que tuvo la dudosa suerte de hacerlo y sé que no lo superó en mucho tiempo. Tenían que disparar porque los mandos contaban los disparos en los cuerpos y revisaban los cargadores de los *mauser*[20] para que no hubiera ninguna bala de más. Luego nos llevaron a Navafría, Sigüenza y, por fin, a Guadalajara.

»Habían pasado seis meses de guerra, habíamos luchado muy poco y nos estábamos helando de frío. Nos quejábamos de no entrar en acción y no supimos apreciar la suerte que habíamos tenido hasta entonces. Al poco tiempo tuvimos que ir a relevar a otras compañías y batallones y supimos lo que era la guerra: aguantar mojados toda la noche, con el agua helándose en los capotes y en el casco. Luego, al alba, correr con los pies chirriados y recibir el fuego enemigo sin poder esconderse. Recuerdo particularmente la batalla de Guadalajara, en marzo del 1937. Había una compañía acorazada italiana. Nosotros no sabíamos que los fascistas italianos habían venido a ayudar, pero los falangistas estaban como locos de contentos. Al final, entre la aviación republicana, que todavía se mantenía íntegra, que todos los tanques que había enviado Mussolini se quedaron clavados en el barro y que las Brigadas Internacionales lucharon como leones, los italianos se retiraron y nosotros con ellos.

No entendíamos nada, nos volvieron a dejar en la retaguardia. Estuvimos varios meses en Castilla, sin conocerla, pasando calor y frío como nunca, y aburriéndonos, aburriéndonos mucho. Los piojos saltaban de uno a otro. Supimos que la estrategia de Franco era alargar la guerra para intensificar el sufrimiento de los habitantes de la tierra conquistada. La represión era feroz y la consigna era no hacer prisioneros.

»Las trincheras estaban llenas de barro y de nuestros propios excrementos. Tuvimos más bajas por las enfermedades que por el fuego enemigo, aunque pronto nos enviaron a tomar un pueblo grande, con una plaza sin porches en la que nos desplegamos para asaltar el ayuntamiento y la iglesia, en cuya torre habían colocado una ametralladora que nos diezmó por culpa de nuestros mandos. Nunca se habían visto en una igual y enviaban las escuadras de cinco hombres de una en una o de dos en dos a cruzar toda la plaza sin posibilidad de esconderse. La ametralladora hacía su trabajo y no se salvaba ni uno de los nuestros. Conforme iban saliendo y muriendo, los nuevos asaltantes tenían que esconderse detrás de los cuerpos de sus compañeros muertos y heridos, pero no les sirvió de nada. Solo faltaban dos escuadras para que me tocase a mí. Estábamos paralizados por el miedo y sabíamos que nos lanzaban a una muerte segura. Dos oficiales con cargo de alférez que vieron que el grupo siguiente, al que le tocaba ir al matadero, se retrasaba o se quedaba quieto, desenfundaron las pistolas en un alarde de supuesto heroísmo, dos *luger*[21], y se lanzaron en vanguardia de la siguiente avanzadilla. Entonces se oyeron, no uno sino dos disparos de fusil que alcanzaron a ambos héroes y los mataron en el acto, luego lo supimos, por la espalda. Nadie dijo nada, pero algunos hombres, al menos dos, no estaban dispuestos a morir sin poder defenderse por el capricho de unos mandos ineptos.

»No fue el único caso en que oficiales del bando llamado Nacional morían de ese modo. Se habló de que varios alféreces habían perdido la vida en idénticas circunstancias. Algunos carlistas veteranos hablaron con los mandos y pronto se cambió de estrategia. Se pusieron en contacto con nuestra aviación, que no

tardó en llegar. En diez minutos había destruido el nido. ¡Con lo fácil que era y la de bajas que tuvimos que sufrir...!

»Volvimos a la retaguardia y ya no nos quejamos tanto de la suciedad, el barro, los piojos y el frío. Cuando estás tan cerca de la muerte, aprendes a apreciar la vida y agradeces poder mantenerla. A partir de aquel día, el ardor de los voluntarios se atenuó y poco a poco la tranquilidad y el pensar las cosas dos veces se instalaron en nuestras cabezas y fueron desplazando los ideales que nos habían llevado allí, a aquella batalla que, aunque estuviéramos ganando, no dejaba más que muerte y sensación de derrota. Era un sentimiento general, pero a mí me afectó mucho.

»Pasó el verano, seguíamos en retaguardia, relativamente tranquilos, y con el otoño empezó a refrescar. Cogimos la costumbre de ir a merendar a una venta que había por allí cerca, en la falda de la sierra. Todas las tardes, alrededor de las seis, íbamos a comer algo y a beber unas jarras de un tinto que nos sabía buenísimo. Habíamos cobrado los atrasos de casi un año entero y el dinero no valía para guardarlo: en cualquier momento te podían matar con el bolsillo lleno. Con el calor del vino se afinaban las voces y cantábamos de todo. Una tarde estábamos cantando en un comedor separado de otra estancia por una puerta, cuando escuchamos que unas voces procedentes del otro lado se unían a nosotros para cantar el *Gernikako Arbola*[22]. Abrimos la puerta esperando encontrar otro grupo de carlistas, cuando vimos banderas republicanas en los uniformes y un grupo de soldados y milicianos. Uno de ellos se levantó y saludó a un compañero nuestro de Lekunberri. Se dieron un abrazo y nos contaron que eran primos. Algún otro de los nuestros encontró a un conocido y al final, sin pensarlo mucho, nos sentamos todos juntos con jarras llenas de vino y cantando. Había que aprovechar todas las pequeñas treguas de la guerra: tanto ellos como nosotros éramos jóvenes lejos de sus casas obligados a destriparnos unos a otros. No había diferencias entre nosotros. Merendaríamos todos juntos y ya nos mataríamos al día siguiente.

»Estábamos tan contentos, cantando y bebiendo, que no nos percatamos de que entraba en el comedor un alto oficial del ejército

de África, de los que habían venido con Franco, acompañado de dos guardias moros altos y fuertes como dos montes y con collares hechos con dientes de oro que rapiñaban entre los muertos, no importaba de qué color. Se impuso con un grito y un golpe de fusta contra la mesa.

»Llevaba unos pantalones de caballería y unos borceguíes de cuero; pistola alemana al cinto y bigote recortado igual que su jefe supremo, el gallego africano. Se dirigió al cabo Etxarri, que estaba junto a mí, y le dijo que ordenara a sus hombres que mataran a esos rojos enemigos de España y que luego nos las veríamos en el campamento. Etxarri se quedó paralizado; no sabía qué hacer. Cuanto más quieto estaba el cabo, más gritaba el capitán, que desenfundó la pistola. En ese momento yo saqué mi arma y le disparé un tiro en la cara, mientras dos compañeros míos hacían lo propio con los dos de la guardia mora. Tras un minuto de no saber cómo reaccionar, el propio ventero nos dijo que tiráramos los tres cuerpos a unas tinajas de vino grandes:

—El año que viene este vino estará mucho mejor.

»Así lo hicimos. Yo me di cuenta de que algunos compañeros no estaban de acuerdo con lo que habíamos hecho y supe que si volvía al campamento estaba perdido. Lo comenté con el de Lekunberri, este con su primo y, al final, tres de nosotros, los autores de los disparos, nos fuimos con los rojos y desertamos. A partir de entonces la situación empeoró día a día y empecé a conocer, más en profundidad, la miseria y el desastre que traen las guerras.

Ya había entrado la madrugada cuando Carlos apoyó la cabeza en los brazos en un receso y se quedó dormido. Todas nos acostamos con un nudo en la garganta, ansiosas por conocer cómo continuaba su relato. Después de unas pocas horas, cuando nos levantamos a media mañana, ya no estaba en casa. Supusimos que habría vuelto al lugar en donde Tomás lo había escondido, a lo mejor a la casa de mi madre, pero estábamos acostumbradas a no preguntar...

La noche siguiente apareció otra vez a la hora de cenar, parecía que con más hambre que el día anterior. Tras haber desertado y superado el interrogatorio del comisario político, gracias sobre todo a

la ayuda de los presentes en la venta, se quitó la boina roja y con ella una gran presión. Le costó, pero al final aprendió a pensar por su cuenta, al menos todo lo que uno puede hacer en mitad de una guerra. Defendió los alrededores de Madrid y mil sitios. Después de un año marchó a Gandesa y participó en la batalla del Ebro, la carnicería más cruenta que le había tocado vivir: había niños enrolados a última hora que se convirtieron en carne de cañón. Le tocó defender una pequeña colina, solo, parapetado en una borda de ganado cuando los «boinas rojas» catalanes del tercio de Montserrat subían la pendiente tan deprisa como si fueran al cielo. Se quedó sin munición y escapó de chiripa. De ahí a Barcelona, a defenderla y a defenderse también de sus supuestos compañeros, que en cuanto sabían dónde había estado antes, le hacían la vida imposible. La guerra no es agradable para nadie, pero Carlos no se sintió seguro en ninguno de los dos bandos. Cuando Barcelona cayó y tuvo que huir por la frontera, lo hizo casi en último lugar. Malvivió en el campo de internamiento de Argelès-sur-Mer[23].

La disentería diezmó la población del campo y los enormes guardianes, todos ellos marroquís y senegaleses enrolados en el ejército francés, se lo ponían muy difícil: los malos tratos eran cotidianos. No había letrinas, ni lugares donde asearse. En invierno no podían meterse en el mar por la temperatura tan fría, dentro y fuera del agua, y en verano la playa y el mar estaban tan contaminados por sus propios desechos que resultaban impracticables. Sus compañeros, todos comunistas, fueron abandonando el campo conforme otros miembros de su partido en Francia los iban acogiendo en casas particulares. Él salió de los últimos.

Después de dos años, al final se afilió. El carlista se volvió comunista y esa circunstancia tan extraña le ayudó con más de un recalcitrante camarada.

Se integró en la compañía que el Partido Comunista aportó a la resistencia francesa para luchar contra los alemanes y, cuando ya se veía el final de la guerra en Europa, también participó en la operación que incluía la incursión en el Val d´Aran y su extraña

retirada cuando se percataron de que Franco había diezmado a sus disidentes.

Contó que España era un yermo intelectual, que nadie se atrevía a abrir la boca. La Operación Reconquista, en la que participó Jesús Berdún con la intención de reorganizar el ejército republicano y las milicias, reforzados con los republicanos del interior, prácticamente inexistentes, fracasó antes de empezar, a pesar de no encontrar resistencia cuando cruzaron la frontera. El abogado pamplonés volvió a encontrarse, y a enfrentarse, con Carrillo, secretario general de su partido, que viajó al sur de Francia y ordenó la retirada. Carlos, por su parte, era cada vez más comunista y menos carlista. Se afincó en Toulouse, en donde vivía la mayoría de sus camaradas. Allí se reencontró con antiguos compañeros y amigos, pero no se acostumbraba a las relativas comodidades del exilio y cruzó los Pirineos para integrarse en el maquis.

El Partido Comunista dominaba totalmente la UNE[24] y llevaba la voz cantante en la organización de la resistencia. Carlos llevaba fuera más de quince años, su situación empeoró cada vez que la había cambiado y no había parado de luchar. Estuvo en la sierra de Jaén, en el Pirineo, escondido en casas infames en Madrid y en otros sitios hasta que, en 1952, la cúpula de su Partido dijo que ya no era necesaria la lucha armada, que no se avanzaba con ella. Se habían producido bastantes deserciones y muchos cayeron muertos o prisioneros. Esa decisión, imposible de entender y muy criticada, fue obedecida por todos los comunistas debido a la disciplina que tenían, al miedo a las represalias y al cansancio producido por la cantidad de años en el monte, con un arma en la mano. Abandonaron al resto de compañeros de guerrilla, los que no eran comunistas y no obedecían órdenes del Comité Central, sin informarles siquiera de la decisión. Los dejaron plantados cuando estos manifestaron el desacuerdo y tacharon de traidores a sus dirigentes. Poco duraron los desobedientes. Las malas lenguas dijeron incluso que los comunistas habían revelado su posición en venganza por la entrega masiva de presos por parte de los

casadistas y las disputas que tuvieron entre los diferentes partidos del Frente Popular desde el principio.

Regresó a Toulouse y, completamente integrado en su organización, volvió a entrar y salir muchas veces para reforzar las estructuras del Partido Comunista. Así hasta hartarse de una disciplina que no llevaba a ninguna parte y de la acción, de pasar miedo y del peligro.

Después de nueve años en la clandestinidad, acabó enrolándose en la Legión Extranjera para conseguir la nacionalidad francesa y documentos legales, que de poco le sirvieron, y se fue a Argelia a seguir pegando tiros contra quien menos quería. La cabra tira al monte y volvió a desertar. Vivió durante más de un año con una familia beduina, tuareg, en un pequeño poblado cerca del límite con Libia o dentro de ese país, el desierto no tiene fronteras. Con ellos aprendió a sobrevivir en el Teneré, que es como llamaban al desierto, a soportar el calor, la sed y a luchar contra los franceses que querían matarlos solo por ser tuaregs. Se movían en busca de agua y algo de comer para las cuatro cabras que tenían. Aprendió a protegerse del sol con la ropa y los colores adecuados. A buscar leña y agua en donde aparentemente no había ninguna de las dos cosas. Supo amar el desierto, montar en camello y ayudar a los demás miembros del clan.

Una noche con una luna especialmente grande, el hombre más viejo y sabio del grupo, al ver que se quitaba el turbante que llevaba debajo de la boina, le dijo que el golpe de luna era peor incluso que el de sol. En las noches de luna llena nunca había que descubrirse la cabeza. Había muchos que se habían vuelto locos, otros que se habían perdido en un desierto que conocían perfectamente o quienes habían olvidado su lengua. Le contó que hombres olvidaban que estaban casados y algunas mujeres se habían ahogado en el pequeño y poco profundo cauce de un oasis. Sí, el golpe de luna era lo peor del desierto.

A pesar de la inmensidad del Teneré, es difícil esconder todos los secretos y pasar desapercibido; así que, viéndose perseguido por la OAS[25] y los pies negros a causa de su deserción, tuvo que escapar

de Argelia y regresar a Francia, para terminar cruzando la frontera al cabo de unas semanas.

Después de un tiempo, al poco de reaparecer en nuestras vidas, renunció a su militancia, aunque todo parecía indicar que seguía teniendo relación con Tomás y que en ocasiones participaba en alguna operación, supuestamente sencilla y de poca responsabilidad. El motivo de su alejamiento del PC era, sin duda, las desavenencias con el comité central por haber acabado con la lucha del maquis.

Casi siempre cenaba en casa y nos siguió contando más detalles de su dura experiencia, que daba para mucho. Descubrimos que tras la operación del Val d´Aran, en la que le tocó participar hacía 17 años, y después del repliegue, considerado por muchos como una huida, había vuelto a entrar al país por Roncesvalles y había estado escondido en Pamplona, precisamente en casa de mi madre, esperando instrucciones para organizar la resistencia y la guerrilla de la UNE en Navarra. Sin tener noticias en una semana, se volvió por donde había venido, rumiando una decepción más: se habían quedado solos. El pueblo, ese por el que luchaban desde hacía tanto tiempo, no quería saber nada de volver a combatir. No podrían resistir otra vez aquel terror ni tanta muerte.

Solía hablar con cierta amargura. Eran los años cincuenta. Las llamadas democracias europeas no ayudaban al gobierno de la República en el exilio, ni con hombres ni con medios. Sí admitían, en privado, que el gobierno de Franco era una dictadura y que el gallego era un criminal de guerra, pero a la hora de la verdad cada vez tenían más relaciones con la España fascista; así que el ejército republicano y las milicias, que se mantenían casi intactas desde 1939, no podían ganar solos esa guerra que no habían dado por terminada. Franco había ganado y su dictadura era implacable. Habría que esperar a que muriera; sin rendirse, intentando organizar un partido muy desconectado de los pocos comunistas que sobrevivían en el interior, enfermos muchas veces, sin poder acceder a ningún trabajo ni manutención. Pudo ser porque Franco y los suyos mataron a muchos o porque los dirigentes no supieron mantener el tipo, pero la realidad fue que un partido consolidado, disciplinado, con un

ejército propio, que había llevado a cabo guerrillas, fugas y evasiones, una organización hegemónica durante tantos años, se convirtió, diez años después, en un grupo clandestino bastante residual durante el comienzo de los años sesenta. El fascismo había convertido el país en un erial político e intelectual y, a pesar de los esfuerzos y la militancia de muchos, del propio Carlos entre otros, no pudieron o no supieron cambiarlo.

¿Y QUIÉN HABLARÁ DE MÍ?

Era el año 1962 y hacía diez que habían desaparecido las cartillas individuales de racionamiento. Empezaba a haber de todo: verduras, carne, azúcar, aceite y hasta café, aunque en muchas casas seguía mezclándose con achicoria o cereales tostados. En realidad, había más productos comestibles que dinero para comprarlos. El mercado estaba bien surtido y proliferaban las tiendas de ultramarinos. La leche llegaba fresca todos los días y ya empezaban a recoger las basuras a domicilio. Bien que sabíamos esto último, porque nos tocaba ayudar a Antonia a bajar los cubos de los vecinos a la calle cuando pasaba el camión. La radio ya no era solo, aunque también, propaganda falangista: se podían escuchar canciones del Dúo Dinámico y de Marisol, entre otros, y la Radio Requeté, además del rosario y el ángelus, ofrecía a sus oyentes las primeras radionovelas y música de acordeón de Enrique Celaya, y jotas, muchas jotas. Ese año la televisión empezó a emitir y Antonia iba todos los domingos a casa de Mercedes a ver a Raúl Matas y su programa, en el que coronaban por un día a una mujer. Todas solíamos ir un día u otro a ver los inicios de aquella caja que, lejos de ser tonta, nos atontaba a todas. El último día del año vimos en directo las campanadas de la Puerta del Sol de Madrid bebiendo champán y comiendo turrón del bueno con las Orbara. No sé qué hubiera sido de nosotras tres si no hubiéramos conocido a Mercedes: siempre tuvimos motivos para estarles agradecidas y siempre se lo demostramos, ya que nunca pudimos corresponder.

Yo había cumplido ese año veintinueve. Mi madre a mi edad ya era viuda y dependía de la ayuda de Berdún para sobrevivir. Entraban tres sueldos en casa: uno más digno, el mío; otro, el de Antonia, casi miserable, que más se parecía a una limosna que le dieran los vecinos que a un sueldo real; y el de mi madre, que cobraba según los alumnos que tuviera. Ella aportaba de manera desigual, unos meses más que otros. Nos apañábamos bastante bien, mucho mejor que la mayoría; y aunque nos llegaba justo para

los gastos y algún capricho de vez en cuando en la mesa del comedor o unas entradas para el cine, para nosotras era una situación de bonanza económica desconocida hasta entonces; por eso mi madre ya le había dicho a Tomás que no trajera más dinero de Berdún; con el que ganábamos nos apañábamos bien.

—A él le hará tanta falta como a nosotras.

—Seguramente más —le contestó el hombre emocionado—. Ha tenido que irse a América. Tiene allá algún conocido bien situado y no tardará en asentarse y empezar a trabajar. Una persona con la formación de Jesús, sus contactos y su experiencia no debería tener problemas para ganarse bien la vida. Él me dice que te lo siga trayendo, pero sé que le supone un gran esfuerzo y que prácticamente se lo quita de comer. Sigue estando en deuda contigo, con vosotras, Martina. Por lo menos así lo siente él y necesita seguir aportando.

—Pues le dices que todo nos va bastante bien. Ganamos tres sueldos y Mercedes siempre está al quite. Algún día tenemos que presentarlos; aparte de ti, son las dos personas que más nos han ayudado y seguro que conectan enseguida. Tienen muchas cosas en común, sobre todo la generosidad. Pero ahora le devuelves a Berdún el dinero de este mes.

—Así lo haré —cedió Tomás.

Y así lo hizo. Nunca más nos volvió a entregar dinero de Berdún. Todos los meses le preguntaba a mi madre si le hacía falta, y seguro que lo guardaba en algún bolsillo, pero no volvimos a necesitarlo.

A los pocos años, Tomás nos contó que Jesús Berdún estaba perfectamente afianzado en México y que le iba bien. Se había instalado por su cuenta, con un trabajo que nos dijo que se llamaba asesoría y con el que ayudaba a mucha gente, empresarios y políticos, a tomar decisiones y a analizar las tomadas anteriormente. No entendíamos nada de lo que nos contaba, una gente con tanto poder, ¡empresarios y políticos!, ¿cómo es que necesitaban que alguien les dijera que lo que hacían estaba mejor o peor hecho? No entraba en nuestras cabezas que los ricos se gastasen el dinero en semejantes perogrulladas. A veces agradecíamos no tener dinero de

sobra, parecía que con él se acababa la tranquilidad y que la gente se complicaba la vida...

Ese año, antes de Navidad, el día 21 de diciembre tuvimos una sorpresa: una visita doble. Tomás llegó a casa con Berdún y no vinieron en bicicleta, como solía ser: un coche grande y negro, que nos recordó al de los Orbara, aparcó debajo de casa y de la puerta del conductor se bajó el propio Jesús. Se quedaron a comer y aquel día nada era suficiente en la mesa. Vimos comer y beber a Tomás, cosa inédita en tantos años… Berdún nos contó muchas cosas, presentes y pretéritas, y vivimos toda una fiesta en unas pocas horas.

—Iba a deciros que quería estar seguro de que no os faltaba de nada y de que Tomás os había cuidado bien —dijo el abogado—, pero la verdad es que necesitaba veros.

—Pues ya ve que sí. Nunca podremos agradecerle ni a usted ni a él, todo lo que han hecho por nosotras —replicó mi madre.

—Nada es suficiente, Martina. Todos los días de mi vida me he acordado de aquel nefasto día de julio y de tu marido. Y, por tanto, de todas vosotras. ¡Y ya es hora de que me tutees!

Se quedaron hasta que oscureció, bastante pronto siendo diciembre. Su estancia en Pamplona iba a ser corta y tenían que ir a visitar a muchos camaradas y conocidos. Berdún no hizo muchos viajes desde México y ya no volvió a visitarnos, aunque siguió enviando cartas a mi madre.

Durante la década de los sesenta, se dio una conflictividad social que ya casi nadie recordaba. Se sucedieron huelgas y algún que otro disturbio. Hacía poco que ricos empresarios habían dado el salto a la producción masiva y necesitaban mano de obra; y en Pamplona no había suficiente. Se produjo bastante inmigración, con barrios de nueva construcción. El Ensanche, haciendo honor a su nombre, no dejaba de ensancharse y le fueron poniendo apellidos a las diferentes fases. Se construían hoteles grandes y lujosos, y hasta una universidad. Y con ella una clínica privada que tendría mucha fama y clientes importantes: todo ello en manos del Opus Dei, una especie de «secta religiosa», como decía Mertxe, creada por un

aragonés más listo que el aire, que construyó un imperio a base del dinero de sus miembros y mucho, mucho dinero público que conseguía en los ayuntamientos y diputaciones. También en los ministerios, ya que algunos de sus miembros fueron destacados hombres del régimen franquista durante algunos años.

Soraya, la hermana pequeña de Mertxe, que era una de las pocas mujeres que había estudiado medicina en la universidad de Zaragoza, se vio muy atraída por ese mundo religioso y la vida le cambió en muy poco tiempo. Mertxe y ella riñeron y su relación se enfrió tanto que no volvieron a hablarse. La hija pequeña de Mercedes se fue a vivir a un piso regentado por el Opus Dei y no volvió a casa. La última vez que la vi llevaba su pelo recogido en una sobria cola de caballo y una ropa nada favorecedora: blusa blanca sobre la que reposaba una chaqueta azul de punto, una falda gris con muchos pliegues que le llegaba muy por debajo de las rodillas, medias oscuras y unos zapatos planos y cerrados. Mertxe decía, siempre con algo de rabia escondida, o quizá tristeza, que se había convertido en una «opusiana de libro».

Pamplona empezaba a ser una atracción para militares retirados o millonarios que vivían más que tranquilos en una ciudad gris, timorata y anodina en donde nunca pasaba nada. Navarra se había adherido al golpe franquista desde el principio y tenía un tratamiento foral que permitía pagar menos impuestos a las empresas y esconder mejor el dinero que se multiplicaba de forma desorbitada y exclusiva para unos pocos. Además, estaba muy cerca de la frontera con Francia, lo que permitía evadir el dinero fuera. Al contrario, para el resto de los habitantes de la ciudad la pobreza era la que primaba. La clase media era incipiente y la conformaban médicos, abogados y algunos comerciantes. Las fábricas, con sus cadenas de montaje, ese invento nuevo en el que trabajaban muchos miles de personas, ocupaban a la mayoría de los trabajadores, junto con los pequeños talleres que trabajaban para proporcionarles materiales con los que montar electrodomésticos, accesorios de transporte, algunos componentes químicos, una mina y poca cosa más. Hasta que en 1964 instalaron la primera fábrica de coches, la Morris, ubicada al oeste de Pamplona en un polígono industrial. La

Diputación de Navarra había esperado años a que la multinacional inglesa aceptara las condiciones para su implantación y la creación de muchos puestos de trabajo. Eso ayudó a duplicar prácticamente la población de Pamplona, algo que en tan poco tiempo no se alcanza de manera natural con matrimonios y partos de los viejos habitantes de Pamplona, y menos después de haber pasado una guerra en retaguardia en donde los supervivientes no tenían ni ánimo ni medios con los que crear familias numerosas.

Nosotras en las escuelas de San Francisco notábamos el incremento de alumnas año tras año. Los profesores de los chicos lo notaban más, y todos percibíamos los acentos foráneos que hasta que nos acostumbramos se nos hacían raros en los oídos; los apellidos que, al pasar lista, nos sonaban a nuevo; la escasa y vieja ropa que traían las alumnas, que también nos parecía extraña; la diferencia de nivel de conocimientos, debido a que muchas y muchos no habían acudido a la escuela en los pueblos donde vivían antes. Habían llegado a Pamplona en tren, en carro o andando, con solo unas mantas y una maleta de cartón como equipaje, buscando un futuro para ellos y sus familias, trabajando en lo que saliera hasta poder entrar en una de aquellas grandes fábricas en las que se trabajaba a la sombra en verano, sin pasar frío en invierno y muchas veces sentado. La diferencia entre cavar en el campo y contar tornillos, o lo que fuese, era muy grande y les ponía fácil la decisión. Además, la gente veía posible acceder a bienes de consumo inalcanzables hasta entonces: un piso, un coche, un colegio privado para sus hijos, un mes de vacaciones (que algunos aprovechaban para trabajar en otro sitio)... Cambiaron muchas costumbres y se apaciguaron las pocas reivindicaciones que empezaban a aflorar en la clase trabajadora.

Las organizaciones de izquierdas y los incipientes sindicatos no eran capaces de prender la llama de la reivindicación social y laboral. Tomás y Carlos nunca habían tenido tan poco trabajo, porque las cosas no son estáticas y cuando nos acostumbramos al pan, nos empiezan a gustar los bollos y, por qué no, el chocolate, y ya no basta con la miseria que nos daban por trabajar de sol a sol, aunque fuera a la sombra y en uno o dos trabajos. A todos se nos ocurría

algo que anhelar, todos envidiábamos al que tenía más que nosotros.

Aunque poca, algo de información llegaba de más allá de los Pirineos. Se escuchaban radios clandestinas que anunciaban el final del franquismo con mucho más optimismo que el que la realidad permitía, y había quienes traían algún libro de Francia, alguna revista y alguna noticia.

Todo eso pasaba por mi vida sin rozarme apenas. Mi experiencia política, incluso social, era muy escasa, pero si había alguien activa, alguien convencida de sus ideas, esa era Mertxe García Orbara, mi amiga, con la que yo me veía muchos días de labor y todos los domingos. Mientras la mayoría de los jóvenes iban al fútbol, al campo del barrio de San Juan, para ver a Osasuna, nosotras quedábamos a tomar un café, o algo más fuerte cuando no nos veía nadie, y hablábamos, discutíamos y, sobre todo, conspirábamos. Yo no era la más valiente. Había superado, en parte, el miedo que me daba la policía, su trato —o maltrato—, su fama, su chulería, su uniforme, sus bigotes y correajes; su americana cruzada y su corbata cuando iban de paisano. Había dejado atrás el pavor que les tenía y colaboraba un poco, tirando octavillas, pero dentro de los portales. Hasta que a una compañera la sorprendió un vecino haciendo lo mismo. Era comisario de la policía y la sujetó de la coleta mientras llegaba el Land Rover que él mismo había solicitado por teléfono desde su casa. Siete grises se la llevaron a rastras y golpeándola, incluso antes de llegar al Gobierno Civil. ¡No se podía ni tirar panfletos en los portales!

Antonia había empezado a cobrar la pensión del SOVI[26], que poco después de la guerra sustituyó al retiro obrero. Ya estaba cansada de trabajar y no podía aguantar las ínfulas de las vecinas, que la miraban por encima del hombro. Tanto o más pobres que ella, la trataban mal y le gritaban, le ordenaban cosas que nada tenían que ver con su trabajo de portera. Ya no era solo limpiar el portal y las escaleras, alguna pretendía que le limpiara la casa. Personas iguales a nosotras que se situaban por encima por el único motivo de deber a la caja de ahorros el dinero que les cobraban por el piso.

No podía aguantar más y ya iba notando la edad en su cuerpo. Así que se jubiló. Eso nos obligó a buscar un piso en alquiler, porque el que utilizábamos era propiedad de los vecinos y lo usarían como alojamiento de la siguiente portera. Teníamos que dejarlo en dos semanas. Otra vez, para no vernos en la calle, tuvimos que echar mano de la ayuda de Tomás, que nos encontró un piso barato en la misma casa donde él vivía, en la parte antigua de la ciudad, con cuatro habitaciones, pero sin cuarto de baño. En el balcón, que daba a un patio, había una letrina, poco más que un orinal, que había que vaciar cada vez que se usaba porque no estaba conectada al desagüe. Eso en la parte vieja era normal, aunque ya estaban empezando a tabicar los váteres y a poner canalones hasta las minetas de la calle.

Carlos mantuvo siempre un trato bueno y frecuente con todas nosotras; sobre todo con mi madre. No es que supiéramos mucho de su relación, al menos yo —Antonia era discreta, aunque seguro que estaba mejor informada—, pero se los veía bien cuando estaban juntos: iban a menudo al cine y daban largos paseos.

Hasta entonces Martina me lo había contado todo. Sobre mi padre, sobre su tío cura y lo que le hizo, su relación con Mercedes, el episodio de la procesión y el posterior arresto de Antonia. El motivo de las visitas de Tomás y la historia de Jesús Berdún. Todo eso y mil cosas más me había contado a lo largo de mi vida, pero su relación con Carlos no.

Pensándolo ahora, y echando la vista atrás, no sé cómo no me di cuenta de su trato y atracción mutua, porque era evidente. Supongo que para mí, como hija, era difícil pensar algo así de mi madre; no imaginas que tenga una relación amorosa; pero salían juntos a menudo, casi a diario y muchas noches Carlos se quedaba a dormir. No hacía falta ninguna explicación. Mi madre ya sabía lo que hacía y tenía más de cincuenta años. Con todo lo que había pasado...

Casi siempre que estábamos con Antonia y Mercedes, esta, en clave de humor, animaba a Martina a echarse novio. No a casarse, sino a disfrutar de la vida, como decía ella. Tiempo después llegué a pensar que trataba de ayudar a mi madre a comunicarnos ese pequeño secreto y a quitar hierro a la situación y a la propia

relación. Y hablando de Mercedes, siempre sospeché que Satur era bastante más que su chófer, ya que nunca le conocimos ningún pretendiente ni relación amorosa alguna, y una viuda rica, bien relacionada, de mediana edad pero que parecía mucho más joven, con dos hijas ya mayores que no le daban ningún trabajo…

Soraya vivía en un piso comunitario y Mertxe tampoco vivía en casa de su madre. Tenía la suya propia, un ático en un boulevard de una zona rica de la ciudad, con terraza al sur, en donde vivía con una amiga que era más que amiga. A pesar de que había que tener mucho cuidado en la Pamplona de aquellos años con ese tema, Mertxe lo tuvo claro desde el principio, desde que acabó la carrera de magisterio. Se cansó de acortarse las faldas y empezó a usar pantalones, que entonces escandalizaban mucho más. No es que hiciera alarde de su condición, pero tampoco la escondía. En aquel momento a personas como ella se les aplicaba la Ley de Vagos y Maleantes, y solo por tener una pareja o simplemente por demostrar atracción por una persona del mismo sexo, cumplían varios años de cárcel. Esa era la única medida igualitaria de la España de los sesenta: daba igual que fueras hombre o mujer, la condena era la misma. Y luego estaba el ostracismo social al que te veías sometida. Se sentían con derecho a insultarte por la calle: «marimacho» o «maricón» eran insultos típicos para quienes se habían atrevido a reconocer su condición sexual o no habían tenido el suficiente cuidado en ocultarla.

Mertxe no trabajaba. Seguía estudiando, ahora en la recién estrenada universidad del opus, llamada Universidad de Navarra. Después de Filosofía y Letras, había empezado Derecho, pero no tenía ninguna prisa: iba aprobando asignaturas y cursos, pero a su ritmo, lento, porque tampoco se dedicaba a estudiar a tiempo completo. Su madre le había comprado un coche, un Renault feísimo y muy difícil de manejar, pero ella, que se había sacado el carné de conducir a la primera, una de las primeras mujeres en Pamplona, lo usaba casi todos los días y pronto había adquirido la pericia suficiente. Todas las semanas conducía hasta San Sebastián por el puerto interminable de Azpiroz. Le gustaba mucho Donostia. Decía que era una ciudad más moderna que la nuestra y que el mar la

embellecía todavía más. Yo no se lo discutía y fui con ella algunas veces, sobre todo en verano, cuando no tenía clase. Siempre me mareaba y acababa vomitando entre el puerto y Tolosa, pero nunca decía que no a esos viajes: íbamos a la playa y me invitaba a comer en Casa Alcalde o en algún otro sitio bueno. No había probado hasta entonces ese jamón o las gambas a la plancha, los pescados a la brasa, ni siquiera los cucuruchos de *karrakelas* o bígaros, esos caracolillos del puerto.

En San Sebastián nadie se fijaba en nosotras. Ni en mí, por supuesto, ni tampoco en Mertxe, que era más llamativa. Por muy atrevida que fuera su indumentaria en Pamplona, allí, en esa bonita ciudad junto al mar, pasaba desapercibida. La moda francesa estaba muy introducida y las mujeres vestían de una manera mucho más moderna. Ella se sentía en su sitio y disfrutaba mucho con sus pantalones, sus escotes, sus pañuelos de colores vivos en la cabeza, su zapato plano y su cara lavada y sin pintar a veces, y otras maquillada y con unos tacones imposibles.

Mertxe hacía lo que quería en cada momento y no dejaba que nadie se metiera en su vida. Yo la envidiaba y se lo decía muchas veces. Ella le quitaba importancia, igual que minimizaba todo lo que hacía por mí. Se portaba conmigo igual de bien que su madre lo había hecho con la mía. Nos convertimos en inseparables.

Un día, estando paradas en un entrante de la carretera que bajaba el puerto de Azpiroz para que yo vomitara, ella me puso un pañuelo mojado en la frente y me limpió la cara a la vez que me daba un beso en los labios. El beso más tierno que me han dado nunca. La cosa no pasó de ahí, en la superficie, porque yo me quedé a la deriva en un mar de dudas. Nunca me había planteado el motivo de que no me relacionara con chicos, ni con chicas. Mi sexualidad era inexistente. Nunca me había visto atraída por los hombres. Tampoco por las mujeres, si he de ser sincera. Mertxe le quitó importancia y me dijo que no tuviera prisa.

—Espera —me decía—, llegará el día en que sepas lo que quieres o aparezca alguien a quien no te podrás resistir. El día que te pase,

notarás que las piernas no te sujetan. Además, con casi treinta años, después de esperar tanto, seguro que eliges bien —me decía divertida.

Aquel día simplemente volvimos al coche y nos fuimos a Donostia a comer. Eso sí, todo me pareció que mejor que nunca.

Creo que desde entonces, si no desde antes, quise enamorarme de Mertxe. Yo la quería mucho, éramos las mejores amigas y sentía que había un largo camino que podríamos recorrer juntas, pero es verdad que las piernas no me temblaron, sea lo que sea que quiera decir eso. Pasé mucho tiempo creyendo que la engañaba porque no estaba enamorada de ella. Estaba enamorada de la posibilidad de amarla, pero ella nunca fue más allá y aquel beso se quedó en un hecho aislado. Sin embargo, yo tenía mala conciencia y, a partir de entonces, por ella, forcé mi presencia en el partido, en su partido, y acudí a más reuniones y cada vez salía más a menudo a tirar octavillas, al principio en los portales y más tarde en las calles oscuras. Mi relación con cualquier organización era solo porque la seguía a ella. Mi compromiso era con Mertxe e iría detrás de ella a todos los partidos a los que se apuntó, más de cuatro durante seis años.

Mi generación empezaba a despertar, tarde, pero algo se movía. Yo tenía treinta años, un trabajo fijo y bueno. En casa, sin que sobrara, tampoco faltaba. Aun así, la estabilidad económica no me bastaba. Anhelaba, sin haberlo vivido, esa sensación de libertad que mi madre contaba de cuando estudiaba en la Normal, durante la efímera República, a la que cortaron las piernas antes de que aprendiera a caminar.

Cada vez que venía Tomás se le veía más eufórico. Quienes lo habíamos perdido todo podíamos ganar: alguna batalla al menos. Carlos también nos contagiaba su ilusión y Mertxe me contaba cosas que quizá habría preferido no saber. Años antes, en julio del sesenta y uno, unos jóvenes habían intentado hacer descarrilar un tren con excombatientes franquistas que iban a San Sebastián a celebrar, como cada año, la victoria sobre esa provincia. Desfilaban con total impunidad a plena luz del día en el Boulevard, en la Avenida, vestidos de falangistas, con sus nuevas camisas viejas y sus boinas

rojas, llenos de medallas y algunos con las armas colgando de la cintura. Ese día muchos donostiarras prefirieron no salir de casa, a pesar de que era fiesta, o precisamente por ello, y los fascistas habían tenido la calle casi para ellos solos.

Aquel sabotaje fue el principio de algo. Todos salieron ilesos de la explosión, pero algo empezaba a fraguarse y los de ese grupo nuevo no se andaban con chiquitas. Por fin, quienes nos habían aterrorizado durante tantos años a los que no éramos como ellos, comenzaban a sentir algo de miedo, inseguridad o inquietud al menos. De hecho, el año siguiente acudieron muchos menos fascistas y en pocos años se acabaría la tradición.

Las detenciones continuaban, en realidad nunca habían cesado. Algunos iban a la cárcel, otros se libraban, en alguna ocasión, ya que los volvían a detener pronto. En Pamplona había mucho miedo. Los pocos supervivientes de la represión franquista durante y después de la guerra no nos atrevíamos a hacer prácticamente nada. Los partidos estaban organizados en la clandestinidad, las estructuras eran muy cerradas y era difícil pasar los filtros para militar en algunos de ellos. Cuando lograbas entrar, solo conocías a un pequeño grupo, y su responsable, algunas veces ni se sabía quién era, conocía a un contacto que a su vez conocía a otro. Era una forma muy segura de militar, pero la clandestinidad no ayudaba a generar entusiasmo ni a que crecieran las organizaciones. Tanto Carlos como Tomás estaban seguros de que Mertxe y yo militábamos en su partido, pero ya hacía tres partidos que no éramos del PCE.

Incluso dentro de la Iglesia se agitaba algo: unos sacerdotes habían hecho una serie de exigencias hacia lo que ellos denominaban la convivencia democrática y la libertad y firmaron una carta que enviaron a las cuatro diócesis vascas. A los obispos les faltó tiempo para llamarlos al orden, pero la cosa crecía, y era imparable. Algo avanzaba. A una velocidad más lenta de la deseada, pero progresábamos.

Los curas comprometidos con la lucha antifranquista a los que se habían sumado más clérigos, se protegieron diciendo que las cartas que publicaban se difundían en secreto, solo se repartían entre religiosos, y que estos, todos, se comprometían a que no llegaran a

manos de seglares. Esa excusa no duró ni una semana. La carta de los trescientos treinta y nueve circuló mucho más de lo que quisieron sus autores y, sobre todo, los obispos, la Policía y el Gobierno, que era decir casi lo mismo.

Las radios exteriores se hicieron eco de todo lo que supuso el asunto de los curas: no era habitual que los sacerdotes se inmiscuyeran en esos temas. Cualquier movimiento era válido si ayudaba a derrocar o por lo menos desgastar a Franco. Y el Partido Comunista, el que más se movía entonces, veía con buenos ojos, al menos al principio, cualquier acción, del tipo que fuera, que contribuyera en esa dirección y con ese fin. Hacía poco que el joven portavoz de una nueva organización recién constituida, ETA, había realizado una llamada al Gobierno Vasco en el exilio, con sede en París, con el objetivo de que la organización juvenil del PNV, EGI, colaborara con ellos en la lucha antifranquista y por la libertad del País Vasco. De vez en cuando se veían ikurriñas colgadas de grúas, montes y cables de alta tensión pintadas con esas siglas y mensajes hasta entonces desconocidos. Los llamamientos a huelgas y la ampliación de las reivindicaciones politizaron el recién resucitado movimiento obrero y convirtieron en políticas las protestas que hasta ese momento habían sido exclusivamente sindicales o laborales.

Ese movimiento llamó especialmente la atención de Mertxe, que tenía una libertad de acción enorme, coche, disponibilidad de tiempo, mucho valor y bastante descaro. Yo creía que seguíamos siendo fieles al último de la lista de partidos en los que militamos, pero ella no hacía más que hablar de la nueva organización vasca. Yo, que seguía asustándome con las sirenas, tardé en comprender que aquel movimiento iba a tener mucha aceptación entre las personas de todas las edades, sobre todo, jóvenes.

Año tras año aquello crecía y pronto se repartieron boletines con llamamientos y convocatorias de huelgas o manifestaciones. En 1965 ETA publicó una «Carta a los intelectuales de Euskadi» en la que les achacaba su falta de compromiso, su inmovilismo y su trayectoria equivocada. Esos jóvenes, con la osadía y el desparpajo que caracteriza ese momento vital, se atrevieron a liderar el movimiento de respuesta contra Franco y algunos artistas, escritores, pintores y

músicos se apuntaron al carro y comenzaron a aparecer colectivos que difundieron esas ansias de libertad. La lucha se dio en varios frentes: en las fábricas, en la universidad, en la calle algunas veces, en la incipiente vida cultural que asomaba la cabeza y en acciones contra las fuerzas del orden que reprimían todo lo que se movía con la misma fuerza que siempre habían utilizado.

La primera pistola se la robaron a un policía, hubo atracos a bancos, robos en fábricas de explosivos, y pronto la lucha subió un escalón cualitativo y empezaron las explosiones y los tiros. Secuestraron a políticos y diplomáticos, argumentaban que los estados europeos más democráticos le reían las gracias a Franco y su régimen y que eso no se podía tolerar: había que ejercer presión, también en el ámbito internacional.

Yo había rebasado los treinta y sentía que había perdido la oportunidad de formar parte de una juventud luchadora. Me gustaba la vida tranquila y seguía sintiendo mucho miedo, así que me desligué de todo y Mertxe me dejó hacer, o mejor, no hacer. Pero aquellos años sesenta fueron el germen de un movimiento social imparable en todas las provincias vascas. Hubo cientos de personas detenidas y torturadas, algunas durante muchos días. Las cárceles se llenaban de jóvenes compartiendo espacios con viejos sindicalistas e históricos comunistas. Comenzaron las huelgas de hambre y las protestas. Las prisiones dejaron de ser espacios relativamente cómodos, o por lo menos tranquilos. La lucha proseguía dentro y fuera de ellas: había que derrocar al gobierno y hacer caer el régimen de la forma que fuera y cualquier lugar era campo de batalla. En la calle se conseguían pequeños logros. Algunas misas se celebraban en euskera, comenzaron a editar alguna revista y libros en esa lengua, aunque había censuras ridículas, como prohibir y expulsar a txistularis de las fiestas de los pueblos por tocar «aires separatistas».

Nuestra vida siguió aburrida, al menos la mía. Yo ya sabía que Mertxe llevaba una existencia más que movida, pero no me abandonó y nuestra amistad continuó. Seguíamos yendo a Donostia y a otros pueblos, a romerías, concentraciones o conciertos de cantautores, siempre fuera de Pamplona. No volvió a repetirse el

gesto aquel del beso, pero nos sentíamos muy bien juntas. Éramos cómplices en más de un sentido y yo sabía muchas cosas de ella: más de las que tendría que haber sabido.

Una tarde de domingo que volvíamos de San Sebastián, después de aparcar el coche debajo de su casa, noté mientras paseábamos que alguien nos seguía. Sabía, porque se comentaba, que había que entrenar los sentidos para detectar si los sociales iban detrás de ti, tapándote la sombra, pero nunca supe cómo hacerlo. No sabía si la policía o alguien me había seguido alguna vez; nunca había percibido el más mínimo detalle que me lo confirmara, y eso que a veces, medio en broma y sintiéndome segura, había intentado saber si era perseguida. Nunca había sentido nada. Hasta entonces. No estaba segura de si lo hacían desde algún coche o desde la otra acera, pero sin ver nada tuve la certeza de que era así. Para que no me tomara por loca, no le comenté nada a Mertxe, que parecía no haberse dado cuenta. Después de un rato se me pasó: íbamos por una calle en donde circulaba mucha menos gente y percibí que ya no nos seguían, por lo menos en ese momento. No volví a tener esa sensación en mucho tiempo.

Mi existencia se hizo cada vez más previsible. Trabajo, casa y Mertxe en algunas ocasiones, pocas, porque era raro salir entre semana. Pasaron los meses y se me olvidó el episodio del supuesto seguimiento. Por eso no podía pensar, ni en mil años, que iba a reencontrarme con Joxemiel. Efectivamente, el *morroi* de los Orbara, el pastor de Eltxumendi apareció en mi vida de la forma más insólita. Tal y como me contó después, se había curtido en las luchas obreras de la margen izquierda del río Ibaizabal y de las fábricas que circundaban la ría de Bilbao. Tenía casi cuarenta años, cinco más que yo, y toda una vida de lucha clandestina a sus espaldas. Había acabado en la misma organización en la que militaba Mertxe. Había estado detenido algunas veces; sin pasar por la cárcel, pero sí por las técnicas de tortura de la policía: a las palizas seguían los golpes con toallas mojadas o la guía de teléfonos enrollada. Lo atosigaron tanto que no podía hacer su vida. La policía impedía a cualquiera que le alquilara una vivienda o que le diera trabajo. Vivió con algunos amigos, pero tampoco pudieron soportar la presión sobre

ellos y sus familiares, así que, tanto él como sus compañeros decidieron que viniera a Pamplona para esconderse y dinamizar algunos grupos o implantar otros.

Me lo encontré un día al salir de la escuela, después de terminar las clases. Era un sábado al mediodía y por la tarde no teníamos que volver. No lo reconocí, habían pasado años y cuando se fue él era muy joven y yo una niña; sin embargo, él vino directamente hacia mí; así que, o yo no había cambiado o él se había informado y me había visto anteriormente. Lo cierto es que yo sí había cambiado, así que tenía que ser la segunda opción, me había buscado. En ese momento me acordé de la sensación que tuve aquella tarde en la que Mertxe pareció no enterarse de nada.

—Hola, Bittori. No sé si te acuerdas de mí. Soy Joxemiel, el pastor de Areta. Has cambiado mucho y te has hecho mayor, pero te he reconocido enseguida.

—¡Joxemiel! ¡Qué alegría verte! Pues yo no podría haberte reconocido, sin perro ni ovejas, sin *makila*[27] ni zurrón. Han pasado más de 20 años y yo era una cría cuando nos vinimos a vivir a Pamplona. ¿Vives aquí?

—Ahora sí. He estado en Bilbao muchos años y no he vuelto a trabajar en el campo con el ganado, pero ya te lo contaré. ¿Quieres comer conmigo? Voy a Casa Marceliano.

—Muy tentador, y te lo agradezco, pero no. ¡Ni hablar! Martina y Antonia se alegrarán mucho de verte. ¡Menuda sorpresa se van a llevar! Mejor que vayamos a casa; así las saludas.

—No será una molestia, ¿no?

—No. Seguro que no. Más bien al revés, se pondrán como locas de contentas con tu visita. Así nos cuentas a todas qué ha sido de tu vida.

—De acuerdo. Sé dónde vivís, pero indícame tú el camino.

Ese comentario terminó de confirmarme que había sido él quien nos siguió, al menos aquella noche.

Al llegar a casa no quise llamar y abrí con mi llave para darles la sorpresa a las dos mujeres, que ya estaban sentadas a la mesa esperándome. Ambas se alegraron mucho de verlo y lo reconocieron

en cuanto entramos. Poner un plato más en la mesa nunca había supuesto un esfuerzo en nuestra casa y mucho menos cuando la visita era, aunque inesperada, tan grata.

Joxemiel reaparecía en nuestra vida en mejores condiciones que lo hizo Carlos. Iba limpio, sin ningún lujo pero vestido con ropa moderna. No estaba nueva, tampoco rota ni muy gastada. La última vez que lo vimos llevaba una camisa gorda de sarga, pantalones bombachos con abarcas, una piel por encima de los hombros, un espaldero, txapela y zurrón. Ahora calzaba zapatos negros limpios, pantalones planchados, camisa fina, sin corbata, americana, gabardina y la cabeza desnuda, luciendo un pelo casi cano del todo y bien corto, la cara afeitada y con un ligero olor a loción. Comimos una verdura con patatas y cordero al chilindrón. Al servir el segundo plato nuestro invitado no pudo evitar la broma:

—No tendrá setas, ¿no?

—¡Déjalo estar, zagal! —le reprendió Antonia—. Hace años que no las comemos. La próxima vez que vengas ya te pondremos unas pocas solo para ti.

Tras las risas, lo colmaron de preguntas acerca de su vida y la comida transcurrió de manera agradable. Él se abstuvo de contar todo lo que nos podía comprometer y nos endilgó una serie de mentiras piadosas acerca de su trayectoria y trabajo, así como de las razones por las que había vuelto. Comimos y cuando Antonia y Martina se retiraron a echar una siesta, Joxemiel me propuso dar una vuelta.

—Se ha quedado buena tarde y me apetece pasear un poco para bajar el cordero. Estaba tan rico que he comido demasiado; nos vendrá bien.

—Bueno. Me pongo los zapatos y cojo algo de abrigo, que anochece pronto y todavía refresca por las tardes.

Y salimos de casa. En abril el viento norte llegaba aún frío y agradecí el tabardo ligero, pero el cierzo no era lo que me iba a dejar helada esa tarde. Joxemiel me contó todo lo que le había ocurrido en los últimos años y me dijo cuál era la verdadera razón por la que estaba en Pamplona. O las razones: esconderse y captar miembros para su organización. Seguía teniendo la sutileza de un

pastor, iba al grano, sin dar ningún rodeo. Me preguntó a bocajarro si yo militaba en algún sitio y si me gustaría hacerlo con ellos. Me previno del riesgo que suponía y de los peligros a los que podía exponerme, pero el país nos necesitaba y Franco no iba a durar mucho. Era el momento de recuperar las libertades, nuestra lengua, nuestra cultura, nuestra música. Sí, todavía habría que esconderse unos años, pero la oportunidad se daría pronto. Yo me quedé paralizada por el miedo. No le perdonaba lo brusco de su sinceridad, ni que me comprometiera de aquel modo... Haciéndome la tonta, más todavía de lo que me sentía, le dije sin ninguna convicción:

—Sé lo que es la militancia. Conozco a mucha gente que milita en la clandestinidad. Desde que era pequeña soy consciente de que, si nosotras hemos sobrevivido a la guerra y a lo que vino después, ha sido gracias a los comunistas. Un dirigente al que purgaron nos ha ayudado siempre de muchas maneras, no solamente con dinero, que también. Y Tomás, aquel hombre que nos visitaba todos los meses en el pueblo era uno de ellos. Los hombres que te encontraste en plena guerra en el collado de Eltxu, cuando la fuga del fuerte, también eran comunistas. Hasta un carlista amigo de mi padre y ahora de mi madre se volvió comunista. Eran lo poco que nos mantenía vivas las esperanzas en aquellos años de posguerra y yo misma colaboré algo con ellos, poco, cuando estaba estudiando; y hay que reconocer que han sido constantes y han batallado como pocos durante la guerra y hasta ahora.

—Sí, Bittori. Tienes algo de razón. Lo han hecho, pero es que no había nada más y ahora las cosas han cambiado. En Europa hay otras naciones que no son libres y están subyugadas por grandes estados que nunca las reconocerán; pero nosotros, además, tenemos que soportar un fascismo que nos ha diezmado y quiere aniquilarnos. Todos los tipos de lucha son legítimos cuando te están masacrando de esa manera. Franco, sus militares y su policía nunca permitirán que seamos libres. De lo que yo hablo es de un movimiento genuino, nuestro, que primero piensa en los vascos y en nuestra patria. Si coincidimos con los del Partido Comunista en nuestra lucha contra Franco, no es por ellos, sino por nosotros. No sé si tendremos paciencia para esperar a que se muera, y no se

merece hacerlo en su cama. Sería justo que pagase por todo lo que ha hecho...

Era difícil no darle la razón. Joxemiel había cambiado mucho. Había leído y se había formado políticamente. No se parecía en nada a aquel muchacho tímido que salía todas las mañanas con el perro y el rebaño, que apenas levantaba la cabeza al hablar, menos todavía cuando se dirigía a una mujer. Nadie sabía qué hacía durante todo el día en el monte, además de cuidar de las ovejas. Apenas sabía leer cuando mi madre lo acogió como alumno particular. El día en que se despidió de nosotras en Areta, cuando nos fuimos a vivir a Pamplona y él nos dijo que se iría a Bilbao, ninguna podíamos suponer el cambio que iba a experimentar el joven pastor, casi un niño entonces, curtido solo en cuidar del rebaño, sin ninguna experiencia en relacionarse con la sociedad. Ahora hablaba con una seguridad sorprendente para mí. A pesar de que me consideraba una persona formada, académica y políticamente, no podía contradecir nada de lo que decía. Sabía que tenía razón, pero tampoco me atrevía a arriesgar todo para dejarme llevar por lo que consideraba una locura. No podía darle largas ni inventarme excusas. Su sinceridad no lo merecía. Además, sus ojos negros, que miraban muy dentro de los míos, me decían que no se iba a creer cualquier cosa que le dijera. Estaba llena de dudas, no sabía qué hacer y así se lo dije.

—Mira, Joxemiel, ahora mismo no puedo comprometerme con nada ni con nadie. He estado militando en varios partidos: primero marxistas, luego maoístas y hasta en uno trotskista. Tú conocías a Merceditas, la del palacio de los Orbara. Ahora es Mertxe y, desde que empezamos a estudiar magisterio, pues es con ella con la que he recorrido toda esa trayectoria cada vez que nos parecía que nuestro partido traicionaba al pueblo, aunque siempre con menos intensidad que ella. Me dedico a la enseñanza y creo que es un sitio en donde puedo hacer mucho por la libertad y la educación del pueblo; además, tengo pavor a que me detengan. No aguantaría ni un tortazo en comisaría y delataría a la poca gente que conozco. Ni quiero ni puedo. No valgo para esto y no sería de ninguna ayuda, todo lo contrario.

Joxemiel no me comentó nada entonces, pero conocía y muy bien a Mertxe, a la que llamaban Edurne en la organización. Ella también lo tenía ubicado y no solo me lo había ocultado, sino que nunca había intentado captarme. Supongo que le gustó comprobar que la Orbara siguiera las instrucciones de seguridad y no se lo dijera a nadie, ni siquiera a mí, su gran amiga, pero no cedió.

—Respeto tu decisión. Así tiene que ser. Eso sí, si decides unirte a nosotros, podríamos encontrarte una labor menos arriesgada. Existen todo tipo de trabajos y cosas que hacer, desde captar nuevos militantes hasta repartir propaganda o esconder a camaradas, dar cobertura o simple información. No quiero que te precipites, pero nos gustaría, particularmente a mí me gustaría mucho contar contigo. Piénsatelo unos días. En unas semanas te lo preguntaré otra vez. Si no quieres, no te presionaré, ni siquiera insistiré, pero debes saber que todo el mundo puede colaborar de uno u otro modo. Desde dentro o desde fuera.

No dije nada, pero me sentí tonta por no haber sido sincera con él y admitir que ya conocía su organización, la misma en la que militaba Mertxe. Pero también pensé que seguro que ya lo sabía todo acerca de mí y de mi casi inexistente paso por la política. Él tuvo el detalle de no comentarlo.

El viento había arreciado y, entre eso y la conversación, me quedé helada. Sentía tanto frío que se me notaba en el rostro. Joxemiel me puso encima de los hombros su gabardina y no pude rechazarla. Tomamos un café caliente y me acompañó a casa.

—Ya volveré por aquí. Saluda a tu madre y a Antonia de mi parte y diles que volveré a visitaros. Y tú, tranquilízate, que nadie va a obligarte a hacer nada que no quieras.

Casi se me olvidó devolverle la gabardina, y no era solo por el frío. Tuve que esperar en el rellano de la escalera hasta tranquilizarme para que no me notaran nada. Al final, cuando era ya casi la hora de cenar abrí con mi llave y entré en una casa caldeada con estufas y seguridad. Antonia y mi madre estaban sentadas jugando a cartas con las faldas de la mesa camilla sobre las piernas, aprovechando el calor del brasero.

—Enseguida preparo la cena —dijo Martina—. Ponte las zapatillas y siéntate aquí, que vienes helada. ¿Tanto teníais que hablar Joxemiel y tú?

—Me ha hecho mucha ilusión verle. Cuando me paró esta mañana y me dijo quién era, enseguida lo relacioné con el recuerdo que tenía de él, pero durante todos estos años no lo había hecho ni una sola vez. Simplemente nos hemos puesto al día. Parece mentira lo que ha cambiado. De ser un simple pastor al Joxemiel de ahora...

—Yo ya sabía que ese chico no iba a ser pastor siempre. Se le daban muy bien las matemáticas y la lectura. No he visto alumno más agradecido ni más entusiasta que él. Es más listo que la mayoría. Puede llegar a ser lo que quiera.

—Sí. Puede llegar a ser lo que quiera —respondí yo pensando que iba a necesitar tener mucha suerte para poder ser algo, sobrevivir siquiera.

A las pocas semanas comprobé que todavía sobrevivía, cuando me abordó en la calle y me preguntó, de manera velada, si había pensado algo respecto a nuestra conversación, «Si quería que saliéramos juntos», me dijo. Yo le respondí sin ambages que no y, a pesar de que en nuestra primera conversación me aseguró que respetaría mi decisión y que no me lo preguntaría más, siguió preguntándomelo cuando nos vimos en otras ocasiones, a veces directamente, otras con un gesto.

Yo ya no tenía nada claro y de vez en cuando pensaba en ello, aunque nunca lo comenté con nadie, ni siquiera con Mertxe, que seguramente me habría aconsejado...

Pasó más de un año cuando una noche mi madre nos comentó durante la cena que había visto que se alquilaba un ático, una buhardilla con pretensiones en un edificio que habían hecho en un pasaje que unía dos calles del ensanche. Era una casa bastante nueva y por fin tendríamos un cuarto de baño con agua corriente y una bañera con ducha. La idea nos pareció bien a las tres mujeres, que enseguida empezamos a hacer planes.

El día uno del siguiente mes ya estábamos viviendo en la casa nueva. En realidad, era el piso reservado a la portera, pero en aquel

edificio todas las casas estaban alquiladas y el propietario no estaba por la labor de gastarse un dinero extra en pagar una portera; total, ni él ni su familia vivían allí... La casa era heladora en invierno, pero con una estufa de esas nuevas de gas butano se aguantaba, al menos cerca de ella. Por la noche la bolsa de goma con agua caliente era indispensable. En verano, en cambio, se pasaba mucho calor, aunque en Pamplona por mucho calor que haga durante el día, las noches son más frescas y, si abres las ventanas y haces corriente, se puede dormir bien. De todos modos, solo por el cuarto de baño merecía la pena pasar fríos y calores. No era solo el inodoro, con cisterna colgada de la pared y un «tirez» de porcelana azul y blanco para vaciarla; teníamos una bañera entera, de esas en las que cabías tumbada, y un grifo de ducha; todo un lujo al que nos acostumbramos tan pronto que parecía que lo hubiéramos tenido siempre. Nos habíamos duchado antes en casa de Mercedes, tanto en Pamplona como en Areta, pero tenerla para nosotras todos los días... Lo dicho, un lujo. Aunque solo llegaba para dos duchas, porque el termo eléctrico no era muy grande, el agua caliente nos bastaba para apañarnos si no lo hacíamos las tres seguidas. La casa era una última altura con dos puertas en el rellano, la nuestra y otro piso que estaba vacío. Este era un poco más pequeño y todavía no lo habían alquilado, lo que nos daba cierta intimidad, y eso que con el resto de los vecinos tampoco teníamos mucha relación. Aunque fueran tanto o más pobres que nosotras, que ya he dicho que nos las apañábamos bastante bien, el hecho de vivir en el último piso era señal de escasez, algo que, por lo visto, se contagia. Parecíamos apestadas, pero en aquel espacio éramos felices.

En ese piso estuvimos muy bien, muy cómodas. Se encontraba algo lejos de la escuela, porque en los años sesenta seiscientos o setecientos metros era una distancia considerable para recorrerla todos los días cuatro veces; y, como era una zona muy nueva, todavía no había panaderías ni tiendas de comestibles. Desde diez años atrás no funcionaba el ferrocarril, el Irati, y habían quitado las vías y urbanizado las calles y avenidas. Hacía poco que operaban un bar y una farmacia y el mercado nuevo estaba cerca, muy cerca de nuestra casa. Había también una iglesia nueva y un centro médico,

un ambulatorio. La zona era la parte más estrecha del Segundo Ensanche, con apenas seis calles sin solución de continuidad, porque a un lado estaba el colegio de los maristas, construido hacía poco, que impedía cualquier proyecto de expansión a lo ancho, y por el otro una colonia de chalets para los industriales y nuevos ricos de Pamplona y el seminario, levantado bastante antes. Vaya, que el Ensanche quedaba constreñido por los curas: apenas en un kilómetro cuadrado había tres iglesias, cinco o seis colegios religiosos y dos públicos, de esos que llamaban escuelas nacionales, además del Gobierno Civil. Una zona controlada absolutamente por todos los poderes: tranquila, por tanto, pero quizá insegura para las que no éramos admiradoras del régimen.

Por aquel entonces nos parecía que éramos muy pocos quienes no comulgábamos con el franquismo, pero en realidad había bastantes. No los suficientes, sin duda, pero no éramos las únicas que seguíamos hablando en voz baja en casa, con el miedo metido en el cuerpo y una precaución casi enfermiza. La que seguramente me ha condicionado... El ansia y la exigencia de libertad se iban vislumbrando. Las universidades, mejor dicho, las personas que estudiaban en ellas y alguno de sus profesores ayudaban. Se publicaban más libros. Había alguna revista en la que se podía leer entre líneas cierta crítica a Franco y su gobierno. Los periódicos publicaban artículos con puntos de vista distintos: algunos más cristianos, otros decididamente del Opus, que iba ganando fuerza día a día, otros monárquicos, los del Movimiento —que eran los que menos se vendían pero que continuaban ejerciendo de portavoces del régimen—, alguno mantenido por el sindicato vertical pero que de vez en cuando se destapaba con un artículo abiertamente opuesto a Franco y su gobierno. Esto pasaba de forma muy esporádica y lo que primaba era el resto: noticias en blanco deslavado y negro luctuoso, con estética neoclásica y grandilocuente que miraba desde arriba a toda la sociedad, como controlándolo todo; voceros de la Falange, mensajeros de todo lo rancio que constituían la salvaguarda del nacionalcatolicismo en contra de conspiraciones judeomasónicas y comunistas que solo ellos veían. El

último bastión de los cruzados asesinos sublevados en 1936. Los asesinos de mi padre y de muchos miles de personas más.

El mundo entero estaba cambiando y cada día había noticias sobre política y sobre la represión que utilizaba el franquismo. Aunque no abiertamente, en la calle se podían escuchar, siempre en pequeños círculos, lo que pasaba en nuestro entorno, lo que se cocía en muchos sitios en aquellos años de movimientos diversos en el mundo. Parecía que en todos los sitios menos en Pamplona. Es cierto que el Mayo del 68 de París apenas se sintió aquí, aparte de algunas manifestaciones de estudiantes de la universidad que fueron reprimidas como verdaderas revoluciones. Tampoco se produjeron aquí las movilizaciones en contra de la guerra de Vietnam que se dieron en Estados Unidos, cuando la sociedad se hartó de ver cajas herméticas de zinc con los cuerpos de los soldados muertos en las selvas de aquel país que hasta hacía poco no sabíamos ubicar en el mapa. Ni ocurrió nada parecido a lo que vivieron ese cuarto de millón de personas cuando, como punto de referencia en la lucha por los derechos civiles, Martin Luther King les dijo que había tenido un sueño.

No, aquí no pasó nada de eso. La generación anterior había sido diezmada, aniquilada por Franco y sus fascistas. Los pocos que sobrevivieron estaban en el exilio o no sacaban la cabeza del cuello de la gabardina para que no los detuvieran o algo peor. Franco ganó la guerra y el miedo acabó con cualquier movimiento que respirara libertad antes incluso de que empezara. Sin embargo, las generaciones que nacieron después de la guerra comenzaban a inquietarse. Dentro de los aparatos del estado y de la administración las personas habían cambiado. Ahora había funcionarios más jóvenes que, sin ser la panacea de la democracia, no eran tan crueles como sus padres y predecesores. Eran tan hijos de la guerra como todos, pero ellos, después de haberla ganado, se consideraban hijos de la paz. De esos casi treinta años de «paz» de los que se jactaba el régimen en su propaganda y sus lemas. Franco había ganado la guerra y ahora ganaba la posguerra; pero cada vez era más visible el descontento de la gente y se dejaba sentir cierta oposición que, aunque incipiente y minoritaria todavía, era cada vez

más pública. El mundo estaba cambiando y en nuestro entorno veíamos algo de luz, o teníamos la ilusión de que lo hacíamos. Y ese poco de luz nos cegó. Al menos a mí así me pasó.

Y cegada con esa luz, o quizás para recibir algo de su brillo en mi vida cotidiana y apagada, le dije a Joxemiel que sí: que colaboraría. Quería que mi ayuda fuera de poco riesgo. No iba a dejar mi trabajo, ya que allí también era necesaria y estaba haciendo lo que negaron a mis padres, a los dos, algo que era para mí una acción necesaria de justicia reparadora. Mi vida había sido tranquila. En los momentos más comprometidos siempre protegida por mi madre y Antonia, y por mi corta edad. Sabía bien de la represión y los peligros, pero yo no los había sentido. Ayudaría desde fuera en lo que pudiera, y así se lo dije al pastor que ya no era pastor:

—No voy a viajar, ni a echarme al monte. Tampoco quiero repartir octavillas, ni relacionarme con otros militantes. Ni siquiera quiero formar parte de vuestra organización. De momento podría prestar ayuda escondiendo a alguien si hace falta. Justo al lado de nuestra casa hay otro piso y está vacío. No me preguntes cómo se me ha ocurrido, pero tenemos una manera de entrar y es un sitio tranquilo. Desde nuestro balcón, que da al patio, se pasa sin ningún esfuerzo al otro piso y hay una ventana abierta detrás de la persiana, que se puede subir desde fuera. No hay luz ni agua, pero eso no será problema viviendo nosotras justo al lado. Ni mi madre ni Antonia preguntarán mucho. Yo sé, y tú te acordarás, que viviendo en Areta ayudaron a mucha gente a esconderse o a pasar la frontera. Supongo que los ideales y las ganas de colaborar seguirán intactas, pero preferiría que nunca se enterasen de nada y que no tengamos la necesidad de utilizarlo.

—¡No sabes la alegría que me das! ¡Ya sabía yo que podía contar contigo! Y no te preocupes. Las labores que te encomendemos, aunque igual de importantes, porque alguien las tiene que hacer, serán menos arriesgadas. No correrás ningún peligro. Lo máximo que harás es dar *aterpe*[28] a algún compañero. El día que muera Franco lo celebraremos y nos reiremos del miedo que has pasado y de lo que te ha costado decidirte.

—Ojalá sea así; mientras tanto... seguiré pasando miedo.

—Y eso no es malo —dijo Joxemiel—. Si lo tienes serás más precavida y correrás menos riesgos. Todo el mundo debería actuar de ese modo. La policía tiene muchos más medios que nosotros y no deberíamos sentirnos confiados nunca. Tenemos todas las de perder, pero mucho más que ganar. De ahora en adelante, discreción y todas las medidas de seguridad posibles. Tienes que estar segura de que nadie te sigue. Ninguna vecina puede ver a nadie en ese piso. Ninguna luz, ni de velas ni de linterna. Nada de basura ni señales de que haya habido agua. Y tú y yo a los ojos de los demás, sobre todo de la policía, ¡no nos conocemos!

Y así me dejó, con más miedo que alma y medio arrepentida de haber dicho que sí, después de más de un año de la primera conversación con Joxemiel.

El jueves de la semana siguiente se celebraba el Corpus y no había clases. Era fiesta de guardar y por una vez en bastantes años no llovió. Amaneció sin nubes y con una temperatura muy agradable. Debido a su pasado, medio en broma, medio en serio, a Antonia no le dejábamos ir a ver procesiones.

—Para muestra un botón —le decía Martina.

—No será porque no se lo merecen los curas y las meapilas, pero, tranquilas, que no voy a ir a ningún sitio, y menos a la procesión. ¡Anda que no tengo yo cosas que hacer antes que perder el tiempo con esas tonterías!

—Por si acaso voy a estar contigo toda la mañana. Si quieres, vamos a dar una vuelta, que hace muy buen día, pero lejos de las iglesias.

—Pues eso no será fácil. ¡Hay más iglesias que otra cosa en esta ciudad, que parece que no hemos avanzado nada en tantos años! Pero ¡hala! Vamos a «escondernos» por ahí...

Y se fueron. Yo me quedé sola. Aproveché para preparar las preguntas del examen que pondría a mis alumnos a finales de mes, cuando acabara el curso. Al rato llamaron a la puerta. Mientras me acercaba a abrir dije en voz alta:

—¿Qué pasa, que os habéis dejado las llaves, no? ¡Como si lo viera...!

Cuando abrí la puerta no encontré a mi madre y Antonia sino a cuatro jóvenes: tres chicos y una chica. Estaban nerviosos y pálidos. Sudaban a pesar de que no hacía demasiado calor.

—Hola. Nos mandan aquí. ¿Tú eres Bittori? —preguntaron.

El día que temía había llegado, solo una semana después de que me comprometiera con Joxemiel. Sabían mi nombre. Llegaban cuatro juntos... ¿Dónde estaban las medidas más elementales de seguridad? ¿Sería verdad que necesitaban esconderse o eran sociales y me estaban tendiendo una trampa? ¡Qué difícil se me hizo decidirme por una u otra opción! Al final, aunque no pasaron más que unos segundos, les contesté:

—Sí. Soy yo. ¿Qué queréis y quién os envía?

—No te podemos decir quién. Tampoco conocemos su nombre, pero queremos escondernos un par de días nada más

—¿Os han seguido? —pregunté nerviosa.

—Creemos que no. Hemos venido por separado hasta el portal y ninguno hemos notado nada.

—¡Vale! Pasad. Entraremos a vuestro escondite por el patio. Si alguien tiene que usar el cuarto de baño, ahora es el momento. Donde vais no se puede utilizar, no hay agua corriente. No abráis ninguna ventana ni hagáis ruido; más tarde os llevaré algo de comer y de beber. No hay luz y a la noche no veréis gran cosa, pero podremos subir un poco de alguna persiana, dejar una rendija para que entre algo de claridad. En la fachada, un poco más abajo de vuestra ventana hay una farola que os ocultará en la sombra y os alumbrará algo, lo suficiente para no tropezaros. ¡Pasad!

No me costó más de un minuto acomodarlos en el piso contiguo entrando por la ventana del patio. Les volví a recordar encarecidamente que no hicieran ruido.

—Ni fumar siquiera.

Y volví a mi casa, me cambié de ropa y me fui a buscar a Martina y a Antonia para contarles solo lo mínimo y también para compartir mi desazón. Ya no había vuelta atrás...

Cuando salí y crucé la calle vi por el rabillo del ojo que llegaban en ese momento tres hombres con bigote, traje oscuro y gabardina, a pesar de que no amenazaba lluvia. Estaban hablando como

esperando algo junto al portal. Me metí en uno de la acera de enfrente. No tuve que esperar mucho para distinguir un coche que venía y se paraba junto a ellos, un SEAT 1400 negro del que se bajaron otros cuatro. Entonces ya tenía claro que eran policías. Los vi entrar al portal y supuse que todos menos uno subirían las escaleras, registrando cada vivienda, piso por piso, con las pistolas en la mano y guardando silencio, que romperían con gritos para amedrentar a los pobres jóvenes que acababa de esconder en un sitio que creían seguro. Sí que los habían seguido, al menos a uno de ellos, y yo no podía avisarles. No podía hacer nada. Con lágrimas en los ojos fui en busca de mi madre. Las encontré enseguida y les puse al corriente. Yo pensaba que me iban a recriminar lo que había hecho, exponer a la familia, ponerme y ponerlas en peligro, pero no fue así.

—Tranquila, Bittori. Tú no has podido hacer nada más. No podías avisarles sin ponerte en riesgo y no has tenido la culpa de que la policía los haya localizado. Vamos a la parte trasera de la iglesia y desde allí vemos lo que pasa y decidimos qué hacer y a quién avisar.

—No sé cómo encontrar a Joxemiel y no sé si sería aconsejable hacerlo. Su despedida fue «Tú y yo no nos conocemos».

—No seas exagerada, Bittori —dijo Antonia—, son cosas que se dicen para asegurarse de que has comprendido que la cosa es seria, pero si hay alguien que sabe qué es lo que hay que hacer, ese sin duda es Joxemiel.

Nos apostamos en el mismo portal en el que yo me había escondido para observar a los policías. No habían pasado ni dos minutos cuando unos gritos llamaron nuestra atención. Una persona caía desde el tejado y se estrellaba contra la calzada con un sonido que nunca he olvidado. Mientras la carretera se manchaba con la sangre que salía de la cabeza del mayor de los tres chicos, los otros dos y la chica salían esposados del portal, soportando gritos y golpes de los agentes. A pesar de todo, la chica gritaba:

—¡Lo han tirado desde el tejado! ¡Lo han matado!

Le pegaron un culatazo con la pistola para que se callase, pero los secretas no tenían nada que temer de los gritos de una persona detenida: además de su impunidad, no había nadie que pudiera

haberlos escuchado. La calle estaba vacía. Dos minutos antes había una docena de personas, pero desaparecieron en cuanto los policías hicieron acto de presencia.

—Lo mejor será que de momento no nos acerquemos por casa —dijo Martina cuando los coches se alejaban—. Joxemiel no está y no creo que venga. El único que puede orientarnos es Tomás. ¡Vamos a su casa!

—Sí. Vamos enseguida —dijo Antonia— y tú Bittori, ¡espabila, que estás como alelada! Ya sé que lo que ha pasado es terrible, pero es en estos momentos cuando hay que templar los nervios y actuar para que la cosa tenga las menores consecuencias posibles para nosotras. ¡En marcha!

Y fuimos a la parte vieja, a casa de Tomás, que se sorprendió mucho de vernos, pero que algo adivinó por nuestro semblante y, sobre todo, por mi mutismo y mi color, o la falta de este.

—Lo primero, pasad, que estaremos mejor dentro.

—No sé si debemos —susurró mi madre, que una vez más demostró ser la que conservaba la serenidad y mantenía la cabeza fría—. No queremos comprometerte.

—¡Adentro he dicho!

Era la primera vez que veíamos al hombre actuar con semejante autoridad y emplear ese tono de voz, quedo pero inequívoco. Durante todos los años que llevábamos viéndonos, y después de la relación que teníamos con él, nos sorprendió a las tres, que nos apresuramos a entrar en su casa. Una vez sentadas y con una jarra de agua fría en la mesa del comedor, Martina empezó a contarle lo que ocurría, pero en cuanto me nombró a mí, Tomás la interrumpió:

—No, Martina, que me lo cuente ella, y perdonad el tono y los modales, pero quiero asegurarme de que sois conscientes de la importancia de esto: en la escalera no se puede hablar. Ni siquiera es conveniente que os vea nadie. Ahora, Bittori, cuéntame.

—No podía saber, ni siquiera pensar que podía pasar esto cuando me comprometí y ofrecí mi ayuda. Les dejé bien claro que no estaba preparada y que no quería correr riesgos y mucho menos poner en peligro a mi madre y a Antonia...

—Desde el principio, Bittori —me dijo Tomás, y contraviniendo cualquier norma de seguridad, le conté con pelos y señales mis conversaciones con Joxemiel y lo ocurrido en casa desde que llegaron los cuatro jóvenes.

—¡No puedo creerte! ¡Estaba convencido de que militabas en el partido o que te movías cerca del PC! ¿Cómo has podido mezclarte con esa gente? Además, tienes tu trabajo y eres necesaria en lo tuyo: la educación es un pilar importante en la lucha por la libertad. Todos somos necesarios, cada uno en su parcela. ¡Nunca hay que mezclar un aspecto de la lucha con otro! ¡Ese es el primer mandamiento de la organización clandestina! Por cierto... ¿Estás segura de que no os han seguido hasta aquí, que no me has echado encima a la policía?

—No, Tomás —respondí—, no estoy segura. Con los nervios no he mirado hacia atrás ni una sola vez, pero estuvimos bien escondidas en un portal y allí no nos vio nadie, ni siquiera cuando salimos, de eso estoy segura.

—Esperemos que sea así. Yo no tendría que ayudaros. Todas las luchas son necesarias contra Franco, pero no tenemos relación con esa nueva organización, ni nos fiamos los unos de los otros; nos estorbamos y eso no ayuda al objetivo final, la caída de Franco, aunque al paso que vamos, se morirá en la cama... ¡Ese cabrón asesino! Digo que no debería ofreceros mi ayuda porque seguro que comprometeré a algún camarada, pero no puedo dejar a Martina en la estacada. Berdún, aunque esté depurado del partido, no me lo perdonaría y, esté donde esté, me lo haría pagar. Cada vez que hablamos me pregunta por vosotras y me recuerda que no os tiene que faltar de nada. De momento vamos a esperar. Mejor dicho, vosotras vais a esperar aquí sin moveros; yo voy a ver de qué me entero por ahí. A la noche nos vemos.

Y se fue de casa.

No había pasado ni un minuto cuando oímos unos golpes en la puerta y una voz que, amortiguada, nos llamaba desde el otro lado en un tono tan bajo que desciframos con la oreja pegada a la madera, junto al pestillo.

—¡Abrid! Soy Joxemiel —susurraba.

Al final sí que nos habían seguido, pero afortunadamente no la policía. Tras un momento de indecisión, abrimos la puerta y el joven entró.

—Lo sé todo, estaba allí mismo, escondido en un portal junto al que os habéis metido vosotras. Seguro que los policías han localizado a alguno de ellos y lo han seguido. Ya he avisado a un abogado, pero no podrá evitarles la tortura. ¡Qué cabrones! Han tirado a Mikel desde el tejado: lo he oído gritar. Bittori, iba a verte para tranquilizarte y valorar qué podía hacer para ayudar a esos cuatro, pero he percibido gente rara en la acera y con el tiempo se desarrolla una especie de sexto sentido que te avisa de que algo no marcha bien. He tenido el tiempo justo para esconderme. Te dije que no correrías peligro, eso es lo que creía... Ahora hay que esperar a saber qué es lo que cantan en comisaría. Puede que no digan tu nombre, pero no lo sabemos.

»Vosotras dos, Martina y Antonia, estáis a salvo porque no sabéis nada. Si mañana no ha ido la policía a vuestra casa, os vais a la comisaría a denunciar que Bittori ha desaparecido: así os curáis en salud. Si van antes tenéis que decirles, lo primero de todo, que estáis muy preocupadas porque vuestra hija no está en casa. Decidles a dónde habéis ido, que sea la verdad, y que cuando habéis vuelto, y aquí empezáis a inventar otra verdad, Bittori no estaba y os habéis enterado en la calle de que se ha caído un chico desde el tejado. Tranquilas, que no van a buscar a gente de vuestra edad. Ahora tú y yo nos vamos, Bittori. No quiero estar aquí cuando vuelva Tomás. No puede verme. No le comentéis nada de mí, lo menos posible al menos. Martina, Antonia, mañana nos vemos en el mercado nuevo, en el primer puesto de pollos a las diez de la mañana. Mientras, vamos a esconder a Bittori y esperar.

Joxemiel y yo nos fuimos del piso de Tomás. Antes de salir del portal él miró dos o tres veces a cada lado y caminamos despacio, sin llamar la atención. Dimos unas vueltas por Pamplona, no solo por la parte vieja, para asegurarnos de que efectivamente nadie nos seguía, y bajamos al barrio que hay junto al río, a una casita con huerta cerca de la estación. Dimos otra vuelta y, por fin, entramos en la casa. Estaba vacía y no parecía que allí viviera nadie, aunque

había algo de comida en una fresquera: unos huevos, patatas y tocino. Hicimos una tortilla y freímos el tocino; ni había pan ni era seguro ir a comprarlo, así que mejor tortilla que huevo frito. No me sentía capaz de comer nada, pero un poco obligada lo hice, sobre todo para coger fuerzas: no sabía qué me deparaba el futuro inmediato, solo que me daba mucho vértigo.

Después de comer me dejó sola y se fue. Me dijo que tenía que enterarse de cómo iban transcurriendo los acontecimientos y preparar algunas cosas, como mi traslado a otro lugar, ya que su casa, supuse que era suya, no era segura al cien por cien. Cuando se fue y me quedé sola comencé a temblar. No era frío, era puro miedo, y rabia, y decepción, y toda la tensión acumulada en las horas previas. Me quedé acurrucada en un sillón y caí en un duermevela que me alivió en parte, pues dejé de pensar en el ruido que había hecho la cabeza de ese chico al chocar con el suelo. No me había podido quitar ese recuerdo en todo el día. Después de unas horas apareció Joxemiel con un poco de pan, un chorizo y un queso.

—Vamos a cenar. Luego te cuento lo que haremos.

—No tengo hambre. No puedo probar bocado. Dime qué es lo que tenemos, o tengo que hacer, porque estoy hecha un manojo de nervios. Ha sido el peor día de mi vida. Y no te andes con paños calientes. Sé que la situación es muy complicada y sin duda la solución también ha de serlo, pero dímela ya, que no puedo soportar ni un minuto más la espera.

—No sabemos qué han dicho los tres detenidos en comisaría, pero es posible que alguno de ellos haya empezado a cantar desde el primer sopapo, y no lo culpo. Eso sí que es pasar miedo, Bittori. Lo de ahora se puede arreglar, más o menos, pero si te detienen estás a su merced. Tienen todo el tiempo del mundo para interrogarte y torturarte. Ningún juez se va a atrever a decirles nada y eso en el supuesto de que los jueces quisieran hacerlo, que no es el caso. Los periódicos no mencionan el suceso por miedo o por connivencia, y la gente, la mayoría al menos, prefiere no enterarse de nada. La estancia de varios días en comisaría resulta mortal para muchos. Un compañero mío se golpeó a sí mismo, se autolesionó

contra la esquina de una mesa en la sien y casi se mata; todo para que lo llevaran al hospital y se acabara aquel suplicio. Ya has visto hoy que tienen impunidad absoluta. Intenta tranquilizarte y piensa que, aunque tienes o tenemos problemas, nuestra situación es mejor que la de algunos otros.

Ya nunca volvería a ser lo mismo. Al menos durante un tiempo. Seguramente no podría volver a la escuela, ni a vivir con mi madre y Antonia. Se habían acabado el cine, los paseos y vivir en Pamplona, que era una ciudad cómoda y tranquila... A pesar de estar agotada, los nervios y la tensión no me dejaron dormir en toda la noche. Apenas di unas pocas cabezadas hasta que amaneció el día siguiente. Y tenía hambre. Comí algo de lo que había traído Joxemiel el día anterior, que estaba tal y como lo dejó encima de la mesa, señal de que él tampoco había probado bocado. Un rato después regresó.

—La policía ronda tu casa, están buscándote. No puedes volver. Ya estamos preparando tu fuga. Hasta ahora nunca hemos tenido problemas, pero será duro. Hay que andar por el monte varias horas. He hablado con tu madre en el mercado y he quedado con ella para que traiga esta noche, si es que han levantado el cerco a tu casa, algo de tu ropa y lo imprescindible para los primeros días. Y dinero, todo el que pueda conseguir. Yo iré a buscarla y a asegurarme de que nadie nos sigue, pero le he dicho que es mejor que vaya a la policía a denunciar tu desaparición y que les convenza de que está muy asustada. Y que no salga sola de casa. A las nueve ya habrá oscurecido. Hasta entonces tenemos que esperar. Cuanto más duermas ahora, mejor será para ti, porque esta noche será larga. Y si la policía sigue vigilando tu casa, habrá que esperar más. Ojalá que no y que te puedas ir esta noche.

—¿Cómo? ¿Que nos vamos hoy?

—Cuanto antes mejor. Allá adonde te llevamos tendrás más libertad de movimientos. Aquí no puedes salir de esta casa, estás en peligro y me pones en peligro a mí. Vamos a comer algo; te digo lo mismo que con lo de dormir. Te van a hacer falta todas las fuerzas posibles.

—Pero ¿a dónde me lleváis? ¿Con quién estaré?

—No puedo responderte a ninguna de esas preguntas. Ni yo mismo lo sé. Es una medida de seguridad: si lo desconozco no podré revelarlo en un posible interrogatorio. Te dejaremos con alguien, no sé si una persona o más, que te llevarán al otro lado de la muga, en donde estarás a salvo. Allí te dirán qué tienes que hacer, si vas a trabajar o no, a qué te vas a dedicar y cuándo y cómo podrás hablar con tu madre de nuevo; pero ya te digo yo que no va a ser pronto... La policía va a tener controlada y vigilada la correspondencia y las visitas a tu casa durante un periodo. Ahora no te puedes poner en contacto con nadie. Hay otras personas involucradas y mucho en juego. Ya habrá tiempo.

—¿Cuándo habrá tiempo? ¡Nos vamos hoy!

—No lo sé. Nos vamos cuando sea seguro. Y ahora, tranquilízate. Es normal que veas todo negro, pero te acostumbrarás a la nueva vida, que no va a ser para siempre. Yo quería contar contigo, sí. Me pareces una persona muy válida y nunca pensé que iba a salir tan mal, y menos en la primera ocasión. Casi me arrepiento de haber insistido tanto, pero Franco no va a vivir mucho más y su dictadura no aguantará. ¡Ánimo, Bittori! Necesitas estar tranquila, sobre todo esta noche. Te prometo que más adelante iré a verte allí adonde te trasladen y llevaré noticias de tu casa. No culpes a nadie de lo sucedido. Ha sido una casualidad y mucha mala suerte. Y recuerda que Mikel ya no está con nosotros y los otros tres detenidos están peor que tú.

La tarde pasó despacio y el pastor se fue cuando anochecía. Yo volví a adormecerme, pero a las nueve en punto, además de las campanas, me sobresaltaron unos golpes en la puerta, justo antes de que Joxemiel entrara con Martina, acompañados de Carlos. Habían salido de casa por separado, primero mi madre y, al ver que no había policía y que nadie la seguía, hizo un gesto a Carlos, que estaba en la ventana. Este bajó con todo lo que me iba a hacer falta, según él, y la comida que había preparado mi madre, junto con ropa y alguna otra cosa.

Entraron apresuradamente en la casa. Traían un macuto lleno y algún paquete que mi madre tiró al suelo para abrazarme. Sus

lágrimas se juntaron con las mías en nuestras mejillas, en un abrazo que parecía que podía ser el último: las dos sabíamos que íbamos a tardar mucho en volver a vernos. Nunca nos habíamos separado, ni siquiera un día, y ahora… no sabíamos cuándo podríamos volver a estar juntas. Martina volvió a hacer alarde de su entereza y valentía, se sentó conmigo y empezó a hablar para darme consejos e indicaciones de una manera sosegada, como dando más importancia a lo que me decía que a nuestro vínculo de madre e hija. Parecía una extraña. De algún modo, entre brumas, recordé a una mujer que había envenenado a un cura tío suyo. La mirada perdida, encima de mi hombro izquierdo, pero con palabras tranquilas y certeras. Era la Martina de siempre, la que nos había salvado de mil tragedias y aliviado muchas situaciones penosas. Yo me tranquilicé, porque así me lo ordenó mi madre. Quise creer que, siendo hija suya, también habría heredado algo de su fuerza.

—Bittori, hija, siempre he intentado protegerte de todo, pero también he sabido que tú tomarías tus propias decisiones. Reconozco que me tranquilizaba ver que no te comprometías con la lucha que ahora has elegido, pero como hija mía también intuía que este momento podía llegar. Es hora de que pongas en práctica todo lo que he intentado enseñarte y que recuerdes todo lo que has vivido junto a nosotras, Antonia y yo. Ya no estaremos ninguna de las dos para protegerte, pero ambas confiamos en ti. Sé fuerte y no te arrepientas de nada.

Cuando terminó de hablar, yo solo pude decirle que me despidiera de Antonia. Me dio un abrazo todavía más fuerte y largo que el anterior y llegó la hora de irnos. De escapar. Por lo visto un coche nos esperaba junto a las huertas al lado del río y en un par de horas estaríamos cerca de la frontera, en algún paso de contrabandistas que no debíamos conocer.

El corazón casi se nos sale por la boca a todos cuando se acercaron un par de focos. Joxemiel compuso un gesto cómplice y me sonrió al decirme:

—No he querido decirte nada por si el plan se cambiaba a última hora, pero será Edurne la que te lleve e iréis en coche hasta tu destino. Espero que esto te tranquilice.

Mertxe, con las manos en el volante, me miraba sonriente a la vez que con un gesto de cabeza me invitó a subir. Me dijo al entrar en el coche que iríamos directamente a Bera de Bidasoa y de allí pasaríamos por una frontera que no solía estar vigilada.

Justo antes de arrancar, y tras haber descargado el macuto y los paquetes, Carlos me cogió de la mano y me dijo suavemente:

—Te deseo suerte, Bittori, y que te sea lo más liviano posible. Acuérdate de mí y piensa en que muchos otros, antes que tú, hemos recorrido esa vía. Entonces era huir de la muerte, ahora, aunque peligrosa e igual de difícil, es menos dramática. Encontrarás un sitio tranquilo y seguro no muy lejos. Intentaremos vernos más pronto que tarde. Ahora —me tendió su txapela negra, parecía que recién lavada— ten esta boina. Sabes que no me la he quitado prácticamente desde el año 1937, cuando la cambié por la mía antigua de color rojo, ya te lo conté. Pero creo que te hará falta a ti más que a mí. Póntela desde ahora y mete tu melena dentro, pasarás más desapercibida y te resguardará del golpe de luna, que hoy está casi llena.

Y DESPUÉS DE ESO, AHORA

Termino de escribir mientras veo cómo el sol, a punto de ponerse, toca la cumbre del monte Larrun. Vivo en Sara desde que pasamos la muga, cuando me trajo Mertxe hace siete años.

A pesar del alivio que me produjo ver a mi amiga al volante del coche en el que iba a escapar y la tranquilidad que sentí al saber que no tendría que hacer una larga marcha por el monte con desconocidos, no abrí la boca en todo el viaje. Ella, sin embargo, habló por las dos. Intentaba tranquilizarme y no dejó de sonreír durante todo el trayecto. No pude tener más suerte y mejor conductora. Todo el nerviosismo y el miedo que sentía desde el día anterior se neutralizaron por el aplomo de mi amiga, y también por la suerte que tuvimos en nuestra huida. No hubo controles ni vimos a ningún policía. De hecho, no nos cruzamos con otro vehículo. No paramos hasta haber pasado la muga e hicimos una cena tardía en Benta Berrouet, muy cerca de aquí, cuando eran ya más de las once de la noche. En el comedor de la casa no había nadie. Era muy tarde, más para las costumbres de este lado, en el que se cena a las ocho, y si a eso añadimos la discreción innata de los habitantes de la muga, acostumbrados a no ver *mugalaris* ni contrabandistas aunque los tengan delante, la cena transcurrió tranquila y terminó de serenarme.

No he tenido contacto con nadie de la organización con la que colaboré tan solo una vez. Así lo quise y así lo quiero. No he tenido ningún problema para ello, pues creo que me consideran algo así como gafe; y no es de extrañar, todo salió mal en la primera ocasión que tuve para intervenir.

La única excepción ha sido Joxemiel. Ha venido cada cuatro o cinco meses, unas veces con más prisa que otras. Me pregunta si necesito algo, me repite que siente mucho lo que pasó y que se siente culpable, y siempre me deja dinero cuando no miro. La última vez que vino, hace poco más de un mes, me dijo que creía que ya era seguro volver. Al fin y al cabo, yo no había hecho nada y parecía que no me buscaban. No me fío. Estar en el punto de mira de la

policía es grave y más para una persona desconfiada y miedosa como yo. En un mal sueño, que tengo con frecuencia y que podía haber sido real, los sociales aparecen en la escuela mientras estoy dando clase y me detienen, mientras, todas mis alumnas lloran y otros maestros me señalan con el dedo. El pastor de Eltxu está escondido detrás de la puerta y yo no puedo delatarle, aunque parece que nadie más lo ve.

Poco después de exiliarme me enteré de que las tres personas que detuvieron en mi casa, o en la vivienda de al lado, ingresaron en prisión durante un año por asistir a unas reuniones y tirar cuatro panfletos. Ya sabía yo que lo de tirar panfletos no era buena idea...

Me siguieron buscando durante varias semanas. Vigilaban nuestra casa y llegaron a importunar a mi madre y a Antonia, que no les contestaron con demasiada educación. Ellas creyeron que su avanzada edad las protegía. Yo no me hubiera fiado. Las razones de la policía para buscarme, confirmadas por mi huida, referían que yo era la supuesta responsable de propaganda del grupo. La historia se repetía, la maldición de los Etxaleku volvía a aparecer: a mi padre lo fusilaron acusado sin motivo de obstruir una acción de guerra, lo tildaron de responsable; y casi cuarenta años después hacían lo mismo conmigo.

¡Hay que ver qué ironías tiene la vida! La mía al menos. Yo, que las pocas veces que me atreví a tirar panfletos lo hice en portales o en lugares en los que no había nadie, y resulta que soy «responsable de propaganda».

Esta casa en la que vivo es de Mertxe. La había comprado ella y pagado Mercedes poco antes de que me trajera. «Un capricho», había dicho la madre. «Un por si acaso», había comentado la hija. Nadie supo nada, excepto las dos implicadas, hasta que yo tuve que refugiarme aquí. Tampoco es que ahora lo sepa mucha más gente. Solo mi familia.

Soraya no se enteró nunca porque, aunque no lo haya dicho, murió. Ni siquiera ejerció mucho tiempo de médico entre tanto rezo, meditación y jornadas místicas. Trabajó poco más de un año en la Clínica Universitaria de Navarra, en cuyo laboratorio adquirió un

virus. Falleció envuelta en un episodio que nunca se aclaró. El poder de los Orbara no pudo esta vez con otro mayor... Mertxe no lo sintió demasiado. Sus diferencias eran notorias y llevaban tiempo muy alejadas. Cuando le comenté que debería dejar a un lado todo su rencor, que ya había muerto y que además era su hermana, me contestó que ser familia no puede ser excusa para actuar mal:

—Todo el mundo tiene familia. Franco tiene madre, hermanos e hijas, y no por eso es menos asesino —me dijo.

Antonia viene de vez en cuando.

—No tengo el cuerpo ni la mente para estos viajes —me suele decir, pero yo sé que no es verdad. No conozco a nadie más fuerte y que haya pasado tanto.

En realidad, sobre todo al principio, se le metió en la cabeza que no existe más que un exilio y un solo lugar para pasarlo y ocupó los días buscando a sus hijos, los tres que siguen desaparecidos, alrededor de la casa. No se resigna a que hayan muerto o a que también los asesinaran y su comportamiento durante las visitas es impredecible. A veces no sabe qué hago yo aquí; en otras, la pena que le produce el recuerdo de sus hijos y no saber nada de ellos es superior a sus fuerzas. Es mejor que no venga muy a menudo.

Cada mes, mejor dicho, cada cuatro domingos, sin falta, recibo la visita de mi madre, Carlos, Mercedes y Satur, que conduce el coche nuevo de Mercedes, un Chrysler que sustituyó al viejo Hispano Suiza, que casi se caía a trozos.

Son dos parejas, en todos los sentidos, y cada vez esconden menos su relación. Ya no se ocultan y se les ve felices, aunque cuando están conmigo rebajen la energía para que yo no tenga nostalgia. ¡Como si no la sintiera…!

Mercedes, una mujer de mundo, bien situada económica y socialmente, me sonríe y es cariñosa conmigo, como siempre. O más que nunca, diría. Por su seguridad y aplomo parece que sabe algo que los demás ignoramos. A mí me abraza como a una hija y siempre viene cargada de caprichos para aliviar la soledad y la distancia: ropa, comida y bebida…, hasta me trajo un tocadiscos maleta o *pick up* y un montón de vinilos para que escuche música.

En cada visita me entrega alguno nuevo, junto con libros y revistas. Satur carga con todos los paquetes hasta dentro de casa y los deja encima de una mesa antes de estrujarme entre sus potentes brazos. Se ve que, ahora que se atreve, me paga todo el cariño que sé que me tiene pero que nunca me demostró.

Mi madre sigue siendo esa mujer de hierro. Es, sin duda, la más fuerte de todas nosotras. Viene y se va con la misma cara, como si no pasara nada, y no deja de darme ánimos. Yo estoy segura de que no es oro todo lo que reluce: ni tanta seguridad ni tanta fortaleza. Lo sé por la potencia con que me estrecha, al llegar y al despedirse, y por lo largos que son siempre sus abrazos. Me cuenta cosas de Antonia, cuando esta no viene, y de Pamplona. Me mantiene al día de la situación política y, últimamente, de la mala salud de Franco.

Carlos, a pesar de todo lo que ha pasado en su vida, es el que menos aplomo tiene. Supongo que se acuerda de lo mal que lo pasó todas las veces que huyó y se compadece de mí. Me besa y no dice nada. Casi no puede hablar durante todo el tiempo que dura la visita. Solo me pregunta, con frases muy cortas, cómo llevo la distancia y también, quitando hierro, si todavía guardo la txapela que antes fue suya.

Me dicen que Tomás no sabe dónde estoy. Su relación con mi madre, Antonia y Carlos todavía es buena. Aguantó el episodio, aunque el hecho de que desapareciésemos las tres de su casa no ayudó. De todos modos, el hombre de don Jesús que tanto nos socorrió prefiere no preguntar; y es mejor, ya que nosotras preferimos no mentir. Mi madre me traslada sus disculpas por la reacción que tuvo en su casa, aquel día del Corpus, y me transmite sus saludos, pero intuyo que ninguna de las dos cosas es cierta.

Berdún también se ha enterado, pero no sabemos lo que piensa, o no me lo cuentan.

Aunque nadie llora cuando están conmigo, supongo que los viajes de vuelta transcurren en silencio, o entre sollozos.

Mertxe... Bueno, ella viene más a menudo.

Hoy es 21 de noviembre de 1975. Ayer murió Franco y después de tantos años deseándolo, todavía no sé cómo me siento. Es como

si no acabara de creerlo.

Todos esperamos que pueda volver a casa pronto. Muerto el perro se acabó la rabia. Y si conceden una amnistía, cosa de la que todo el mundo está convencido, me atreveré a hacerlo.

Si aprueban una ley justa, me encantaría volver a ejercer en la escuela. Llevo siete años sin ser maestra y lo echo en falta. Aquí hay un colegio, pero, aparte de que mi título no vale en este lado norte del Pirineo, no domino el francés como para trabajar de maestra; y todo el mundo me aconseja que no figure en ningún censo, es mejor que siga escondida. Mercedes me da dinero; mi madre, Antonia, Carlos y hasta Satur aportan lo que pueden, y ahora mismo tengo más de lo que puedo gastar.

Y luego está Mertxe, que no permitiría que me faltara de nada. Ella tampoco milita ya, ni colabora. En estos años ha cambiado dos veces de partido y cada cambio lo afronta con energías renovadas, como si tuviera todavía veinte años. Sigue siendo discreta, igual que siempre, y nunca me comenta nada, dice que yo ya tengo suficiente con lo mío, pero que esté tranquila; me repite que ninguna de las dos corremos ningún riesgo, y supongo que es la distancia, pero lo cierto es que desde aquí las cosas se perciben con más calma. No hay caras nuevas en este pequeño pueblo de Iparralde y eso me mantiene tranquila. Somos muy pocos habitantes, la localidad está repartida en barrios, más de diez, y abundan los caseríos. El centro, donde yo vivo, es pequeño y los visitantes de más al norte se quedan en las cuevas o el tren de cremallera que sube a la cima del monte. Una persona no habitual no pasaría desapercibida y solo podría significar una visita de control por parte de la policía secreta española que, por otra parte, desconoce que estoy aquí.

En siete años no he hecho amistades, solo hablo con la mujer del bar, que a su vez es una tienda en la que venden de todo, y un par de personas más, clientes suyos. Eso sí, conozco a todos los habitantes de Sara. Nos saludamos cuando nos cruzamos por la calle y cualquier novedad destacaría mucho. Los gendarmes me respetan y tienen un buen concepto de mí por mi condición de refugiada, exiliada de una dictadura. No tengo ningún motivo para perder la tranquilidad, aunque al principio no me fiaba ni de mi sombra y

todos los gatos eran pardos, de noche y de día. Mi amiga se reía de mí e intentaba, igual que ahora, transmitirme calma.

De todos modos, no soy la misma persona que cruzó la muga de noche y huyendo de su casa hace siete años. He madurado. Tarde, pero he madurado. He vivido, sin quererlo, el peligro de detención y su consiguiente paso por la comisaría —con las torturas que hubiera conllevado— y una fuga. Tengo las cosas más claras. Mi situación es más tranquila y mi vida, más reposada. Paso mucho tiempo sola. Y no ha sido fácil de llevar; pero eso mismo me ha ayudado a ser la mujer que soy ahora: más entera, más segura, menos miedosa, más consciente de mi suerte y agradecida por la ayuda incondicional de Mertxe.

Hablando de Mertxe, os tengo que dejar. Oigo su coche aparcando delante de la puerta. Es otro modelo, nuevo y bonito, en color rojo, aunque a mí me gustaba más aquel viejo Renault, el que me regaló aquellos momentos de felicidad en nuestros viajes a Donostia y me trajo a la libertad.

Me visita todos los fines de semana, sin falta, y siempre hacemos lo mismo. Puede ser Biarritz, Baiona o Donibane, pero cada viernes, sin excusa, salimos a cenar y hablamos sin parar, sobre todo de nosotras. Ella, a pesar de no insistir nunca, siempre lo tuvo claro; yo hace unos pocos años que también.

La noche en la que vinimos en su viejo coche, dormimos las dos en esta casa. Yo noté, por fin, que me temblaban las piernas. Lo achaqué al miedo y a la tensión de esos días, pero enseguida supe la verdadera razón, y hoy es el día en que cuando ella llega decido sentarme para que no lo vea y se ría de mí.

No me arrepiento de nada, porque de nada sirve, y me siento orgullosa de mí misma por haber dado aquel paso, pequeño, que me ayudó a superar tanto mis miedos como mis dudas, que me ha permitido todo este aprendizaje, estas ganas de saltar del trampolín a la piscina de la vida con los ojos abiertos. Además, valoro y agradezco las ventajas de vivir aquí, sobre todo los viernes al atardecer.

Es viernes y tenemos todo el fin de semana para nosotras. Solas. Daremos un largo paseo y saldremos a cenar. Si anochece me pondré la boina de Carlos. Todavía la conservo y creo que hoy habrá luna llena.

Después nos acostaremos y dormiremos abrazadas; pero eso será después de darnos muchos besos, por todas aquellas veces que no lo hicimos.

[1] Acepción vasca sin correspondiente exacto en español, parecido a `señorito´ o `cacique´.
[2] `Boina´ en euskera.
[3] Denominación bastante habitual en la época para `roja´.
[4] Muy famoso en Pamplona durante la primera mitad del siglo XX, era un local frecuentado por la clase alta de Pamplona.
[5] Los burgos medievales son los diferentes núcleos urbanos en donde vivían los habitantes de lo que hoy es Pamplona, aunque en realidad solo hubo un burgo, el de San Cernin, en donde vivían los francos. Los otros dos eran una ciudad, la de Navarrería, y una población, la de San Nicolás, con habitantes mezclados: francos y locales procedentes del mundo rural. Todavía se utiliza el término para diferenciar estas tres zonas de la parte vieja de Pamplona.
[6] `Boina roja´ en euskera. Aquí hace alusión a los carlistas que la portaban.
[7] Se usa localmente en lugar de «mocetes».
[8] En euskera significa `embozo, disfraz´. Aquí se refiere a cofrades, penitentes con hábito. En Pamplona principalmente sin capirote.
[9] `Madre´ en euskera.
[10] En Pamplona se conoce así a la Casa de Misericordia, institución dedicada al cuidado de ancianos y, antes, de niños huérfanos.
[11] Pedro Díaz Terés, conocido como «el Chato de Berbinzana», fue un capitán falangista que destacó en la represión en 1936, recorriendo los pueblos navarros con su Escuadra del Águila y sembrando el terror. También participó en numerosos actos de pillaje. Tras la guerra, fue premiado con un alto cargo en el Servicio Nacional del Trigo, del que fue expulsado por irregularidades.
[12] Así se referían al nuevo manicomio de Pamplona debido a su amplio tejado rojo.
[13] Lonchas de tocino blanco. Muy usado en la Navarra media y en la Ribera.
[14] `Ladera, cuesta´. Aquí se emplea para referirse a la falda del monte.
[15] Capa con capucha que usaban los trabajadores del campo, sobre todo los pastores.
[16] Casa de los Orbara.
[17] Seguidores de Segismundo Casado, coronel del ejército Republicano que dio un golpe de estado el 5 de marzo de 1939 acabando con el Gobierno de Negrín y con cualquier oportunidad de defensa de la República.
[18] Matanza del cerdo.
[19] *Udaberriko ziza*: seta de primavera. La especie es la *erica tetralis*, se conoce como perretxiko o seta de San Jorge.

[20] Fusil de fabricación alemana utilizado por el ejército español.

[21] Pistola de fabricación alemana utilizada por el ejército nazi.
[22] *Gernikako Arbola* (*El árbol de Gernika*), canción compuesta por Iparragirre, tomada como himno por los carlistas en el siglo XIX y muy extendida posteriormente a otros espacios en toda Euskal Herria.
[23] Argelès-sur-Mer fue un campo de concentración en donde mantuvieron presos a los supervivientes, militares y civiles republicanos que huyeron tras la derrota en 1939 en unas condicionas insalubres y penosas. En ese campo hubo muchos vascos.
[24] Acrónimo de Unión Nacional Española, formada en París y liderada por Jesús Monzón en 1942. Aglutinaba varias fuerzas antifranquistas.
[25] Organisation d l´Armée Secrète. Grupo armado terrorista muy numeroso de argelinos de origen francés y algunos nativos contrarios a la independencia de Argelia. Luchaban tanto contra los independistas argelinos como contra el régimen francés. Casi todos los *pieds noirs* ingresaron en esta organización.
[26] Seguro Obligatorio de Vejez e Invalidez. Precursor de la Seguridad Social y la pensión de jubilación.
[27] Bastón, tanto de pastor como bastón de mando.

[28] `Refugio´. En este caso se trata de acoger y esconder a alguna persona.